

Felipe Belov

DONETSK



80 AÑOS DE LA SAGA COMO DESPLAZADOS



DONETSK

80 AÑOS DE LA SAGA COMO DESPLAZADOS

DONETSK

Felipe Belov

60 AÑOS DE LA SAGA COMO DESPLAZADOS

DONETSK

Primera edición, julio 2022

©Felipe Belov | desplazadosporelmundo@gmail.com

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ISBN: 978-980-18-2670-5

Depósito Legal: CA2022000033

Diseño y Diagramación: **Leonardo Petit Frias** | [@LeoPetitFrias](https://twitter.com/LeoPetitFrias)

Fotografías: **Felipe Belov** | desplazadosporelmundo@gmail.com

ADVERTENCIA DE PRIVACIDAD

El presente envío por vía electrónica y sus anexos son de uso exclusivo del destinatario a quien está dirigido. Por tanto, ambos se encuentran protegidos por la privacidad que establece la Ley para las obras y escritos como propiedad intelectual, reservados para el autor. Queda expresamente prohibida su reproducción, reenvío, divulgación o utilización, total o parcial del mismo, sin que en ningún caso proceda alegato o reclamo por las consecuencias que su uso, fuera de las limitaciones aquí establecidas genere.

Versión digital (PDF)

Ejemplar impreso disponible en [Amazon](#)

DEDICATORIA

A MI TÍA MARGARITA: A cuya mente inteligente, persistente y muy acuciosa le debo las cartas que nutren este relato.

A MIS ANCESTROS: Del lado donde se coloquen tanto ruso como ucraniano, pertenecen a una misma familia y admiro su valentía para superar la odisea que relato.

A MIS PADRES: Que me dieron la oportunidad de vivir esta vida y sus anécdotas.

A TODOS LOS DEMÁS QUE ME ALENTARON A ESCRIBIR ESTE RELATO: MUCHÍSIMAS BENDICIONES Y GRATITUDES (Ustedes saben que a su persona me refiero...).

ÍNDICE

DEDICATORIA	7
UN RELATO QUE VENCE AL OLVIDO...	9
CAPÍTULO I	23
CAPÍTULO II	39
CAPÍTULO III	53
CAPÍTULO IV	63
CAPÍTULO V	77
CAPÍTULO VI	87
CAPÍTULO VII	103
CAPÍTULO VIII	115
CAPÍTULO IX	123
CAPÍTULO X	133
CAPÍTULO XI	141
CAPÍTULO XII	149
CAPÍTULO XIII	167
CAPÍTULO XIV	179
CAPÍTULO XV	191
CAPÍTULO XVI	209

UN RELATO QUE VENCE AL OLVIDO...

La historia familiar suele ser vista con desdén por las sucesivas generaciones que, a veces, cabalgan sobre los zigzagueantes y angustiosos pasos de sus antepasados. Se trata de un microcosmos en ocasiones atrapado en mudas, vetustas y descoloridas fotografías, resguardados en antiguos álbumes cuando no olvidados en alguna gaveta, pero que también encierra cuentos y andanzas que enorgullecen y avergüenzan. Un microcosmos con sus propios héroes y villanos, sus altibajos, uno trágico, entretenido y aleccionador. A medida que las generaciones se abren paso en el transcurrir del tiempo, se corre el riesgo de que valiosos detalles y episodios se pierdan —nos referimos a aquellos que por fortuna todavía se atesoran en la memoria de los viejos— si no son transmitidos a los hombres y mujeres que conforman las generaciones de relevo. Superar ese reto, vencer el olvido a que están expuestas esas, para algunos, pequeñas historias ayuda a profundizar nuestras raíces, dotándonos de una identidad única, por más común y anónima que sea

nuestra existencia. Nos hace, definitivamente, orgullosos de pertenecer a una familia, obligándonos a honrar a quienes nos precedieron.

Donetsk 80 años de la saga como desplazados constituye, precisamente, un relato trágico y aleccionador que por fortuna no se perderá, gracias a la iniciativa y esfuerzo de nuestro amigo Felipe Belov, al indagar en los recuerdos de su tía Margarita y glosar sus valiosas cartas. *Donetsk*, de hecho, es un relato del ayer, al igual que del hoy y siempre, de una extraordinaria vigencia por la brutal y reciente invasión de los rusos a Ucrania, algo que ni siquiera el mismo Felipe imaginó cuando emprendió su aventura escritural. De allí lo valioso de este testimonio, desgarrador en sus inicios al decidir en cónclave familiar la partida de la tierra ancestral, precipitada por la ejecución del abuelo Filiph; triste y angustioso durante la huida a occidente cuando alcanzan la Alemania recién liberada, tortuosos caminos en los que se mezclan todo lo malo y lo bueno del hombre; esperanzador cuando Venezuela los recibe con los brazos abiertos. Tuvimos el privilegio, hace algún tiempo, de leer el borrador inicial de este trabajo y ahora que lo releemos en su versión final, nos atrapa de igual forma.

Sin embargo, como nos lo recuerda André Maurois, *la estupidez humana y la malevolencia del azar no tienen*

límites, de allí que la historia se repita una y otra vez. Las circunstancias cambian, desde luego, pero las motivaciones siempre son las mismas: la maldad, el capricho y las ambiciones desmedidas del hombre, en fin, las ideologías del momento. Felipe encuentra en su historia familiar, en la suerte de sus ancestros, un paralelismo que le obliga a recordar la emigración forzada por la guerra vivida por los suyos que, salvando las distancias, nuevamente vive su familia. El autor sabe hacer uso de los recuerdos de su tía, colocándolos en contexto y reflexionando sobre la diáspora, el destierro y la separación de la familia, temas que por incómodos que resultan nos tocan a todos, recordándonos en cierta manera que la vida es una aventura forjada al calor de las penurias y sacrificios de nuestros ancestros. Un relato que vence al olvido, éste que comparte Felipe con su familia y con todos nosotros, una historia que debemos leer.

José Alfredo Sabatino Pizzolante

PREÁMBULO

El recinto presentaba un aspecto frío, pero a su vez apacible, el penetrante olor a flores de los ramos enviados, impregnaba todo el ambiente; la poca iluminación daba un aspecto sombrío. Al fondo, se escuchaba entre murmullos y sollozos, la presencia de muchas personas.

Allí reposaba ella con el rostro lleno de esplendor, al igual que todo su ser, emanaba de su cuerpo un aspecto de placidez bastante inusual, como nunca se había visto; reflejaba absoluta paz, poco común en su persona. Una semblanza de serenidad dejaba entrever su cuerpo sin vida, postrada en su ataúd, no se parecía en nada lo que fueron sus años de vida, siempre activa, laboriosa, sin detenerse ni por un instante, enérgica y en constante movimiento, lo que se puede definir como una persona en incesante actividad.

Contrariamente, ese día había llegado el momento de contemplarla en su descanso eterno. El final de una existencia que cerró capítulos llenos de distintas e intensas vivencias, finalizando así, luego de varios años de lucha

contra una dolencia que fue devastadora; al fin descansó en paz, alcanzó su paz y tranquilidad, al contrario de lo que fue el resto de su vida, llena de energía, esfuerzo y salud, que nunca se le conoció padecimiento alguno, ni siquiera después de haber cruzado el umbral de los ochenta.

Siempre fue ejemplo de vitalidad, de fuerza y empuje, hasta ese momento final que terminó con su vida de una manera dolorosa e inesperada.

En ese momento, matiza su memoria con esa vitalidad, determinación y fortaleza que la caracterizó durante todos los años de su existencia. Ella allí reposaba con una semblanza de fresca lozanía, dejando escapar su rostro rasgos de belleza, que nunca antes habíamos visto. Sin lugar a dudas dentro de la penuria que pasó los días que precedieron su deceso, ahora no reflejaba para ese momento ninguna semblanza de dolor o padecimiento, lejos de ello, lucía plácida, calmada, reposada. Eso fue objeto de comentarios especiales, por todos los que en esos días nos acompañaron en su despedida, expresando sus condolencias por tan sentida pérdida.

El ambiente, impregnado de tristeza, anécdotas y recuerdos, fue nuestra muleta afectiva de apoyo, para aceptar la triste realidad de que toda existencia tiene su final.

No se podía evitar, durante el tiempo que duró el velorio, que llegaran a la mente, cual recuento cronológico, los recuerdos narrados por ella de su juventud, luego, ya como madre, la forma como tuvo que levantarse en la vida, los cuales, sumándose a los de mi época de estudiante, rememoraba cada instante con un reverencial silencio.

La recordaba, con aquella actitud de firmeza, siempre con un gran don de mando, el suficiente para levantar a sus hijos, sin contratiempos, ni obstáculos, luego de la temprana pérdida de su esposo, —mi padre— quien la dejó con el rol de viuda, ocurriendo su deceso, apenas a los treinta y nueve años de edad, sumando así a su carga de madre, sus dos hijos, uno el mayor de siete años y yo de cuatro; además parte de sus hermanos y su madre, a quienes los unió un lazo creado por el trabajo constante y el insistente apego al círculo familiar, que no conoció descanso y la hizo célebre en esta ciudad adoptiva, que la vio partir, dejando buena parte de su vida dedicada al trabajo. Legado que había recibido de su jefe y consejero comercial, de origen ruso, pero con algo de mezcla hebrea, también desplazado por la guerra y la persecución bolchevique, este gran benefactor que marcó la vida de mi madre por su siempre oportuno consejo y ayuda, migró a otras tierras cuando se escucharon los primeros estertores de la

revolución comunista-cubana rondando en las montañas y finalmente en las costas de Venezuela, con un fallido desembarco en los años sesenta y setenta.

Allí yacía ella en ese lecho final, siendo la más digna representante y protagonista de la historia de una familia, venida en una cruenta guerra y de la constante amenaza de un régimen totalitario, como lo fue el bloque soviético, caracterizado por ese modo de gobernar violento y dictatorial; escribiendo páginas de un oscuro historial con la forma que persiguió a toda una población disidente, quienes tras largas penurias, recorrieron caminos interminables, finalizando como víctimas desplazadas, buscando refugios en los confines más distantes del mundo. Así, como en otros países, un buen contingente hizo suya esta tierra venezolana, convirtiéndola en su hogar adoptivo; ayudando a su prosperidad y crecimiento, siempre con afán, tesón en el trabajo, día a día, centrados en la constante lucha para mejorar cada vez, tanto física como espiritualmente, dentro del contexto de la enseñanza de sólidos principios morales y religiosos.

Recordaban todos en esos momentos de despedida, a mi madre, como siempre dueña de la situación, decidida a no doblegarse, enseñanza que tomó desde su niñez, al tener que verse obligada a huir con los suyos de

una tiranía que los asechaba, aún pagando el caro precio de las vidas cobradas de su grupo familiar, emprendió su peregrinaje por este mundo, desde las remotas tierras de la ciudad de Volnovaja, en la Provincia de Donetsk, Región de Donbass, Ucrania, hasta el Continente Americano y Europeo, ambos poblados por los miembros de esta familia, luego de los acontecimientos aquí narrados como desplazados se han radicado en todos los confines del mundo.

Ante toda esta realidad fue necesario dejar plasmado, ese heroico transitar por la vida errática, de toda una familia, quienes comenzando por los abuelos y terminando en los nietos, durante cinco (5) generaciones, han tenido que desplazarse por todos los confines del mundo para poder conseguir refugio y sosiego. Testimonio que debía hacer justicia de la manera como los seres humanos tienen que someterse a distintas vivencias y recorrer casi la totalidad del globo terráqueo, para fundar un hogar, levantarlo y finalmente llegar al descanso eterno, tan lejos de donde nació, en una localidad totalmente distinta, solo por no compartir el autoritarismo de un sistema, que no permite la vida en libertad y bajo el refugio de un Estado de Derecho.

Apenas si lograba juntar tantos recuerdos en mi mente y aún así sentía que no conocía todo lo nece-

sitaba, para explicarme a mí mismo y a los demás de lo que había acontecido en esas existencias. Parecía hasta irracional, que una familia perdiera todo lo que fue su arraigo inicial y terminara reposando los cuerpos de sus ancestros, como el caso de mi abuela materna, al igual que ahora el de mi madre y sus hermanos, en una tierra totalmente distinta a sus orígenes.

De alguna manera debía al menos explicarle a mí propio intelecto, y de ser posible, a mis hijos y a mis nietos ¿Cómo habíamos devenido a esta situación? ¿De qué modo se podía entender cuántos de los habitantes de este planeta se encontraron en similar situación?

A su vez, regresando este mismo razonamiento a la presente realidad, nos preguntamos cómo explicar que un país próspero y funcional como Venezuela, considerado ejemplo de su crecimiento, pujanza y grandeza en el continente, haya caído en esta situación tan precaria, en un estado de total abandono. Así, por poner un ejemplo, con racionamientos de electricidad, desabastecimiento de alimentos y medicinas, mala calidad de todos los servicios, incluyendo los básicos, como el agua, energía eléctrica, comunicaciones y especialmente la parte sanitaria para la población, sin que ninguno de los entes públicos funcionen, acrecentado con la inseguridad que arroja dia-

riamente la misma cantidad de víctimas que un campo de batalla, y todos los posibles males, propios de un país donde no existe ningún tipo de gerencia, ni de gobierno, que se preocupe de sus ciudadanos; agravado ahora, por el irrespeto total al Estado de Derecho y las garantías constitucionales, que teníamos por muchos años como ejemplo para todos los países vecinos y todo esto aderezado, con un populismo avasallador que carcomió una de las economías más sólidas del continente, hasta convertir esta tierra de gracia en incesante fábrica de mendigos, que no tuvieron otra salida que la diáspora más significativa en este lado del mundo, que haya acontecido en los últimos siglos.

Así vistas las cosas, nos encontramos que estamos viviendo en el otro extremo del planeta, en un país que en el momento cuando mis ancestros pisaron esta tierra privilegiada de Dios, era una nación próspera, en etapa de crecimiento, no obstante a que en ese momento, era tratada como nación del “tercer mundo”, pero con un futuro prometedor, lleno de esperanzas, con una economía creciente, donde por un tiempo la moneda nacional se cotizaba por encima del dólar estadounidense.

Cómo entonces, pudo con el transcurrir de los años, terminar siendo un país en decadencia, cuando su

gloriosa historia, no merece ser sometida a la sombra del mal, por un pensamiento ignominioso basado en la persecución política, el populismo, disfrazando unos ideales socialistas, con una bárbara represión y su indiscutible ola de atropello a la dignidad humana, lleno de una cotidiana opresión y violencia gubernamental, que no respeta normativa legal alguna.

Pensando en mis ancestros, sus vivencias, las cosas que ocasionalmente antes de las incontenibles lágrimas, recordaban de su amada tierra ancestral, de la manera cómo el mismo dogma totalitario, populista y autócrata, se había encargado de exiliar a todos los supervivientes de mi familia a otro continente y de allí, como continuación de esta opresión, los ha diseminado por varios países del mundo, desmembrando así las generaciones que nacieron en esta tierra, dentro de un régimen democrático que fue pisoteado de manera infame, obligándolos a desplazarse cuan desterrados por todo el mundo.

Entonces no fue muy difícil concluir, que solo invocando los recuerdos de quienes habían padecido de esto antes y nos precedieron, se debía ayudar a reconstruir los hechos e iniciar este relato.

Sin pensarlo mucho, recurrí a la única persona que conservaba los recuerdos latentes de todo lo aconte-

cido y así fue como le escribí a mi tía, quien desde hace años, presintiendo la amenaza que se nos venía encima, se había radicado junto con sus hijos en el Norte de este continente.

Al escribirle, sentí la emoción que representaba para toda la familia, que la persona de mayor edad entre toda la parentela, nos relatara sus memorias desde niña y mejor fue mi eterna gratitud a ella, cuando accedió a mí pedimento de relatarnos sus memorias, mediante cartas, de todos los acontecimientos que a su memoria llegaran.

Tras la petición hecha y con el favor de los avances electrónicos que por bendición divina ella conocía, no tardó en llegar su respuesta y el inicio de los relatos, que gracias a ella y a esa adecuación diaria a las facilidades tecnológicas, con gran destreza, pese a su edad, demostró hasta la saciedad que definitivamente la dominaba.

La respuesta a tantas incógnitas de las vivencias ancestrales, no tardó en aparecer en la pantalla de mi computadora ¡había accedido!, y tras esa aceptación inicial, empezaron a llegar enumeradas y guardando una respetable cronología, la secuencia de cartas que a manera de relato describía de modo epistolar sus memorias.

Relatos que fueron plasmados, sin mucha contemplación, pero sí con un gran respeto y orgullo de modo secuencial por todo lo que ellos vivieron, los cuales me permito transmitirlos a todos los que puedan leerlos, en el entendido que siguen formando parte de los recuerdos de estos héroes anónimos y cuyo final no ha llegado, toda vez que el relato verdadero está subordinado a la real vivencia que en este momento sufrimos.

CAPÍTULO I

RELATOS DE MI TÍA RECUERDOS DE SU INFANCIA

En su primera carta, escribió mi tía, lo que ella denomina: “los recuerdos más remotos de mi infancia”:

“Lo primero que recuerdo de mi vida, es la celebración de las festividades de la Navidad (En Rusia, Ucrania y todos los países que conformaban el bloque soviético, estas fiestas se celebran el 6 y 7 de enero de cada año, de acuerdo a lo establecido por la religión que de manera mayoritaria sigue la población la Iglesia Ortodoxa, fecha determinada por el Calendario Juliano)... Recuerdo la sala de la casa donde vivíamos, era muy grande y espaciosa, se encontraba llena de niños y gente adulta, todos se veían contentos, celebrando. En el medio del salón resplandecía, el árbol de Navidad, muy bien decorado con toda clase de arreglos llamativos y luminosos que resaltaban por su brillo. Todos los presentes se encontraban muy alegres, felices, sonriendo y cantando. Ese momento quedó grabado en mi mente. Una vez le conté ese recuerdo a mi madre, hace muchos años antes de que ella falleciera y me dijo que por lo que le había narrado tenían que ser de las Navidades correspondientes al año 1937, en la ciudad de Volnovaja, situada en la provincia de Donetsk, región para aquel entonces perteneciente a Ucrania. También

recuerdo otra Navidad posterior, la celebración de la Navidad en el banco donde mi padre trabajaba. Él fue por mucho tiempo el auditor del banco.”

Al leer esas primeras líneas, no podemos dejar de transportarnos en el tiempo, a la Rusia de finales de la década de los años treinta, apenas comenzando los primeros veinte años de la revolución bolchevique. Un país lleno de muchos cambios y cruentas luchas, especialmente en la parte central y noroccidental del país.

En la comarca, lejos de las grandes ciudades la vida seguía siendo apacible. Es imposible dejar de imaginarse una vida tranquila y feliz, bastante provinciana del sur de la Unión Soviética, en la frontera de la zona que siempre ha estado en disputa entre Ucrania y Rusia (la región de Donbass Donetsk), ya subordinada y sometida al bloque soviético, ocupada por los bolcheviques en vista de su potencial económico. Tan pronto fue derrocada la monarquía, los tentáculos del poder comunista se extendieron a todas las pequeñas naciones que rodeaban la Rusia ancestral, quedando Ucrania también bajo ese yugo, bien sabido es que además de ser conocida como “el granero de Europa”, también sus riquezas minerales, especialmente el carbón la hacían un blanco estratégico para la incipiente Unión Soviética. Quizás al igual que la monarquía imperial, no ignoraron su potencial económico y geoestratégico.

Aún así, todavía persistía por parte de estos pobladores provinciales, el culto a la vida sencilla y relajada, contrarrestando con este estilo a las grandes urbes, donde la agitación y el cambio político se sintieron prácticamente al finalizar la Primera Guerra Mundial.

Continuando con la lectura de los relatos que aparecían en los correos enviados por mi tía, nos transportamos inconscientemente, a esa época, cuando escribe:

“También de mi niñez, me vienen recuerdos del jardín de nuestra casa, creo que era la misma donde me vino el recuerdo de la Navidad, no se me puede borrar de la memoria lo agradable de nuestro jardín, amplio, con muchas variedades de especies florales, generoso también en árboles frutales, todo bien conservado. Toda la familia se encontraba preparando “vareniky con cerezas “(un pastel individual a modo de empanada, en forma de media luna, con cobertura de harina de trigo amasada y en su interior las frutas o requesón, por lo general se cocinan como si fueran raviolis y se aderezan con crema de leche agria y miel). No puedo dejar de recordar el momento que mi abuela (sería en mi caso la bisabuela), quien era una persona muy adentrada en edad, se desplomó de la silla donde se encontraba sentada y todos los adultos corrieron a socorrerla, recuerdo como la cargaron en brazos y la llevaron dentro de la casa, al poco tiempo falleció, creo que también ocurrió en ese año 1937. Creo que para ese momento

mi edad era de tres o cuatro años. Pese a ese incidente, mis primeros recuerdos de la infancia son agradables y felices”.

Continuando la lectura del relato de esas vivencias familiares, y sin salir del asombro de su narrativa basada en una prodigiosa memoria, pese a los años transcurridos, todavía guarda con tal fidelidad su mente todos esos recuerdos, no podemos evitar nuevamente ser transportados en el tiempo, contemplando los acontecimientos descrito de esa época, cuando plasma sus vivencias de la siguiente manera:

“Después recuerdo la celebración de un cumpleaños, no sé si era de mi madre o de mi padre. La sala de mi casa se encontraba muy bien iluminada esa noche. La mesa a un lado, llena de toda clase de dulces, bocadillos y muchos delicatesses (Sic.), tales como embutidos, variedades de quesos, encurtidos de pepinillos y otras verduras, todo dispuesto para que los invitados disfrutaran de ese festejo. La estancia, decorada con un aspecto muy agradable, impregnada con olores de panes recién horneados en casa, tanto que todavía aún lo recuerdo, así como lo abundante del obsequio. No imaginábamos en ese momento los episodios de escasez y necesidad que nos esperaban. Recuerdo que fue tanta la tentación al entrar en el salón y ver la mesa dispuesta de esa manera, que me provocó tomar una aceituna negra del plato, pero mi madre tomó mi mano y me dijo: espera a que lleguen los invitados, luego yo misma te ayudo a servirte”.

Estas reminiscencias, nos narran, la manera sobria, conservadora y respetuosa, como se educaba en esa época a los niños, siendo criados bajo rigurosas normas de urbanidad y respeto familiar. El hogar y la familia constituían la primera fuente de formación del temple y carácter, que debieron hacer uso posteriormente, para su propia sobrevivencia.

Narra mi tía, tal como le viene a la memoria, la manera lenta, pero implacable, cómo fue cambiando el clima de convivencia ciudadana a su alrededor, con una marcada tendencia a la hostilidad entre los pobladores y los que comenzaban a formarse en los conductores del comportamiento ciudadano, es decir los que fungían de comisarios políticos de la comunidad.

Así los acontecimientos previos durante el ciclo que precedió al final de la Primera Guerra Mundial, determinaron una gran movilización del régimen bolchevique, en la toma inicial desde las ciudades menos importantes y orientada posteriormente hacia la toma de la provincia, así fue expandiendo sus tentáculos a todas las comarcas, llegando inclusive hasta las más distantes.

Pese a todo, la vida en familia en esas zonas provincianas continuaba de manera tranquila y sosegada. Mientras, también se sucedieron acontecimientos fami-

liares que a ella la marcaron, cual huella imborrable. Así, recuerda en sus memorias, la visita de sus tíos que venían de la ciudad de *Harkov (Járkov)*, otra localidad también de la misma frontera de Rusia con Ucrania, situada más al norte del “*Óblast*” o Entidad Regional de Donbass, en la zona nororiental de Ucrania, allí tenían ellos su residencia y regularmente acudían cada verano con toda su familia a reunirse y pasar unos días de descanso en la zona rural, momentos recordados de convivencia sana, donde se compartían labores de cocina y recreación. Ambas familias reunían sus enseres y marchaban al campo, a una pequeña granja que se encontraba en un complejo rural dentro de un área colectiva (“*Koljós*”, ya estructurada como una comuna de productores agrícolas, por el mismo Estado), allí de manera muy sencilla y amena, todas las actividades se convertían en una interacción familiar, sin sospechar que serían parte de un macro experimento político que posteriormente fueron las comunas en los cuales se forjaron los medios del control social por parte del Estado.

Las familias, de manera inocente se reunían en esos núcleos rurales, siempre alrededor del fogón que lo unía en buena parte del día, oportunidad en que todos colaboraban en la elaboración de platillos y postres. Cada uno de los miembros del grupo familiar, tenía asignada una

tarea, y siempre con el gozo de la interacción sumida en los relatos y las vivencias acontecidas en anteriores ocasiones. Así todos en convivencia, mientras los menores corrían improvisando juegos en los sembradíos del predio, los adultos alrededor del fogón, se encontraban cocinando, charlando, contando sus anécdotas familiares, eran momentos en que se olvidaba por un tiempo, los ya próximos acontecimientos bélicos que se acercaban, por ello, en sus relatos, se entrevén leves sentimientos sobre el temor y la amenaza a que posteriormente fueron sometidos.

No obstante, sentían que por momentos, durante esa pausa, se detenía el tiempo, solo para darle culto a la unión y convivencia familiar que los caracterizó, muy distinta a la relación que mantenían los hogares en las grandes ciudades.

El cambio se observa en sus relatos, cuando le viene a la memoria otros acontecimientos, que reflejaban actitudes que variaban en la conducta ciudadana, fruto quizás de la necesidad creada por el desabastecimiento metódico que comenzaba a sentirse en las grandes urbes, aunado a la quiebra de valores y de virtudes que tanto se esmeraba de mantener la enseñanza hogareña, al contrario que en la ciudades más pobladas, quizás por la cercanía a los

centros agrícolas de producción, no era tan fuerte la sensación de escasez, pero como pandemia, las limitaciones y las restricciones se comenzaron a expandir lentamente hacia las zonas rurales.

Así nos escribe el siguiente relato:

“Recuerdo una vez que todos salimos de paseo por la comarca y mientras estábamos afuera nuestra casa fue robada. Al huir los ladrones dejaron todas las ventanas abiertas, las ventanas eran grandes, y el viento hacía ondear las cortinas de una manera impresionante. Ese recuerdo aún persiste en mi memoria”.

Estos incidentes, todavía escasos para esas fechas, denotan como empezaba a cambiar la vida cotidiana en la zona rural, aunque se encontraban fuera de las ciudades numerosas, y pese a esos incidentes la vida plácida de la provincia se rehusaba a sucumbir en lo que ya era costumbre en las urbes.

La abundancia de los frutos del campo, gracias a la generosidad de su tierra y a la tesonera labor de sus productores rurales, sin contaminación ideológica de sus gobernantes y seguidores, era propicia para esos momentos de verdadera actividad culinaria muy común en esas costumbres familiares. Estos pobladores seguían aferrados a su fiel tradición de vivir su existencia en paz

y con un sentido placentero de la vida, aun cuando ya eran sometidos a una vigilancia perversa a través de la figura del “patriota cooperante”.

Siempre hubo una excusa para festejar cualquier celebración, tanto religiosa como conmemorativa de cualquier efeméride, donde aprovechaban los parientes cercanos para reencontrarse en reuniones familiares, habitualmente frecuentadas con un buen número de miembros, momentos que destinaban para compartir a través de la cocina y la elaboración de los platos típicos, colaborando todos en su cocción y degustación. Cada quien tenía asignada una tarea desde la limpieza y troceado de los ingredientes de los platillos a degustar, como la elaboración misma y con un gran espíritu festivo, así celebraban esos momentos de reunión familiar, en los jardines de la propiedad, que según sus recuerdos, tenía la suficiente amplitud para albergarlos a todos. En aquellas reuniones, se borraba de sus mentes por instantes, los acontecimientos bélicos que se veían venir, tanto los internos, por el cambio de régimen, como los que amenazaban del exterior. Por un instante, se detenía el tiempo solo para darle espacio a la unión familiar.

Las celebraciones en casi todas partes van vinculadas no solo a fechas o festividades, sino que tienen un

fuerte arraigo a la tradición gastronómica, propia de cada conmemoración. Así la preparación de platos tradicionales, ayudaba cada vez más a la sana competencia en la preparación del plato conmemorativo de cada ocasión tanto en la familia, como entre los vecinos. Cada fecha era realizada con sus platos tradicionales; por ello, cada grupo familiar, lograba convocar a la celebración de cualquier festividad alrededor de los tradicionales platos de la comida tradicional.

A manera de ejemplo vale destacar, como antes del comienzo de la cuaresma, era una oportunidad infaltable en cada familia, la preparación de los “*blinis*”, cuya base se confeccionaba en forma de panqueques o crepés, pero con algo de levadura en la masa, para lograr un toque de superficie burbujeante y textura esponjosa, los cuales se rellenaban, a gusto de cada comensal, sea en su versión dulce o salada, bien acompañadas de mermeladas o bien con huevas de salmón, o de caviar, a veces se sustituía con carnes y siempre al enrollarse se aderezaban con mantequilla o con crema de leche agria, aún cuando se consumen con frecuencia también durante el resto del año, era emblemático consumirlos en esa ocasión, tradición que se cumplía con sumo rigor. Igualmente luego de la cuaresma, período de ayuno que se caracterizaba por una alimentación consistente en la no ingesta de

productos cárnicos, principalmente bovinos o porcinos, prevaleciendo una nutrición circunscrita a verduras, granos y como proteína animal, solo pescados, lo cual se cumplía con su minuciosidad para luego terminada esa abstinencia celebrar a todo dar las pascuas de resurrección, con un plato típico de estos países: El “*jalodez*”, una versión del áspic o gelatina salada, con trozos de carne vacuna o porcina, aves o a veces también de pescado. Los ya mencionados “*vareniki*”. Y siempre presente tanto en la comida diaria, como en fechas conmemorativas, no podía faltar nunca el tradicional “*borsch*”, sopa que con intenso color púrpura que le aportan las remolachas, y se mezclaba al servir con crema de leche, dando un apetitoso color rosado que provocaba salivación al paladar más inapetente, tan solo a simple vista.

El pirojh, que por su similitud a la empanada gallega, se le conoce como pastel de carne, cuando se horneaba, dejaba impregnado el ambiente con un olor a pan horneado impregnado con especias y mantequilla, motivaba a los ansiosos comensales a esperarlo impacientemente para ser cortado y presentado en la mesa para su grata degustación. También se presentaba su versión moderada a tamaño individual, llamada “*Pirozhki*”, con todo tipo de rellenos desde col ácida o kapusta, con papas y hasta carnes, generalmente fritos en lugar de horneados.

Igualmente, nunca faltaron las “*katletas*” o albóndigas, servidas junto con la *kapusta*, que era repollo o col agrio, macerado en sal (*chucrut o kapusta*), o la ensalada de papas y col. También en esa variedad siempre se encontraba el “*vinegret*”, ensalada de remolacha, papas, zanahorias, encurtidos y granos.

Realmente es extensa de por sí, la muestra gastronómica de platos salados, que no alcanzan a superar en variedad a los dulces, que por su extensión es preferible no extendernos, para no desviar el propósito de este relato; no sin antes mencionar el merecido reconocimiento a un pan dulce, cuya masa contiene generalmente nueces, miel, uvas pasas y frutillas, a su vez relleno de una mermelada hecha en base a moras, arándanos o cualquier fruto del bosque que este de temporada y el célebre napoleón que tanta fama mundial tiene.

Siempre, las reuniones familiares giraban en torno a la mesa, portadora de múltiples platos, aromas y sabores, que luego de ser probados una vez, dejan plasmados en la mente de quienes los han probado sus sabores imborrables, al igual que me imagino que ocurrió en la memoria de los comensales, como recuerdo imborrable de la unión familiar y las festividades que motivaban los deseos de todos de saborear además de estos platos típicos, los propios de cada festividad.

Toda festividad conllevaba sus platos de ocasión. Así, al final de la Semana Santa y luego de un férreo ayuno y sus consiguientes oficios religiosos, no podían faltar los huevos de pascua coloreados con toda una gama de matices que resplandecían alrededor de un Panteón dulce, relleno de frutillas y blanqueado por una capa dulce en la parte superior que rememora un monte nevado, lleva por nombre: “*kulich*”. En las vísperas de la Navidad, el primer plato luego del ayuno, desde la salida a la puesta del sol, se come para romper con el ayuno un plato denominado como “*Kutiá*”, compuesto trigo esponjado por hidratación, flotando en un dulce fondo líquido de miel y nueces, recubiertos de semillas de amapolas. Luego vienen los oficios religiosos, para terminar en una opulenta cena donde la mesa es cubierta de cuantos platos pueda aceptar la imaginación.

Definitivamente, sin importar el nivel social o económico cada familia lucía su mayor esplendor culinario en esas celebraciones, la economía daba lugar para poder aderezar con esos platos la mesa familiar.

Volviendo al relato geopolítico, ya para ese momento, en que se desarrollaba la infancia de mi tía, comenzaban a percibir la crisis que invadía a todas las Repúblicas que posteriormente vendrían a conformar la Unión Soviética. La quiebra del orden institucional,

aunada con la de los valores morales y la constante amenaza del Estado, hacia todo lo que representaba los derechos individuales, especialmente todo lo relativo a la libre expresión de las ideas y creencias, aunado al desconocimiento del derecho a la propiedad, la falta de seguridad jurídica, la eliminación de la libre empresa, fueron los estigmas predominantes ante la retórica del régimen opresor del soviets supremo, y esa fue una de las consecuencias: ¡la voracidad del Estado... como justificación de cualquier infracción legal!, y definitivamente como todo régimen totalitario, especialmente bajo la sombra desviada del pensamiento de Marx, convertida en obras por sus verdugos ejecutores, primero Lenín conocido por su oportunismo vinculado a la vida cómoda como huésped de hotel donde pasó buena parte de su mandato, luego de haber seducido a los comunistas españoles que le enviaran parte de las reservas saqueadas al Banco de España, y luego, el cruel Stalin, hicieron célebre la definición lapidaria del comunismo que pronunció Churchill en su oportunidad, la cual hasta estos tiempos, sigue vigente: Comunismo: *“Es la filosofía del fracaso, el credo de la ignorancia y la prédica de la envidia, su virtud inherente, es la distribución igualitaria de la miseria”*.

Ello en definitiva, se traducía, en que: *“todo lo tuyo es solo de nosotros”*. Así las cosas, mi tía, a pesar de su breve

edad, percibió en carne propia los primeros estertores de lo que el destino les tenía deparado para el futuro, luego que fuera forzada a conocer la escasez, la persecución, la impunidad y la ignominia. Esto los motivó al igual que en muchas ocasiones en otras familias, a tomar otros rumbos ante la opresión que se les venía encima.

CAPÍTULO II

LA PRIMERA VÍCTIMA EN LA FAMILIA

En medio de esos acontecimientos políticos, que no tardaron en llegar y hacerse presentes, tanto en el interior de su país que ya era parte del bloque soviético, como en el resto de las Repúblicas circunvecinas, aunado aquello a las amenazas de guerra que se vislumbraban en los países europeos, motivó que los adultos de la familia, decidieran que era hora de comenzar a retirarse de esa región y buscar otras regiones algo más seguras y menos pobladas, ya que la zona donde se encontraban era considerada como estratégica tanto para los soviéticos como para Alemania que era un vecino cercano y era un objetivo geoestratégico.

En septiembre de 1939, con la invasión a Polonia por parte del régimen nazi, comienza la Segunda Guerra Mundial y casi de inmediato comienza en toda Europa el movimiento de tropas, tanto las alemanas, las de sus países vecinos, como también con las soviéticas. Las cuales, pese a haber firmado un tratado de no agresión, desde su suscripción, ambas partes, soviéticos y alemanes, sabían

que no iba a ser cumplido y que el conflicto bélico los iba a alcanzar. Consecuentemente con esa realidad la región iba a ser pasto de las hostilidades de ambos bandos.

Así, al decidir la familia, la retirada hacia una región más pacífica para esos momentos, como lo era la región centro sur de Ucrania, en cónclave familiar se reunieron varias noches a conversar, los abuelos y los tíos, para esclarecer el momento más oportuno de la partida.

Hubo un hecho determinante, que ocurrió cuando el padre de mi tía y a la vez mi abuelo materno por estar casado con mi abuela Natalia, decidió ir a solicitar un permiso de ausencia al trabajo, supuestamente por espacio de “unos días”. Siendo que su lugar de trabajo que era el banco de la ciudad, donde se desempeñaba en el área contable. Mi tía —cuenta en sus misivas— que no alcanzó a escuchar bien las conversaciones de los adultos en la noche anterior, cada uno de los adultos aportaba la justificación que debía esgrimir el abuelo, para fundamentar su solicitud o permiso de separación temporal del cargo, como tampoco atinó ella —dada su corta edad— a entender por qué todos mostraban tanta preocupación, obviamente estaba en curso la retirada de la familia de esa localidad.

Al amanecer del día siguiente, relata mi tía, que su padre se dirigió a la institución bancaria del Estado donde

laboraba, a fin de solicitar licencia temporal para ausentarse de su sitio de trabajo donde prestaba sus servicios como contador, de manera de lograr así, alejarse al frente de su familia, sin despertar una evidente persecución, que podría afectarlos a todos.

Relata mi tía, que su padre (el abuelo Filiph), advirtió a todos los miembros que estuvieran prestos para iniciar la movilización hacia su nuevo destino, tan pronto él regresara. Luego de hacer las indicaciones sobre cuál era el equipaje apropiado y los demás enseres que podían llevar, para facilitar el traslado y lograr un ligero desplazamiento, el abuelo se dirigió rumbo a su trabajo, en busca de los días de “licencia”; no sin antes, despedirse de quienes ya se desayunaban. Ellos ni el él tampoco, imaginaban en ese momento que este acontecimiento tendría un singular desenlace afectando a toda la familia.

Pasaron las horas de espera y nada se sabía de la suerte del abuelo Filiph, la ansiedad, junto con la incógnita de su paradero, se apoderó de todos, hasta que una hermana de la abuela (Zina), fue la designada por los adultos de la familia, para dirigirse a la institución bancaria del Estado, donde laboraba el abuelo y preguntar sobre su paradero de la manera más ingenua posible, ya que cualquier actitud o cuestionamiento podía ser tomado por el

director, como un acto desafiante, ya que además de ese cargo, el director era quien ejercía también las funciones de comisario de régimen y en cualquier actitud veía un acto de conspiración contra el Estado.

Consciente la tía Zina, de esa importante responsabilidad, se dirigió al local donde funcionaba el banco y procedió a preguntar por el paradero de su cuñado, con cautela hizo la misma pregunta a varios de los empleados, tratando de no levantar sospecha alguna y al fin se dirigió al despacho del director de quien recibió una respuesta evasiva, al tiempo que de una manera burlona, la invitaba a que lo buscara en los alrededores, lo cual para su desgracia, siguiendo esa cruel recomendación, hizo caso, encontrando al abuelo colgado de un árbol en un solar baldío, situado en la parte posterior del banco, adyacente a una plaza pública.

El régimen, había cobrado de manera impune a su primera víctima directa en nuestra familia, todo por la renuencia del abuelo a la sumisión a una ideología populista y dogmática que ningún ser sensato podía compartir. Un hombre ejemplar, que en su juventud había defendido a su patria en la guerra contra Polonia, se había formado posteriormente a ello, como contador, viajó por todos los países del bloque soviético y allí en ese constante viajar

por todas las regiones, conoció a su esposa Natalia, quien se desempeñaba como operaria en una de esas estaciones telegráficas, que sus frecuentes viajes lo llevaron a conocer.

En poco tiempo contrajeron nupcias y juntos se residenciaron en distintas ciudades y países, como la nórdica Letonia, lugar donde nacieron gran parte de sus hijos, siguiendo así durante toda su vida, una trayectoria ejemplar, continuó su actividad profesional y familiar por distintas localidades, hasta su última residencia en el este de Ucrania, en la Región de Donetsk, en una ciudad mediana llamada Volnovaja, donde fuera ejecutado de manera infame, solo por discrepar del régimen y haber levantado sospechas de su partida.

Su muerte fue consecuencia de la renuencia a ser adoctrinado, mediante capacitación o adiestramiento para la vida bolchevique, a cuyas jornadas fue “invitado” reiteradamente, y siempre se excusó por razones familiares alegando la prioridad de sus responsabilidades como cabeza de familia, pese a ello, en distintas ocasiones le fue requerido hacer el curso de adoctrinamiento político, al igual que todos los funcionarios y trabajadores eran sometidos, a los cuales logró librarse hasta que pagó su precio que a la postre, lo condujeron a este doloroso desenlace.

Mi tía, ya a su corta edad quedó marcada por ese trágico momento, al igual que el resto de la familia, y muy especialmente la abuela, como cónyuge del difunto, sufrió un gran descalabro emocional que solo logró vencer cuando ya estaba refugiada en otras tierras. Mi madre y su hermano mayor, junto a un tío y su esposa que se incorporaron a la huida después de este trágico hecho, se vieron obligados de tomar el mando de los próximos acontecimientos, los cuales con tristeza son narrados en esta carta:

“Después la muerte de mi padre, recuerdo la presencia de la hermana de mi mamá para acompañarnos a su sepelio. Terminada tan triste tarea, vienen a mis recuerdos los preparativos para nuestra evacuación, porque el frente de guerra entre bolcheviques y alemanes se estaba desplazando hacia nuestra localidad, por lo que quedaríamos en el medio de la contienda. Recuerdo cuando mi abuelo materno, salió para la ciudad de Volnovakha, a recoger algunas cosas de su casa y tenía de regresar con su hija mayor, mi tía Zina, quien lo había acompañado, para empezar el largo éxodo desde la localidad que nos habíamos resguardado en las afueras de la ciudad, en una propiedad rural de un familiar, de donde emprenderíamos la marcha, sintiendo que estábamos seguidos por soplones cooperantes del régimen, quienes no cesaron su acoso y seguimiento luego de la muerte de mi padre. Todo eso era de nuestro conocimiento de sus intenciones de apropiarse y tomar en

ocupación para ellos de nuestras propiedades, bienes personales y de habernos descuidado, también se hubiesen apropiado de nuestras vidas”.

Continúa narrando mi tía, esos momentos de despedida de su tierra, su hogar, las amistades, sumidos en tristeza que toda partida representa, así como la innegable nostalgia que debe sentir una criatura a esa edad, de saber que nunca más verá ese cálido ambiente que rodeo sus primeros años, además de la sorprendente muerte de su padre.

Hoy, leyendo un poco de las estadísticas del momento podemos confirmar que más de un millón de pobladores de esa región, fallecieron como consecuencia de las decisiones del régimen bolchevique, ya sea por ejecuciones directas o bien por hambre y falta de los insumos básicos para la supervivencia. Stalin inició la guerra contra toda disidencia, especialmente en el sur de Rusia y los otros países vecinos incluyendo Ucrania, para anexarlos al bloque soviético, a todo ciudadano que fuera poseedor de una porción de tierra los denominó peyorativamente “Kulaks”, así, en nombre del socialismo se apropió de sus cosechas y a quien se oponía simplemente los ejecutó, y a los que pretendieron escurrirse y fueron sorprendidos en sus actos, también los “suicidó”.

Cada noche aparecían en la región cercana al sur este de Ucrania, más de 250 cadáveres fallecidos de dis-

tintas maneras, con la pérdida agravantes que fueron despojados de sus entrañas especialmente el hígado, luego se supo por testimonio de un Cónsul extranjero que en la mañana siguiente se servía en los mercados comunitarios unos pasteles conocidos como “pirozhki”, cuya proteína provenía de tan nefasto origen.

Alexánder Solzhenitsyn en su libro “Archipiélago Gulag”, estima que las víctimas del régimen soviético entre 1917 y 1959, fueron 66,7 millones de seres humanos. Y pensar que hoy en día existen quienes todavía creen en ese sistema nefasto y lo aúpen, para mantener su poder.

Ni siquiera hoy en día, nadie se ha ocupado de determinar la verdadera cifra de muertos. Vadim Erlikman señala como confirmados a 9 millones de víctimas al cambio que Conquest le suma 15 millones, amén de los daños colaterales por efectos diferentes que suman otros 6 millones de víctimas. Al final el genocidio se pierde de vista.

Mientras, regresando de nuevo a los acontecimientos ocurridos en la familia, mi madre, junto a su tía, ambas sumidas en una fuerte carga emocional, pero a su vez, con una profunda determinación de todos los miembros jóvenes y los pocos adultos de la familia, de que era necesario

tomar esta resolución de huir a toda costa, puesto que si no abandonaban la zona, podía ocurrir que de un momento a otro se encontraran en medio de zonas de combate.

La situación de un momento a otro se volvió compleja, la región donde se encontraban, por su posición geográfica y su cercanía a las vías principales entre la parte oriental y occidental de Rusia, además de su proximidad a Ucrania, era una zona donde no solo comenzaron a presenciar los combates entre las fuerzas rusas y las alemanas, sino posteriormente a los mismos, las fuerzas rusas bolcheviques, en un inicio ocuparon toda la región del sur de Rusia y el este de Ucrania y posteriormente, los nazis desplazaron a los rusos y también las ocuparon, unos con la supuesta pretensión de “defender el territorio ucraniano”, para incluirlo así en el bloque soviético; y otros, para tomar un objetivo energético y estratégico que se encontraba más adelante que era Stalingrado, actualmente denominada *Volgogrado*, por su adyacencia al río Volga, apetentes para ambos países, como regiones estratégicas, por su gran riqueza petrolera y contigua al Mar Azov, que a su vez, comunica con el Mar Negro y este, próximo el mar de Mármara, puntos de dominio marítimo en permanente disputa.

Esa zona acuífera, por su profundidad, siempre ha sido una excelente base para submarinos y puerto

de aguas profundas, excelente para cualquier operación logística por ello se explica que luego de haberse independizado Ucrania de la Federación Rusa, el régimen autocrático ruso se apoderó de la península de Crimea.

Por ello, al ser alcanzados en la zona por el conflicto, los miembros de la familia se retiraron lo más que pudieron, recorriendo toda Ucrania desde el este hasta la cercanía de la frontera sur occidental.

La partida no solo inminente, sino además cargada con fuertes sentimientos. Así lo describe en su próxima carta:

“No se me borra de la memoria el coche lleno con provisiones y algunos enseres básicos, tirado por caballos, el cual nos iba a trasladar lejos de ese lugar lleno de tristes recuerdos. El frente de batalla se movía a diario, los combates cada vez se acercaban más, con los bolcheviques recuperando territorio, ante un ejército nazi que retrocedía y se desplazaba hacia la zona donde estábamos, el estruendo de los obuses y la metralla proveniente del combate entre ambas fuerzas, se escuchaba cada vez más, acercándose muy rápidamente a nuestra posición. Sentíamos la necesidad que salir de esa zona de combate, con rumbo hacia Europa occidental, ya no podíamos seguir esperando por más tiempo a los que faltaban, era inminente el riesgo para nuestras vidas. Sin tener noticias del abuelo, agotado el tiempo de es-

pera y vista la proximidad de los enfrentamientos, nos obligó a emprender la retirada junto con algunos vecinos que vivían también en carne propia estos momentos de incertidumbre y angustia, esperamos hasta el último momento al familiar que no alcanzó la diáspora que se emprendía. Así, aprovechando que las fuerzas alemanas retrocedían y de cierta forma nos cubrían la retaguardia, sin más dilación, emprendimos lo que iba a ser una larga y tediosa marcha, sin tener certeza de cuál era el destino final, ni que nos esperaba allí. Como prófugos desamparados, conformados en el caso de nuestra familia de apenas ocho personas, nos encontrábamos en una carreta tirada por bestias, desplazándose allí, un adolescente que era mi hermano mayor de 16 años, seguido de mi hermana de 14 años, a quienes les tocó liderar la movilización; yo de ocho años (mi tía), mi hermana de seis años y el menor de mis hermanos de cuatro años, junto con nuestra madre, sumamente afectada por lo acontecido y los dos tíos más, emprendimos la retirada junto con el grupo de vecinos de la comarca, iniciando el camino a mediados del año 1942, luego de las batallas que se libraron, desde los inicios de ese año y desplazaron el conflicto hacia occidente. Los bolcheviques consideraban que los mayores, especialmente los del género masculino, tanto mi padre y mi abuelo, así como al resto de la familia como “KULAKS (terrateniente de posición acomodada, que según los bolcheviques explotaban a los campesinos)”, una forma de llamar a la disidencia y de esa manera discriminarlos como supuestos enemigos del pueblo creando una polarización, lo cual tenía como consecuencia inmediata que tenían una permanente

orden de aprensión por el régimen, para ser enviados a Siberia a los terribles “GULAGS (campos de concentración)”. En la misma situación se encontraba la familia de mi tío en Ucrania, a donde nosotros viajamos cuando emprendimos nuestra huida para recorrer varios países hasta llegar a Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial”.

Así las cosas, la lenta marcha de huida comenzó a formar parte de lo cotidiano, imperceptibles y ocultos ante el ojo de ambos bandos militares, este grupo familiar de civiles, como los demás, se desplazaban sigilosos e imperceptibles, mimetizándose hasta lo imposible, tomando caminos vecinales que no eran tan concurridos, a veces bajo la protección de la oscura noche o a veces temprano en la madrugada, de ese modo se movilizaron sin formar grupos numerosos, de manera que no fueran detectadas por tropas de ambos bandos, ya que potencialmente podían ser tomados como posibles amenazas o infiltrados. Casi todo el país de Ucrania formó parte de su recorrido, el lento paso de la cabalgadura, marcaba cada vez más su distancia de la zona de guerra, transitar cruento hacia lo desconocido, que en definitiva siempre lucía más prometedor que el panorama de muerte y desolación ellos estaban presenciando.

La brújula de la sobrevivencia les había marcado un solo rumbo, era la ruta sin retorno hacia occidente, espe-

ranzados de un mundo sin opresión. Como paradigma veían mayores oportunidades en la parte dominada por el amenazante imperio nazi, ante el cruel y avasallante yugo bolchevique que les pisaba los talones.

Su meta era subsistir, sin importar ideologías, lo primordial era su vida. Duro dilema para quien debe desplazarse dejándolo todo y con el espanto de los constantes silbidos de las ráfagas de los que disparan, sin siquiera respetar a una familia civil, que nada tiene que ver con sus conflictos bélicos.

Esperemos que algún día la historia pueda justificar o al menos explicar cómo se sacrificaron tantas vidas humanas en beneficio solo de los delirios de grandeza de los populistas que enviaron a la muerte y destrucción de millones de personas para justificar sus bajas pasiones.

CAPÍTULO III

CONVIVIENDO CON EL ENEMIGO EN VINITZA

Continuando la lectura de sus cartas, relata mi tía, los recuerdos que su mente conservaba sobre los dolorosos momentos relacionados con la partida y como los mismos se vinculaban a los años en que se venía desarrollando la Segunda Guerra Mundial. Recuerdos unidos a su vez a la sensación de vacío que significó perder a su padre, la persona de mayor autoridad en el grupo familiar, se ven ante la necesidad imperante de partir de su patria, todos esos sentimientos encontrados en una niña de su edad, no debió haber sido nada fácil.

No podemos dejar de imaginarnos cómo fue duro para ellos, transitar por semanas desde la frontera entre Rusia y la parte oriental de Ucrania, para después recorrer ese último país, desde oriente hasta occidente, a todo lo largo, soportando el otoño y luego el invierno. Fue un desplazamiento particularmente rudo cuando a la nieve, las lluvias y el frío inclemente, le sumas el lodo; además las penurias propias de una familia integrada principalmente por mujeres y niños, el medio inadecuado de trans-

porte compuesto apenas de una carreta de madera tirada por un solo caballo y con un desplazamiento evasivo por caminos vecinales, para no ser blanco de las hostilidades, puesto que además del fuego constante de ambos bandos, tanto el soviético como el nazi, la amenaza de ser despojados de lo poco que tenían por bandas de delincuentes que azotaban a todos los refugiados en el camino. Todo eso, se convirtió definitivamente en una tarea difícil y que jamás pudieron olvidar. Si bien la decisión de convertirse en desplazados y huir es personal, no menos cierto que cuando está en juego tu vida, se convierte en un imperativo que no deja opción.

Así tuvieron que movilizarse en esas paupérrimas condiciones, de la manera más difícil que se pueda imaginar, surcando caminos intransitables para vehículos normales de tracción de combustible, evitando de ese modo las tropas y los puntos de control. Día a día, sin descanso, fueron cruzando toda Ucrania, desde el extremo oriental, hasta llegar a un pueblo, ignorado por el mundo cerca de la ciudad de Vínnytsia, en la parte occidental, próximo a la frontera con Moldavia.

Allí les tocó hacer una pausa para esperar los acontecimientos y actualizarse sobre las noticias que venían del frente de guerra, esperando cómo se desenvolvía el resto de ese año próximo a terminar, informándose de los

frentes y territorios que ambos bandos iban recuperando, a la vez que poder así descansar de los rigores del invierno que comenzaba. Habían transitado casi todo el año, sin descanso, para lograr así desplazarse un poco fuera de la zona de combate.

El lugar donde llegaron, para sorpresa de ellos, estaba próximo a ser dominado por los bolcheviques, era un pueblo tan pequeño, que estratégicamente no significaba nada para las tropas. Por fortuna, lograron conseguir albergarse en una casa abandonada por sus dueños, que se encontraba en un estado aceptable y bastante cómodo para alojar a todo el grupo familiar.

Allí se establecieron, en ese improvisado hogar, que el destino les había deparado, tratando de estar lo más alejados posible de las zonas neurálgicas del conflicto bélico. Hasta que los tentáculos de la guerra también los alcanzaron en esa localidad y dada la situación estratégica del inmueble, situado en una colina a la entrada del pueblo y su tamaño, las tropas soviéticas a los pocos días de que se había asentado allí la familia, decidieron ocuparla como centro de operaciones, sin importar para nada quienes residían, ni siquiera por tratarse de un grupo familiar, que lo conformaban primordialmente mujeres y niños, sin mediar otra justificación, tomaron posesión del inmueble. A los hombres, les tocó

refugiarse inicialmente en un escondite cercano para no ser reclutados por la milicia.

En sus recuerdos escritos, relata mi tía:

“Nuestra casa era más grande que otras, los soldados soviéticos la convirtieron como centro de comando, transformando ese apacible hogar en caos, donde se veían soldados, entrando o saliendo todo el tiempo. Era incesante su movimiento, no paraban en ningún momento del día. En los alrededores los jardines, fueron ocupados por las fuerzas militares, tanto por la tropa como por sus unidades motorizadas”

“A lo lejos, no cesaban los estruendos de cañones y traqueteo de armas. Con un constante ir y venir de unidades motorizadas, incluyendo divisiones de tanques que a su paso me dejaron un fuerte recuerdo de cómo se estremecía la tierra rasgada por sus orugas, todas las paredes de las casas se sacudían a su paso, dado el peso de los mismos”

“Las mujeres y los niños fuimos confinados a una habitación por órdenes de la oficialidad, siendo custodiada la entrada a la misma por dos guardias armados. La temperatura era muy fría en esa habitación y no nos permitían encender ninguna estufa o medio para calentarnos. Mi tío y hermano fueron descubiertos y puestos bajo los órdenes de los militares, como si fueran sus ordenanzas, siempre bajo la severa vigilancia de un oficial de inteligencia quien se mantenía atento a todos sus movimientos, a Dios gracias no les importó para nada nuestra condición de desplazados disidentes”

En sus cartas, se percibe claramente como quedaron grabados esos terribles momentos, donde parecía que se detuviera el tiempo recordando estas dramáticas vivencias, fue tanta la incesante actividad militar, que no pudo olvidar nunca como fue ocupado, sin consideración alguna, el hogar que ellos pensaron que podían descansar ese invierno. Pero luego, por un momento sintieron como si se había borrado de su mente, la brutalidad de la guerra; al ocurrir los hechos tan insólitos que les acontecieron en esa morada, mientras se desarrollaba la ocupación de las fuerzas bolcheviques. Así recordando esos momentos, escribe mi tía:

“Recuerdo un día cuando un soldado estaba sentado en el medio de la cocina sobre la silla, tocando el acordeón y cantando en la voz baja, ya era de noche y había calma en la casa, afuera nevaba. Nosotros, los niños estábamos observando en la puerta de la habitación en donde estábamos confinados, lo que mientras ocurría en la casa, porque nos daba curiosidad ver una persona uniformada y temida por todos, a quienes los veíamos como monstruos sin alma ni corazón, como en ese caso que ella presenciaba, ocurría una extraña mutación cuando un ser temido por todos, dejaba traslucir su lado humano a través de la música. Él miraba alrededor mientras entonaba su melodía, sin dejar de percibir que era observado por nosotros, se había percatado que estábamos viéndolo, por lo que de vez en cuando dejó escapar una sonrisa. Luego, se detuvo por un momento

y sacó algunos caramelos del bolsillo y nos los ofreció haciendo un gesto de asentimiento para que nos acercásemos a tomarlos. Todos los menores, al unísono, volteamos a ver a los adultos, que ya se habían acercado a nosotros y esperamos la mirada permisiva de ellos, para recibir ese dulce obsequio que nos ofrecía, que al final accedieron a ello. Lentamente caminamos hasta donde se encontraba el soldado en la cocina para tomar lo que para nosotros resultó ser un manjar. No podíamos ocultar las expresiones de deleite y satisfacción, a lo que vino para sorpresa nuestra y de los adultos, la pregunta de su parte si queríamos bailar, al son de la música que él interpretaba. Nuevamente todos volvimos nuestras caras para ver la expresión de los adultos de la familia, que con asombro contemplaban lo que ocurría. Otros soldados se sumaron al pedimento, por lo que entiendo ahora porqué nuestros representantes nos dieron permiso para bailar, mientras el soldado tocaba la música. Fue un momento de reconciliación entre la brutalidad de la guerra y la proximidad de las fiestas navideñas. Nosotros empezamos a bailar y sin querer empezamos a cantar la letra de la canción que manaba del acordeón. Los soldados se agruparon a nuestro alrededor e hicieron señas para que los adultos de la familia se incorporaran al círculo que se había formado de manera espontánea. Los presentes, al unísono, cantaban tarareando con tono cada vez más alto, las canciones que del acordeón emergían como un momento de paz y tranquilidad, que por lo visto todos anhelaban. Más soldados entraron al oír la música y trajeron más golosinas que obsequiaron a todos nosotros. Teníamos nuestra

pequeña fiesta y todos los presentes cantaban y aplaudían al compás de la música, incorporándose cada vez mayor número de personas al baile, como si se tratara de una verdadera celebración. Ahora entiendo que los niños logramos en ese momento detener el tiempo y alejar a todos por un instante, de la sensación de hostilidad que por días flotaba en el ambiente”

Al proseguir su relato, mi tía, recuerda que ese momento tan especial, repentinamente fue interrumpido cuando de manera violenta se abrieron las puertas de entrada e irrumpieron soldados y camilleros, portando a cuestas personas heridas que venían de la zona de combate. Todo cambió repentinamente, nuevamente volvían a la realidad, la magia había cesado, tal como lo describe en sus relatos, que se remontan a ese contrastante momento:

“Toda la celebración fue interrumpida por el sonido de la puerta de entrada, batiéndose de par en par, mientras que se escuchaban muchos gritos y ruido irrumpieron numerosos soldados. Traían a muchos soldados heridos, colocándolos en el cuarto al lado de la cocina que siempre se mantenía cálido y por eso lo tomaron de enfermería. Los heridos estaban llorando del dolor y pidiendo que los ayudaran, entraban los camilleros y volvían a salir. Miré hacia la puerta, y vi a dos soldados que cargaban una camilla donde se encontraba un hombre ensangrentado de la cintura hacia abajo y me

di cuenta que una pierna tenía la bota, pero la otra era solo un pedazo de trapo ensangrentado. Corrí rápido a refugiarme con los míos cercanos a la estufa. Todos estaban gritando a la vez. Decían que hubo una emboscada y que resultaron muchos muertos y heridos, nos enteramos por lo que decían el frente de batalla se acercaba rápidamente, por eso es que los estruendos del combate se oían más intensos y próximos. En la mañana, luego de ser atendidos los heridos, fueron subidos a un camión para movilizarlos a un hospital de campaña, que se encontraba más alejado de la zona de combate. La sensación de temor e incertidumbre se apoderó de nosotros, no sabíamos que iba ser de nuestro futuro. Los soldados casi de manera imperceptible fueron abandonando nuestra casa, no sin antes advertirnos que no saliéramos si no era necesario”

El final de un momento de tranquilidad, en el medio de la guerra, no pudo ser interrumpido de forma más abrupta. Las fuerzas alemanas habían emboscado a las tropas comunistas en una acción sorpresiva y ello cambiaría el panorama de esa familia, que se encontraba en medio del conflicto y entre dos bandos, sin poder decidir su futuro y sin saber que sería de ellos en los próximos días.

CAPÍTULO IV

INVIERNO EN UN SÓTANO

La retirada de las fuerzas soviéticas tuvo su razón de ser, puesto que había indicios de una arremetida alemana que comenzó casi de inmediato, sin que se interrumpiera ni siquiera en la noche, siendo coherente a los rumores que la presagieron. La guerra, había alcanzado a la familia en esa lejana localidad donde pensaban que pudieran estar a salvo. Los relatos de mi tía son desgarradores, cuando escribe lo siguiente:

“Hoy, mis recuerdos se remontan nuevamente a los tiempos de la guerra, nunca imaginó mi mente de niña que pudiera haber confrontaciones entre seres humanos tan violentas y brutales. Recuerdo particularmente el cruento invierno de ese año. La localidad donde nos encontrábamos para ese momento, era una pequeña población próxima a la ciudad de Vinnytsia en territorio del sur occidente de Ucrania, transcurrían los primeros días del mes de enero, fecha de celebración de las Navidades en toda Europa Oriental, de acuerdo al calendario utilizado por nuestra religión era en la primera semana de ese mes. Mi tía y mi mamá preparaban un plato tradicional conocido como “KUTIA”, compuesto de granos de trigo con miel, nueces y semillas de amapola”

“Entre los vecinos se comienzan a transmitir las noticias del frente de batalla, era evidente que las tropas alemanas se estaban acercando y comienzan a las movilizaciones de la población civil, tomando el sentido contrario de donde provenían las explosiones y las detonaciones de las armas, no podíamos evitar la sensación nerviosismo colectivo que se propaga entre la población, mientras masas de personas, con los pocos enseres que pueden cargar, trataban de buscar refugio, alejándose de las fuertes explosiones, cada vez más próximas a la ciudad, obra de un fuerte bombardeo. Las bombas empezaron a explotar muy cerca y un incendio generalizado se fue apoderando de casi todas las casas, el fuego alcanzándolos alrededores, cada vez más cerca de nuestro perímetro y se comenzaron a apreciar las llamas al fondo del patio de la casa, todo arde y no cesan las detonaciones”

....

“Recuerdo los bombardeos como si fueran hoy, aún en mi memoria, no se me han borrado las imágenes de toda mi familia debajo de la mesa del comedor, resguardándonos como si fuera una fortaleza de madera, hasta que cesaran los estallidos, sentimos todos esa sensación de zozobra, donde tú no eres dueño de tu destino, nunca se va a borrar de mi mente la sensación de ansiedad e impotencia que te impiden tomar alguna decisión en ese momento. Pasado un tiempo, que se hizo interminable, cesaron los bombardeos; realmente para la población civil era intrascendente saber quiénes fueron en esta ocasión. Lo importante era saber que todos de la familia que estábamos refugiados, que estábamos allí, sin que

nadie faltara, al menos por esta vez...y sabíamos que de seguidas venía la ocupación de las fuerzas de infantería que habían causado el bombardeo”

Debe ser duro a tan temprana edad, apenas con escasos seis años, recordar esos momentos donde casi de manera imperceptible, cambiaba el clima de hostilidad, de un bando dominante al otro, bien sean soviéticos o sean nazis, igualmente ambos combatían a su alrededor.

Se les hace imperativo establecer donde deben ponerse a buen resguardo, ya que era la única manera si querías permanecer con vida. Todavía daban paso las hostilidades para que ocurrieran algunos encuentros familiares de grupos, que por la intensidad de los combates, se tenían que desplazar de una zona a otra menos intensa, donde no se encontraban tan cercanos los frentes de batalla. Los refugiados, se desplazaban buscando las zonas menos atacadas, bien por su escaso valor estratégico o por su dificultad de acceso a las tropas y su maquinaria de guerra.

Continúo con la lectura de la carta y no puedo evitar percibir la sensación de ansiedad que estos niños y también sus padres tuvieron que sentir en esos difíciles momentos, cuando no pueden decidir su destino, menos aún su seguridad, imposibilitados hasta de tomar sus pertenencias e irse muy lejos de todas esas hostilidades,

que definitivamente no caben en sus mentes tan jóvenes, puesto que tampoco cabían en la mente de los adultos. Así continúa su relato, como continuación de su carta:

“Viene a mi memoria, cómo los adultos tomaron algunas provisiones y mantas para cobijarnos, salimos apresuradamente buscando refugio ante la proximidad del peligro. Después de revisar las ruinas de una población totalmente desbastada, el sitio elegido fue un sótano, excavado debajo del jardín de una casa parcialmente derruida, el lugar se encontraba pasando apenas unas calles de donde habíamos estado en el momento del bombardeo inicial de esas hostilidades, el refugio temporal ya había sido visualizado con anterioridad por los adultos de la familia, como lugar de refugio seguro, por su sólida estructura y ante la circunstancia de que sus dueños lo habían abandonado desde hace meses. Corrimos como nunca en medio del combate de las tropas; milagrosamente ninguno de la familia fue alcanzado por la metralla y las explosiones que con menos frecuencia, pero todavía ocurrían, cuando intentábamos cruzar las calles e intersecciones que nos distanciaban de nuestro improvisado refugio. Fue una carrera desesperada, sin medir el peligro de muerte, corrimos sin detenernos, a campo abierto, en total, éramos personas de diferentes edades, todos miembros de nuestra familia, usamos todas nuestras fuerzas para correr como nunca, mientras todavía vestigios del combate no cesaban. Recuerdo una explosión que fue tan cercana que dejó cubierto a nuestro hermano menor de cenizas y rastros de humean-

tes, impregnado de piezas de escombros chamuscadas, sentí un profundo dolor ver esta criatura menor que yo en esas condiciones, parecía un trabajador de una mina de carbón. Las secuelas de este incidente le generaron distorsiones en el lenguaje de por vida. Mientras corríamos, escuchábamos el silbido de las balas que impactaban en el suelo, en las paredes y se cruzaban por todas partes, también sentimos cerca las granadas de los morteros y la artillería, no cesaban de explotar. Por un lado, las tropas soviéticas con sus soldados defendiendo la ciudad y detrás de ellos, los oficiales pistola en mano, para ejecutar el subalterno que se atreviera a retroceder; por el otro, los nazis atacando con furia. Ambos bandos estaban tan abstraídos en el combate, que ni tomaron en cuenta nuestro fugaz paso, cubriéndonos de las balas, los escombros que volaban en todas direcciones y la metralla de las explosiones, logramos llegar a la entrada del sótano y allí nos guarecimos”

Es asombroso leer este relato y a la vez saber que no les haya pasado nada. Realmente la descripción de la situación vivida por ellos, nos hace pensar que existen los milagros o algún ángel guardián que protege a las familias indefensas perseguidas por la guerra. Es asombroso, hoy en día concluir, que ellos pudieran refugiarse, luego de traspasar una zona de combate, sin que nada les ocurriera. Es como si la providencia divina, los protegió en esa y en otras ocasiones. No en balde adquiere con estos hechos, el dicho que “Dios protege al inocente”.

La guerra no perdona, ni a los combatientes, ni a los civiles, sean adultos mayores, incapacitados, o personas de corta edad, igualmente siempre existe lo que se ha llamado el “daño colateral”, que en este caso a manera de un milagro, no aconteció con ellos.

Definitivamente es doloroso tener conocimiento, por sus imborrables recuerdos, que una niña a su corta edad —como es el caso de mi tía— tuviera que presenciar estas realidades.

Me imagino que su mente habrá hecho todas las conjeturas posibles que puede llevar a la imaginación infantil, para buscar una explicación a estos cruentos acontecimientos, que pudieran justificar que haya pasado de unos momentos familiares tan felices al inicio de su existencia, a estos, que contrastaban por lo duros y sangrientos, presenciados y vividos por ella a su corta edad.

Si los adultos en algún momento de racionalidad en su vidas, sobre todo en el caso de los mandatarios que determinan el comienzo de un conflicto bélico, se detuvieran a pensar en el daño a la población indefensa, lo que les van a ocasionar con sus acciones, especialmente a esas generaciones en crecimiento, quienes en algún momento, han de relevarlos en las riendas de la vida, seguramente

evitarían tantas acciones llenas de barbarie, las cuales lastimosamente han marcado la historia, desde el comienzo de la humanidad en muchas y muy cruentas ocasiones.

Siguiendo el relato de mi tía, en medio de estos combates, leo lo que aconteció con ellos, a continuación:

“Todavía no sé cómo llegamos a la entrada de ese sótano, pero allí estábamos, frente una gruesa puerta enclavada a nivel del suelo, simulando ser parte de los adornos del jardín, al levantar esa puerta, observamos una escalera inclinada que conducía a un refugio sin ventanas, ni otro acceso, era un espacio cerrado construido en piedra, que daba sensación de seguridad por la fortaleza de sus paredes. Sin muchas consideraciones de cortesía, prácticamente rodamos escaleras abajo, e inmediatamente sentimos la seguridad del lugar, al cerrar la puerta el último de los ocupantes, pese a no tener ningún tipo de calefacción nos sentimos cálidamente tranquilos, el calor de nuestros cuerpos, suplía a la calefacción, comenzamos a percibir en todos, junto a una extraña sensación de seguridad, un contrastante silencio, contrastando con lo recién presenciado en las calles que tuvimos que atravesar”.

En sus memorias, mi tía relata que allí permanecieron un buen tiempo, gran parte del invierno hasta comienzos del mes de febrero del siguiente año, alimentándose tanto de las escasas provisiones que pudieron tomar del

mismo sótano, gracias a la inveterada costumbre de esos pobladores de Europa Oriental, que en cada casa, acostumbraban a resguardar sus cosechas y provisiones consistentes en los frutos del campo, en esos sótanos subterráneos, utilizándolos como espacio para almacenar alimentos, para tener siempre reservas de comestibles para el invierno. Básicamente eran verduras en conserva tales como pepinillos, coliflor; también se guardaban hortalizas, especialmente papas, remolachas y otros tubérculos. En este caso, los dueños del inmueble habían almacenado en el lugar, algún sobrante de las cosechas, a manera de provisión de invierno. Estos insumos, complementados con encurtidos tales como: pepinos y coliflores, fueron encontrados por estos nuevos ocupantes en un barril de madera, sirvieron de sustento así junto con los restantes alimentos, de sustento a los miembros de la familia que permanecieron allí encerrados, junto a otro grupo de personas, todos desplazados, que se sumaron a ellos y accedieron a refugiarse. Así permanecieron acompañándose escondidos bajo tierra por varias semanas, sin poder ver la luz del sol, ni tener el menor conocimiento de lo que en las calles acontecía.

Pasaron los días de manera larga y tediosa, absortos en su situación como refugiados de la guerra, hasta que dejaron de escucharse los estallidos y el traqueteo de las

armas, no sin que en el transcurso de ese cautiverio voluntario, se presentaron en varias ocasiones, situaciones de tensión, cuando algún soldado descubrió la entrada al sótano, abriendo la compuerta del piso abruptamente y granada en mano, se asomaba gritando a veces en ruso, en otras en alemán, la misma pregunta de: ¿Quién se escondía allí?, a lo cual todo el grupo oculto, al unísono, respondían con horror: “solo mujeres y niños”, como lo relata la tía, luego de un tenso silencio, se escuchaba como la pesada compuerta golpeaba el piso al cerrarse y las plegarias que de inmediato cada madre pronunciaba, agradeciendo que por esta vez lograron salvar sus vidas.

Así el triste y doloroso relato sobre esa vivencia, nos lo narra a continuación:

“En ese sótano subterráneo pasamos más de dos semanas. Dormíamos acostados sobre las papas y otros vegetales. No había agua para las necesidades básicas, solo se tomaba la que producía la nieve derretida, menos podíamos contar con algo de fuego. Un barril de pepinos marinados, fue la fuente de nuestra subsistencia, junto con algunas verduras crudas y nada más. En total éramos diez personas de mi familia y unos siete vecinos que alcanzaron a refugiarse en ese sitio. En varias ocasiones tanto durante el día o la noche, la puerta de acceso era abierta de manera violenta y con una granada en la mano, se escuchaba la voz a manera de grito de algún

soldado preguntando quien estaba allí, en ocasiones, en lengua rusa y otras veces en alemán. A lo que de manera inmediata tanto niños como adultos contestaban en alta voz gritando a más no poder y sollozando a la vez: “mujeres y niños”. Seguidamente escuchábamos como se cerraba la puerta golpeándola violentamente y de inmediato una sensación de paz nos envolvía a todos”

“No recuerdo cómo y qué comimos o tomamos. Para ir al baño usamos una lata grande y posteriormente uno de las personas mayores, botaba su contenido afuera en horas de la madrugada. La única ventilación en el sitio era una pequeña apertura en la puerta que a la vez servía de techo. Siempre estaba frío el lugar, pero no recuerdo haber sentido la sensación de hambre, quizás el miedo y la inseguridad nos mantuvieron ocupados”

El relato sobre esta cruda vivencia, concluye de esta manera:

“Después de más de dos semanas, al no escuchar más explosiones y pasado un tiempo prudencial, los adultos decidieron que podíamos salir del bunker que habíamos improvisado. Nos encontramos con tropas soviéticas que ocupaban el sitio, cuando vieron nuestro aspecto tan deprimente, todos sucios y harapientos, compartieron con nosotros de su única fuente de alimentación: la sopa. Aún hoy recuerdo lo sabrosa que nos supo esa sopa. Pero lo que vimos era peor de lo que uno puede imaginarse. Para regresar a la casa, que la encontramos medio quemada, tuvimos que cruzar las calles con personas muer-

tas, tiradas en el suelo donde cayeron, algunos desfigurados y mutilados, tanto seres humanos, como también caballos y hasta perros. A nuestro paso observamos en tan corto trecho tanques destruidos, vehículos militares, camiones y cañones. Todo el camino estaba obstruido no solo de esos elementos, por ramas y arboles muchos de ellos quemados, junto con escombros y piedras, casi todas las casas quemadas o destruidas”

“Todo este horror que vi allá no se ha borrado de mi mente. Después de tantos años, algunas veces despierto bañada en sudor, con sensación de frío y recordando ese imborrable momento que presencie allí”

Luego al abandonar ese refugio, después de pasar las semanas más duras de su corta existencia, sin ver la luz del día, cuenta en sus cartas mi Tía, que el regreso a casa también fue impactante, tanto para los niños cómo para los adultos, cuando veían con asombro las calles tapizadas de cadáveres, los cuales había que flanquear saltando sobre ellos, allí abandonados por sus compañeros, hasta que las brigadas de recolección llegaran en su búsqueda, aunado ello a los inmuebles destrozados por la metralla y los bombardeos.

Al llegar a lo que era su hogar, descubrieron la razón de por qué faltó en el grupo familiar un miembro, que no llegó a tiempo para refugiarse, el abuelo del esposo de una de sus tías, a quien le fallaron sus piernas y quedó

como fiel guardián de la casa. Otra víctima que nunca se supo la causa que generó su deceso, pero suponemos que no pudo encender nada que le sirviera de calefacción, sin atraer las fuerzas que combatían en la ciudad, para no llamar su atención, no encendió la chimenea y el mismo frío hizo de las suyas en su humanidad.

El siguiente relato conmovedor, recuerda lo cruento de ese retorno a la cotidianidad, al llegar a casa, solo encontraron una parte de ella y llena de tristeza, escribe:

“A la entrada de la casa, luego de varias semanas de ausencia, la parte posterior estaba destruida con evidencias de un fuerte incendio, en cambio el frente que era de piedra, se encontraba en buena condición, al menos la cocina, el estar adjunto, al igual que los dormitorios, permanecían en su sitio, no así el salón principal, que se encontraba detrás de la cocina, el cual estaba totalmente destruido”.

Regresar a su morada y encontrar una parte de la misma destruida, son recuerdos dolorosos e imborrables de esos momentos en que es sometida la población civil. No hay explicación, ni argumento que lo justifique. Las confrontaciones de los bandos en guerra, no diferencian sus objetivos durante el combate y las consecuencias solo se miden cuando cesan las hostilidades.

Al menos tenían una parte de su vivienda donde refugiarse, dando comienzo a la rutina de retirar los escombros y apilarlos de la mejor manera que se podía para aprovechar la vivienda.

CAPÍTULO V

LA OCUPACIÓN POR LAS TROPAS ALEMANAS

Los distintos contrastes que vivieron estas familias inocentes frente a la violencia que a su alrededor se desarrollaba, especialmente por la persona que me escribe, son dignos de contarse en más de una ocasión: así un día, relata que disfrutaban de cierta calma, en la cual inclusive, se puede departir con quienes han ocupado tu hogar, fuerzas invasoras rusas que se habían adentrado en territorio Ucraniano; y seguidamente, se interrumpe este momento de paz, para recordarles a todos civiles y militares, el conflicto bélico de dos potencias en disputa, quedando ellos en el medio de esos combates, sin tener arte o parte en esa disputa territorial, que a final de cuentas, no le pertenecían ni a un bando, ni a otro.

El relato de mi tía comienza en esta ocasión, cuando se produce el cambio de dominio de la zona, que involucró el retiro de las fuerzas soviéticas ante la llegada de los alemanes:

“Desperté un día, escuchando la voz que parecía proveniente de un soldado alemán. Durante la noche, había ocurrido, sin que lo notáramos, el retiro de las fuerzas

rusas de esa alejada región de Ucrania y la población de esta zona amaneció ocupada por el ejército alemán. Para nosotros fue un alivio, el tratamiento que ellos nos daban era de refugiados, pero no sabíamos por cuánto tiempo iba a durar esa situación privilegiada. En aquel tiempo, por mi corta edad, yo no me preocupaba de todo esto, pero observaba todo lo que ocurría con mucha curiosidad”

“El centro de comando de los alemanes también fue establecido en las ruinas de lo que fue nuestra casa temporal durante la presencia de los soviéticos, y por tanto la familia quedó bajo el mandato y las instrucciones de ellos. Eso posteriormente, al transcurso de los años, me hizo entender la razón estratégica. La casa era de sólida estructura, de buenas dimensiones, con muchos cuartos y sus alrededores eran de cómodo transitar para los vehículos de la oficialidad y podían divisar a la distancia quien se acercaba por encontrarse situada tal construcción en una colina. Al igual que ya lo habían hecho los bolcheviques, los nazis, ocuparon nuestra residencia, sin autorización alguna y tan pronto despertamos reunieron a los adultos en la sala y les informaron por parte de un oficial superior, que por las insignias en su uniforme posiblemente era un coronel, quien con pleno dominio de nuestro idioma, ordenaba nuestro confinamiento reducido a un ala de la casa y que el tránsito por las instalaciones del resto de la vivienda, así como cocina, despensa, áreas comunes y las restantes habitaciones, no podían ser frecuentadas por nosotros, sin permiso del oficial

al mando de ese turno. Seguidamente tanto a mi tío, como a mi hermano, les ordenaron que diariamente desde temprano en la mañana, sus obligaciones serían las de unos ordenanzas o sirvientes, consistiendo en acompañar al personal de tropa, tanto al campo, como por el pueblo, a recoger los cadáveres que habían caído durante los días que antecedieron a la ocupación y aún con la presencia de estos nazis, por casi una semana, diariamente, se escuchaban los disparos de ambos bandos quienes se encontraban todavía en batalla: para cumplir con ese mandato les entregaron palas y otras herramientas para que junto con los soldados, procedieran a enterrar los cadáveres. Posteriormente, les asignaron tareas propias del contingente de tropa, como la de ayudar a cavar trincheras a todo lo largo de la entrada del pueblo, para que sirviera de red de comunicación y observación. Esas trincheras, eran como canales que cavaron a todo lo largo de las entradas del pueblo y constantemente estuvieron ocupadas por soldados para protegerse de los ataques, que muy a menudo se sentían de manera cotidiana intercambio de disparos, a distintas horas por parte de las fuerzas soviéticas y los actuales ocupantes, tratando de recuperar estos territorios”

“Además de las tareas diarias asignadas, al regresar a casa en la noche, ellos tenían que atender los caballos que generalmente utilizaban algunos oficiales, es decir cepillarlos, darles de comer y revisar que sus extremidades que no se hubieran lastimado”

Pese a todo lo duro y denigrante que debe ser la sensación de estar sometidos por las fuerzas de ocupación, obligándolos a realizar tareas propias de un soldado, sin considerar que se trataba o bien en algunos casos de personas mayores, con dificultades físicas, como era el caso del tío y un joven, que no había sino alcanzado apenas sino su pubertad, y sin tomar en cuenta para nada su condición de personal civil, que nunca los obligaron a participar activamente en las acciones bélicas, debido a que en el fondo aceptaban que los civiles estaban refugiados en situación de desplazados, pero tampoco les importó, para que igual los sometieran a trabajos propios de los quehaceres militares.

Con todo y eso, la ocupación alemana y las condiciones de reclusión en que estuvieron sometidos en su propia morada, en sus cartas, se percibe una sensación de tranquilidad, aceptación con resignación, a cumplir con lo ordenado, ya que era preferible sufrir el duro trabajo, tener tu vivienda ocupada y no estar sometidos a los bolcheviques, que para nada aceptaban su precaria condición de desplazados por la guerra, sino que los consideraban desertores, con escasas ocasiones que ya hemos referido.

Para ellos todos los desplazados de origen eslavo eran disidentes traidores y, por tanto, debían

ser sometidos como prisioneros y tratados como traidores a su revolución.

También estaban seguros, aun cuando no se comentara en la familia, que una vez que las tropas alemanas partieran, ya que su permanencia era transitoria por esos territorios, la familia igualmente en ese mismo instante, debería emprender la retirada, cobijada por las tropas nazis, quienes consideraban a las personas que huían de los bolcheviques como disidentes y víctimas de una persecución, puesto que en caso de ser capturados por los soviéticos, representaba para todos ellos en el mejor de los casos, su envío a Siberia a un campo de trabajos forzados —si para ese momento habían los medios de transporte— o el fusilamiento por deserción o traición a la patria.

La suerte estaba echada, por lo que se entiende lo que escribe mi tía al respecto en sus memorias:

“Sabíamos que nos quedaríamos en esa comarca el mismo tiempo que durarían los alemanes, ya que al retirarse, teníamos necesariamente que hacerlo con ellos, sino estaríamos perdidos, por ello cada noche tanto los jóvenes como los adultos, en nuestra parte de la casa, teníamos que preparar nuestros enseres y equipaje para nuestra evacuación cada día más próxima. Todos sabíamos que cuando el ejército alemán comience su reti-

rada, nosotros también tendríamos que partir con ellos. Nuestra meta tenía que ser viajar de cualquier manera hacia Europa occidental, sino caeríamos prisioneros de los soviéticos”

La vida en esas condiciones era un diario existir, los planes familiares y el futuro, estaban condicionados a lo que resolvieran las fuerzas de ambos bandos, sin importar lo pequeño que podía ser el poblado y lo lejos que estaría de los centros estratégicos en el conflicto, todo dependía del resultado de la confrontación, así era su diario sobrevivir. Como lo relata a continuación:

“Pese al frío que persistía, igual que todo el invierno, ya estábamos en primavera. Comenzamos a percibir como el ejército alemán empezó a preparar su retirada. En primer lugar, comenzó la movilización de los transportes de las tropas, convoyes de camiones con los cañones anexos a los mismos, se movilizaban por las calles en el pueblo. La gente estaba hablando y comentando de la cercana reagrupación y avance de los rusos. Algunos de los habitantes se mostraban alegres y otros, como nosotros, estábamos preocupados. Así un día el momento llegó. Pusimos sobre la carreta todo lo que cabía, nuestros escasos utensilios, la ropa, los alimentos sobre este único medio de transporte, sentaron los niños en la carreta, ocho en total: dos de mis tíos y mis cinco hermanos y empezamos la evacuación. A mi hermana mayor le tocó conducir y obligar a caminar a la vaca que habíamos adquirido y que fue

fuelle de alimento para la población infantil de la familia, la cual trataba de conducirla caminando al lado de la carreta”

Continúa su relato, de la siguiente manera:

“La carreta en que nos desplazábamos estaba en muy malas condiciones, ya que nunca hubo tiempo para hacerle las reparaciones necesarias, siempre estuvo escondida junto con el caballo, para que no se apoderaran de ella las tropas. La tierra del camino, por los deshielos y las lluvias, estaba mojada y resbalosa, lo cual aunado al intenso tráfico hacía muy difícil la conducción por los surcos trazados por la tropa mecanizada. Mi tío y mi hermano estuvieron todo el tiempo empujando la carreta y mi hermana mayor estaba arreando y halando la vaca, que de manera terca se negaba a caminar”

“La vaca tenía manchas negras con blanco, pero estaba muy asustada o al menos tensa con la presencia de tantos vehículos en el camino. No quería caminar, aunque mi hermana trataba por todos los medios de conducirla, bien empujándola y a veces halándola con todas sus fuerzas, para que se moviera. Mi tía y mi mamá las recuerdo llamando a mi hermana para que se viniera y abandonara la vaca. Pero mi hermana, decía que la vaca era buena parte de nuestra alimentación. La leche fue parte del sustento diario que nos daba ese noble animal. La familia entera contempló este espectáculo en medio del camino en donde quien conducía a la vaca mostraba la misma terquedad que la bestia de la cual tiraba”

“Los bolcheviques seguían nuestros pasos muy de cerca. No sé a qué distancia se encontraban, porque se escuchaban las andanadas de detonaciones de las KATIUS-KAS (artillería rusa autopropulsada usada de la Segunda Guerra Mundial). De vez en cuando escuchábamos aviones de caza que sobrevolaban la zona. Los camiones alemanes y caballería nos estaban tomando la delantera, cada vez más separando la distancia de los pocos civiles que en las mismas condiciones que nosotros, se encontraban de viaje en las carretas, huyendo hacia el occidente”

“No recuerdo cuanto tiempo, días o horas viajamos y si era la noche o el día. Es que siempre estábamos en la carreta. No recuerdo qué comimos, ni me recuerdo si paramos alguna vez; no sé si padecemos de hambre o sed; no recuerdo que los otros niños hicieron durante el viaje. Todo esto es como un recuerdo nublado en mi mente. Yo veo muy claro las expresiones y las caras de tío, hermano, tía, madre, pero no de los niños. No puedo explicar porque creo que los adultos reflejaban en sus rostros, lo que la inocencia infantil le restaba importancia”.

Los momentos de tranquilidad habían finalizado, nuevamente tocaba retomar la marcha a la libertad; sin importar que tan duro sería el trayecto y sin estar seguros, si era acertado el desplazamiento por la ruta que optaron tomar, la decisión estaba tomada, había que seguir a toda costa a las tropas alemanas que se retiraban, no les tocaba otra opción, sino acompañarlos a un ritmo mucho más

intenso que el que habían transitado hasta esta fecha, todo para no separarse de quienes les habían permitido darles cierta protección y seguridad. Ya no eran caminos vecinales propios para carretas y caballos, por el contrario iban precedidos de vehículos de transporte de tropas, blindados, vehículos con artillería y tropas a pie. Sintieron por primera vez que al menos no eran perseguidos, sino por el contrario se sintieron protegidos. Quizás en medio de la guerra hubo un gesto de humanidad cuando les permitieron su compañía, compadeciéndose de los infantes y mujeres que predominaban en el grupo.

CAPÍTULO VI

EL PASO POR LOS MONTES CÁRPATOS

En su siguiente carta, mi tía nos describe cómo realizaron el desplazamiento de todo ese contingente humano de refugiados, lo cual inicialmente comenzó a través de toda Ucrania, para continuar su transitar por Moldavia, Rumanía, Hungría, Polonia, Eslovaquia, hasta llegar al final al campo de refugiados en Alemania. Dura tarea que se tomó unos cuantos años.

A finales del mes de marzo, culminaba el invierno, fue entonces cuando entre una y otra helada del clima, les permitió al fin comenzar a esa modesta caravana de refugiados, iniciar su periplo desde la frontera con Ucrania, soportando todavía algunas de las inclemencias del tiempo, como fueron las lluvias y las heladas nocturnas, en ocasiones cobijándose durante la noche en ruinas que habían dejado los pobladores de pequeñas localidades rurales. La primavera con los primeros deshielos, hacía más penosa la movilización, además del frío, el terreno repleto de fango y las irregularidades del camino, dañado por las orugas de los tanques y los vehículos de trans-

porte, hacían dificultoso el paso de la carreta que llevaba a estos civiles; no obstante a ello, su movilización ya era un hecho, a la sombra de las fuerzas nazis que se retiraban del frente ruso, luego de su fracaso en la “*Operación Barbarroja*” con la cual pretendieron ocupar los territorios soviéticos, sin éxito alguno, tuvieron que emprender la retirada. Un inclemente invierno, les truncó la acción de ataque tal como había ocurrido con las fuerzas de Napoleón hacia cerca de un siglo atrás.

Luego de las fuerzas mecanizadas, las restantes tropas nazis, que se componían de tropas de infantería, tuvieron que movilizarse del frente ruso, con paso más lento que los anteriores componentes, seguidamente los bolcheviques reconquistaban el terreno dejado, palmo a palmo.

La familia tuvo que continuar su éxodo por estos nuevos territorios, sin oportunidad de mirar atrás, sin recordar siquiera todo lo transcurrido, trayecto este que se hizo interminable. Luego de haber atravesado todo el territorio ucraniano, y tras un invernal descanso obligatorio, emprendieron la salida de Ucrania, rumbo a Moldavia y posteriormente Rumanía, uniéndose a otros grupos, formando una masa humana que prefería retirarse con las tropas alemanas invasoras, que soportar el régimen

comunista que les pisaba los talones, cuya barbarie se iba a acrecentar en contra de estos pobladores que nada tenían que ver con el conflicto. Así, nos relata:

“No recuerdo por mi corta edad cuánto tiempo viajamos, deteniéndonos solo para la pernocta, pero viene a mi memoria cuando nos estábamos acercando al Río Dniéster con rumbo a los montes Cárpatos, ya habíamos atravesado toda Ucrania y en ese momento estábamos de travesía por Moldavia. Transitaba la caravana de refugiados en carretas tiradas por caballos, siguiendo la misma vía que transitaban el ejército alemán quienes venían también de retirada del frente ruso hacia Europa Occidental. Tanto los soldados alemanes con sus componentes de camiones, tanques, infantería y caballería, los recuerdo viajando en la misma dirección de nosotros. En el camino se fueron reduciendo las carretas de civiles y en casi todas se observan mayormente mujeres y niños”

“Al llegar a la orilla del río, recuerdo que nos encontramos con un puente muy angosto que tenemos que cruzar, para lo cual nos empezamos a formar junto con las tropas en dos líneas de tráfico, pese a que originalmente debió ser una en cada sentido. Pero el tráfico en ese lugar se congestionó, ya que allí convergían personas y tropas que venían de todas partes y direcciones, los cuales se aglomeraban para alinearse bajo la dirección de las tropas alemanas. Todos los civiles refugiados, se tuvieron que unir y reducir a una línea para cruzar el

puente, ya que la otra línea se reservó exclusivamente para las tropas que no podían detener su marcha. Se hizo eterno el tiempo de espera, ya que el desplazamiento por el puente es lento y su acceso está totalmente congestionado, todos estaban luchando por obtener su oportunidad para cruzar el puente”

“Repentinamente se difunde un rumor de que las tropas alemanas, al llegar el final de la tarde, iban a dinamitar el puente para que las tropas rusas no puedan utilizarlo y así evitar ser alcanzados en su retirada. La angustia se apodera de refugiados que estamos en espera para cruzar nuestros coches tirados por bestias por el puente. Repentinamente comienzan los estruendos, ya conocidos por todos, compuesto de fuertes explosiones; las tropas alemanas están destruyendo los equipos pesados que pueden retrasar su huida. Al atardecer, para coronar la desventura, comienzan a sobrevolar la zona aviones rusos, los cuales ametrallan y bombardean las tropas alemanas que están formadas esperando su paso por el puente”

“El tiempo se agota, ya que comienza atardecer, y la fila sigue moviéndose lentamente. Nosotros nos encontramos rodeados de camiones con tropas alemanas, tanto por delante como por detrás de nosotros, porque ya la fila de los civiles también fue ocupada por las tropas. Repentinamente aparece un contingente de caballería de soldados cosacos disidentes quienes junto con contingentes de caballería alemana, pretenden sacarnos de la fila que está a punto de comenzar el recorrido por

el puente, pero allí ya no quedaba sitio a donde apartarse. Así que no les quedó más remedio que dejarnos continuar. Con la oscuridad del anochecer cruzamos el puente. Durante el paso por el puente logramos divisar las aguas del río, las cuales eran muy oscuras y con una fuerte corriente. Como se observaban carretas con caballos, soldados y otras personas dentro de las aguas del río que por algún motivo habían caído. Aparentemente intentaron infructuosamente cruzar el río, transitando sobre una delgada capa de hielo que se resquebrajó a su paso, arrastrándolos corriente abajo. Era evidente que no podían sobrevivir a esta contingencia. Con mucha impotencia vimos como eran arrastrados por las turbulentas y heladas aguas, mientras sus gritos y pedidos de auxilio todavía a veces me parecen escuchar en el silencio de las horas de insomnio”

Además del dolor que causa el alejamiento forzoso de todo lo que forman el sentido de pertenencia de su vida, su medio y su región, los cuales habitaron desde niños, mi madre, mi tía y el resto de la familia, se vieron obligados a vivir experiencias traumáticas, como las descritas por ella en esta ocasión. Lo anterior se sumaba a la incomodidad del viaje, donde eran pocas y muy poco fructuosas las horas de descanso, junto con la falta de condiciones mínimas de higiene y de nutrición, haciendo que estos desplazados sometidos a esta nefasta travesía, vivieran una experiencia inhumana.

Continúa su relato mi tía:

“Después del cruzar el puente, apenas si pudimos descansar un poco junto con los demás refugiados, nos acomodamos en una casa en ruinas, sin poder encender siquiera un fuego para calentarnos, ya que seríamos un blanco fácil desde el aire, fue el cansancio y la escasa alimentación, la compañía que nos dio el sueño para olvidar todo lo vivido en los días transcurridos”

La marcha de la caravana de refugiados no se podía detener, solo lo hacía en la noche y solo por el mismo tiempo que el contingente militar que los acompañaba lo permitía, tomando en cuenta que se desplazaban al cobijo de las tropas alemanas, que de manera indetenible y apresurada, como militares al fin que eran, se retiraban lo más pronto posible del frente ruso.

Esto hizo que su movilización, los equiparara a esa rutina militar, so pena de quedar rezagados y consecuentemente ser blanco, o bien de las tropas bolcheviques o de las tropas alemanas que les servían de guardianes temporales, mientras se mantuvieran en el grupo, ya que cualquier separación, sería mal vista y traería como consecuencia una represalia segura para evitar delaciones, si caían en poder de los bolcheviques, era un algoritmo de alternativas, que no tenía muchas opciones para elegir.

Y continúa escribiendo en su carta, mi tía:

“Al amanecer reanudamos la marcha siguiendo el camino que nos llevó directo a los montes Cárpatos, aprovechando el desplazamiento de las fuerzas alemanas. Toda la familia estaba ayudando a empujar la carreta que contenía todas nuestras pertenencias, ya que las bestias que la movilizaban no podían con su peso y lo pronunciado de la subida, era un camino serpenteante en constante ascenso. Por fin, llegamos a la pendiente más empinada y peligrosa del camino, con profundos barrancos a los lados que obligaban a mantener una constante atención al paso de la caravana. Una fuerte explosión se escuchó detrás de nosotros en el sitio donde se encontraba el puente que habíamos cruzado. El cielo fue iluminado por una destellante luz y el ruido de la explosión nos sacudió con su onda expansiva. Inmediatamente todos los integrantes de la caravana nos enteramos que el puente fue dinamitado por las mismas fuerzas nazis para evitar su persecución por los soviéticos. Involuntariamente me estremecí al pensar que hace menos de unas horas que nosotros cruzamos el puente. Un gran contingente de las fuerzas nazis no llegó a tiempo para cruzar el puente antes de su oficialidad diera la orden de destruirlo, como consecuencia de esa decisión muchos soldados de las fuerzas militares de Alemania no pudieron cruzar el río, quedando prisioneros de los rusos”.

Así continúa la retirada de todas esas familias, que no tuvieron otra opción sino seguir unidos a una numerosa caravana de personas que huían del frente de com-

bate, donde civiles y soldados se confundían entre tanques, vehículos militares y coches tirados por caballos, repletos de familias, niños, enseres y toda su historia de vida, las cuales dejaban atrás al igual que su tierra, aprovechando la retirada de tropas que días atrás eran sus invasores y hoy su refugio más seguro.

Muchas fueron las vivencias de estos grupos de desplazados que tuvieron que abandonar la marcha por el paso forzado de las tropas, a quienes no todos tenían la fuerza y capacidad física de igualar.

Continúa con su relato mi tía:

“Recuerdo que transcurría el mes de abril de ese año, el estrecho camino con una pronunciada pendiente en ascenso, de forma serpenteante, labrado a un lado de la montaña y con barrancos muy profundos. El tráfico era muy intenso y nuestra carreta estaba junto con los vehículos militares. En algunas partes camiones y cañones, no podían dar la curva directamente por lo pronunciado del camino y tenían que ser ayudados por civiles y militares, empujando o retrasando para poder girar en ese difícil camino para así proseguir la marcha. Aún recuerdo como un grupo de Cosacos (creo que se refiere a los Tártaros de Crimea), que habían combatido a las tropas soviéticas, también estaban retrocediendo del frente de batalla, unidos a la caravana, bien montados en sus caballos y las familias en carruajes similares al resto de los civiles”

“En una curva pronunciada las bestias que tiraban de la carreta, donde nos encontrábamos los niños y las mujeres, se atascó y no permitía seguir a los vehículos, uno de los cuales transportaba tropas alemanas, no había suficiente espacio para que el camión que transportaba tropas pudiera adelantarnos y seguir. Todos estaban gritando y tratando de empujar la carreta para que avanzara en la curva. Mientras los Cosacos en los caballos, nos rodearon insultando y gritando, en un momento pretendieron sacarnos del camino y lanzar al abismo la carreta, bestias y todos que nos encontrábamos en su interior. Allí no había para ellos y su manera de pensar sino una sola salida, el abismo. Los cosacos nos gritaban que nosotros saliéramos de la carreta para empujarla con caballos y todo al abismo abajo”

“Mi tía estaba manejando los caballos y nosotros, niños, estábamos llorando y gritando en la carreta aterrizados por las amenazas. En ese momento, un oficial alemán bajó de su vehículo y se adelantó, observó con detenimiento lo que estaba ocurriendo y analizando el cuadro que presenciaba, se volteó hacia los Cosacos y les gritó algo, y seguidamente les dio una orden a los soldados que se encontraban en los camiones detenidos por este incidente, quienes de inmediato bajaron del vehículo. Todos los soldados tomaron por ambos lados nuestra carreta y al unísono empezaron a empujarla, hasta que reanudó su marcha ayudada por los soldados y las bestias que la tiraban pudieron al fin, luego de superar la curva, seguir por la cuesta pronunciada, su rumbo hacia arriba. Abrieron el tráfico pu-

diendo pasar los vehículos y camiones, seguidos por las carretas con los civiles, todos por la misma por la carretera”

Culmina su relato sobre este incidente que definitivamente nunca podrá olvidar, escribiendo estas letras, que solo se comprenden luego de leer este incidente, así lo narra mi tía:

“Yo recuerdo a mí misma gritando y llorando con toda la rabia y el dolor. Este incidente ha dejado el sabor muy amargo contra esos Cosacos y mi inmensa gratitud al oficial del contingente alemán. Gracias a Dios por salvar nuestras vidas y haber dejado que por un momento aflorara su condición humana”.

Transcurrieron los días, tras una larga travesía lograron a duras penas y con el cansancio que los venía en la noche, superar el paso por los montes Cárpatos, siguiendo su rumbo fueron desplazándose por toda Rumanía, para luego transitar por una parte de Hungría, allí se separaron de las tropas alemanas, que beneficiosamente buena parte del camino los acompañaron y nuevamente comenzaron su periplo de refugiados, siguiendo por las brechas intransitables para los demás vehículos normales, evitando siempre las vías principales, lejos de cualquier poblado importante, que por efectos de los combates, además de estar destruidos, eran merodeados por

soldados desertores de ambos bandos, muchos de ellos, sin superioridad, ni sujetos a su mando, actuaban como simples delincuentes, sin ninguna disciplina, ni moral, prestos junto con los indigentes, a hacer de las suyas ante un tiempo sin ley ni orden.

Siempre cautos y en contingentes reducidos, sin formar grandes grupos, con pocas carretas tiradas por caballos, y en parte a pie, transitaron largos días de verano, viendo todo lo que ocurría a su alrededor, lo cual dejó imborrables huellas en su niñez, que todavía recuerda.

A propósito de ello, rememorando sus recuerdos de Rumanía, escribe:

“No recuerdo mucho que pasó después o cuánto tiempo viajamos, pero una mañana entramos a un pueblo, pequeño y muy bonito. Allí empezamos a reunirnos grupos de viajeros que veníamos huyendo del frente ruso. Coincidimos varias carretas y algunas pocas personas sobre los caballos. El pueblo era tranquilo y con muy pocos habitantes, principalmente personas de la tercera edad, junto con mujeres y niños. Luego de la conversación que se formó entre los adultos, donde intervinieron mi madre, mi tía y mis hermanos mayores, fueron intercambiando ideas con el grupo de refugiados, que se habían encontrado, luego de lo cual decidimos buscar refugio en las afueras, tratando así de no formar una aglomeración de personas, para no ser divisados fácil-

mente. Ya en la salida del pueblo pudimos observar algunas casas parcialmente destruidas por los combates. Detuvimos nuestra carreta enfrente de una casita, que al menos tenía paredes y buena parte del techo. Nos acercamos a la entrada, pero no vimos nadie, sino un perro y un caballo. Miramos por las ventanas de la casa. En la cocina el agua estaba hirviendo y la mesa puesta para el desayuno, pero no había gente en la casa o en los alrededores. Decidimos esperar a ver si llegaba alguien y nos daba cobijo. Pasado un buen tiempo esperando, los ocupantes comenzaron a aparecer del bosque cercano. Nos dijeron que estaban escondiendo porque pensaban que eran espías de los soviéticos y estaban asustados. Después de enterarse que nosotros estábamos precisamente escapando de rusos, nos dieron albergue en la parte de atrás que además de establo había un gran establo, donde nos manifestaron que podíamos ocuparlo para así alimentar nuestros caballos y nosotros restablecer la prolongada fatiga que se notaba en todos. Cocinaron para nosotros sopa y platos de comida que sabían a gloria. Realmente en mucho tiempo no recordábamos tanta amabilidad no solo con nosotros, sino también a los demás refugiados que fueron apareciendo en esa pequeña granja. No puedo borrar de mi mente, el exquisito sabor de un plato típico denominado mamaliga (es una especie de polenta muy común en esos países) servida con carne en salsa”

“Ya habíamos dejado el escarpado relieve montañoso de Moldavia y por las explicaciones que nos dieron los mismos pobladores cuyo cobijo recibimos, nos encon-

trábamos en Rumanía, alejados de las vías principales y de las fuerzas militares que nos sirvieron de protección durante esta travesía”.

Leyendo estas cartas, trato de imaginarme todo lo que aquellas jóvenes almas de mi familia vivieron y sintieron. Cada vez me convenzo más que su travesía por buena parte de Europa Oriental, fue una proeza digna del mejor relato, que se puede evocar como ejemplo y reconocimiento al valor de todas estas personas, mujeres, hombres y niños, que sin importar su edad, ni su condición social, solo tenían un rumbo, huir a toda costa de una opresión y la tiranía que los asechaba constantemente. Siempre temerosos de ser capturados por los soviéticos, a sabiendas que si ello ocurría, su costo sería el sometimiento a una esclavitud prolongada y dura, en un campo de prisioneros o en caso de que no pudieran disponer de su traslado, la muerte.

Transcurrieron los días y fueron desplazándose por Rumanía, sin siquiera poder detenerse para contemplar sus paisajes, tan solo ellos, tenían una sola fijación, se limitaron a utilizar los caminos más intrincados e inaccesibles. Luego transitaron también por toda Hungría, evitando siempre las vías principales, lejos de cualquier poblado, camino o ciudad importante, que por efectos de los combates, además de estar destruidos, eran merodea-

dos por toda clase de delincuentes. Aunado al fenómeno de los desertores de ambos bandos, convertidos en malhechores, sin ningún tipo de respeto por la legalidad. Lo que prevalece en esas circunstancias es la autoridad del que comanda la tropa y cuando no la hay, todos se convierten en seres primarios sin ningún respeto por las normas.

CAPÍTULO VII

ESLOVAQUIA REFUGIO DE PAZ

En las condiciones en que se desplazaban, imperceptibles para todo el gran movimiento de tropas, es de imaginar cómo era de lenta la marcha, manteniendo mimetizado en todo momento el grupo familiar, transitando solo por cuanto camino vecinal existiera, mientras más estrecho y tortuoso, más seguro para ellos; así, lentamente se movilizaron continuando su travesía, con mucha dificultad, venciendo las irregularidades que presentaba la ruta y en horarios poco convencionales. Su desplazamiento se realizó, eludiendo las patrullas de reconocimiento y los puestos militares, solo con coche de dos ruedas tirado de una bestia, para los más pequeños dentro del mismo para no retrasar el paso, y el resto a pie, ya que tenían edad para resistir, continuaron así, siguiendo un rumbo errático, que dependía de donde se encontraban los militares de ambos bandos y donde podían eludir a los vagabundos que deambulaban por doquier, con intenciones de saquear a los viajeros indefensos. Posteriormente, muchos años después, estos relatos fueron narrados, en las reuniones familiares, cuando a manera de sobremesa, donde la comida abundante y los alicientes espirituosos,

los hacían recordar el contraste entre esos duros momentos y los que la tertulia los animaba a rememorar esos nefastos momentos, ya en libertad, relatos tanto de mi madre, como los demás familiares, de cómo era incierto su transitar en su día a día.

La rutina diaria en aquel momento consistía en que antes de que saliera el sol, los adultos se reunían, cuando el momento lo permitía para un sorbo de un poco de té, con la neblina del amanecer y el frío calando hasta los huesos, tomando algún bocado usualmente rancio, consistente de sobras de pan, de los días anteriores, allí se establecía por consenso, escuchando a los adultos y a algunos otros transeúntes, las orientaciones y experiencias de días anteriores, decidiendo entonces la ruta a tomar durante esa jornada, de acuerdo también a las informaciones que suministraban otras caravanas de refugiados.

De ese modo, se desplazaron frecuentando a su paso, los más apartados lugares por donde los llevó su travesía, cruenta pero indetenible, que a la postre los condujo a la libertad.

La determinación y fortaleza interior de esas víctimas de la opresión, los hizo recorrer, sin ayuda, ni socorro, caminos intrincados que tuvieron que afrontar con todos

los retos, tanto por el estado totalmente abandonado que presentaban los senderos, como por su apartada soledad, evitando siempre las vías estratégicas, para no ser alcanzados por las tropas soviéticas, por una parte, que seguramente les cobrarían la vida por su disidente huida, como también las tropas nazis, por la presunción de que podían ser espías, considerando su origen eslavo.

Difícil dilema que sortear cada mañana, en el cual por la misma dinámica de los acontecimientos, el grupo familiar trataba de encontrar el mejor rumbo hacia una estancia segura, con algo de tranquilidad, lejos de las hostilidades y con un incesante deseo de descansar aunque sea unos días, así transcurría su prolongada travesía, iniciada en los confines de la Europa Oriental, la cual en definitiva se prolongó por espacio de varios años. Su único deseo era, aunque sea por unos momentos, poder alcanzar un sitio seguro para sobrevivir en libertad y sobre todo en paz.

Leyendo estas cartas trato de imaginarme todo lo que aquellas jóvenes y emprendedoras almas de mi familia, vivieron y sintieron. Cada vez me convengo más que su travesía por buena parte de Europa, fue una proeza digna del mejor relato que se puede dedicar como reconocimiento al valor de todas estas personas, mujeres, niños,

jóvenes, acompañados de los pocos adultos que quedaron, sin importar su edad, ni su condición social, esquivando estos últimos, la recluta forzada en alguna de las tropas en disputa, solo tenían un rumbo, huir a toda costa de la opresión que los asechaba y amenazaba a cada paso, con el temor de ser capturados, a sabiendas que si ello ocurría, su costo sería altísimo.

Así su periplo los llevó hasta las tierras de Eslovaquia, donde parecía por los relatos que escucharon los viajeros de otros que encontraron en su transitar, era una región que aparentemente la guerra no había logrado profundizar su devastadora destrucción, de todo lo que a su paso encontraba.

En su carta, relacionada con el verano de 1944, nos relata mi tía sobre estas tierras, lo siguiente:

“Luego de días de intensa y pesada travesía, llegamos al sitio que consideramos el más tranquilo de los vividos en los últimos meses. Era un inmenso patio ferrocarrilero, en las afuera de una ciudad, en la región central de Eslovaquia. El sitio muy extenso estaba entrecruzado de muchas vías férreas, donde en tiempos de paz, estacionaban los ferrocarriles. Estos galpones estaban parcialmente destruidos. Allí varias familias nos fuimos congregando en ese lugar, con sus carretas tiradas por bestias y algunos montados sobre los caballos también

llegaron acompañándolas. Todos estaban en la misma situación, personas desterradas por la guerra, buscando el sitio donde refugiarse y la manera encontrar algunos alimentos. Estábamos sucios, teníamos hambre, necesitamos descanso y un sitio donde reponer las fuerzas para proseguir”.

“Como de la nada, aparecieron varias personas vestidos en uniformes, al principio no logramos determinar quiénes eran, luego supimos que eran de la policía. Se acercaron al sitio donde estábamos reunidos los civiles, nos indicaron que formaban parte de la policía local y que podían ubicar temporalmente a las familias que así quisieran, vista nuestra condición de refugiados, dándonos albergue temporal en propiedades rurales cuyos dueños todavía, no habían abandonado sus moradas, ya que el conflicto bélico en esas latitudes, no se sentía con todo su rigor, por ser esa zona predominantemente rural. Después de hacer una selección de las familias que deseaban trasladarse a esas fincas, los gendarmes se separaron tomando la dirección del respectivo grupo familiar, para conducirlos a cada uno de esos destinos. Nos despedimos de los demás y tomamos el rumbo, que en su cabalgadura, nos iba señalando el gendarme que nos guiaba”

“Siguiendo el rumbo que indicaba el uniformado, transitamos a través de un camino rural que atravesaba una bella campiña, rodeado de bosques y algunos cultivos que se distinguían a los lejos, así serpenteando por un camino que ascendía lentamente, observamos por el rastro en el suelo húmedo que era un sendero poco

transitado. Luego de una hora más o menos de trayecto, llegamos a una inmensa casa situada dentro de una propiedad cuyo acceso estaba bien delimitado por una cerca de piedra y un gran portón”

“La finca a donde nos trasladábamos se encontraba a varios kilómetros de la estación, estaba situada en la zona montañosa. Viajando hacia allá, la carretera era angosta y continuamente en ascenso, propio de un camino montañoso. A un lado se veía un bosque de pinos grandes; al otro lado un pequeño riachuelo (ruchey), que bajaba su caudal de agua, a través del cauce que había trazado entre rocas y pendientes, eran aguas claritas y con corriente bastante rápida. El sitio era muy bonito, se respiraba aire fresco y tranquilo. El olor de pinos y el bosque impregnaba todo el ambiente, después de mucho tiempo no se escuchaba el sonido estruendoso de las bombas y los aviones que nos sobrevolaban, ni el traqueteo de las armas, con los silbidos de las balas que nos aterrorizaban. Tampoco había uniformados, ni combatientes heridos, ni vehículos militares alrededor. Empezamos a sentirnos mejor, pese al agotamiento y sentí por primera vez desde que iniciamos nuestra huida, la agradable sensación de que si se podía encontrar vida normal que habíamos disfrutado hace mucho tiempo atrás, antes de toda esta travesía. Había regresado en nosotros la esperanza de que podíamos vivir una vida mejor, a la que habían sido estos crueles años de niñez”

Es de imaginar cómo se sintieron los miembros de ese grupo familiar desamparado, todos sucios y hambrientos, durante esa travesía, llenos de incógnitas, con-

ducidos hacia un lugar desconocido, a través de un intrincado camino montañoso, con bosques y un riachuelo de prístinas aguas, todo inmerso en una extraña paz.

Pudieron por un instante olvidar lo que les había acontecido, por primera vez en mucho tiempo contemplaron la belleza del lugar que transitaba con una agradable sensación de tranquilidad, pero sin concentrar mucho la mirada, porque siempre por instinto de supervivencia no dejaban de observar a lo lejos buscando quien podía estar acechándolos. Así en su carta, relata este feliz momento de paz, que la vida temporalmente les regaló, describiéndolo de la siguiente manera:

“Nuestro guía abrió el portón y nos hizo señas para que entráramos a la propiedad, nos costó mucho adecuar-nos a la mezcla de idiomas, ya que en parte nos hablaba en dialecto local y algunas frases dejaba escapar algo de idioma ruso, muy rudimentario. Al llegar tocó fuertemente la puerta de la casa y al rato apreció una pareja de personas mayores, pero con un aspecto impecable, tanto físicamente, como en lo cultural, hablando con un lenguaje cónsono a personas de alto estamento social. No pudimos disimular la cara de asombro que ese contraste nos produjo luego de la suciedad, pobreza y devastación que habíamos visto en el camino. El caballero, con voz muy profunda, nos dio la bienvenida en perfecto idioma ruso, luego supimos que también hablaba alemán, francés e italiano, amén del dialecto local. Seguidamente mi

tía con su esposo y mi madre, les explicaron nuestro deseo de acogernos a su hospitalidad y nuestra disposición de ayudar a cambio de ello a sus tareas domésticas, a lo cual después de mirarnos uno a uno, hizo un ademán para que lo siguiéramos a una pequeña casita, distante a algunos metros de la casa principal, donde nos indicó que acomodáramos nuestros enseres. No pasó mucho tiempo para que nuestro aspecto deplorable rindiera sus frutos, conmoviendo el corazón de nuestro benefactor, así, le pidieron a mi hermano mayor que acompañara a un trabajador de la estancia, mientras se retiraba de la dependencia donde nos instalamos, para que posteriormente regresara cargado con una cesta llena de panecillos y gran tetera cargada de té (chai) para los adultos y leche fresca en otro recipiente para los niños. Debo confesar que me sentí en el mismísimo cielo”

“Las tareas domésticas que ofrecimos a nuestros benefactores, nos fueron asignadas al día siguiente, cuando fuimos a agradecerles en grupo, su humanitario gesto. A mi tío y hermano mayor, se les asignó para que trabajaran con el grupo de los demás trabajadores de esa finca que conocimos en la mañana, para que desempeñaran labores en el bosque, cortando los pinos y preparando madera para varios usos. A mi hermana mayor, se le asignó para trabajar en la cocina de los dueños de la casa; y a mi mamá y a mi tía las dejaron para que cuidaran a los demás, quienes íbamos a permanecer en la casa que nos asignaron la noche anterior y ocasionalmente ayudaríamos a la limpieza de las habitaciones de la casa principal”

“Los momentos allí vividos fueron tiempos inolvidables, llenos de una inmensa paz y felicidad, ajenos a todo conflicto. Durante los días que permanecemos en ese paraíso, jugábamos a la orilla del río, pescando pequeños peces, o capturando con trampas tejidas, cangrejos de río. También hacíamos largos recorridos por el bosque, recogiendo sus frutos que prodigaba en abundancia, tales como frambuesas, bayas del bosque y moras silvestres. El lugar estaba lleno de hongos comestibles, los mejores en el mundo, pero también en contraste se encontraban muchas serpientes venenosas, por lo que nos acompañaba siempre una persona mayor de los lugareños que concurrían a esa estancia. Varias veces fui con hermano y tío, a buscar hongos. Regresamos con sacos llenos. Limpiamos y los que se consumían los poníamos a secar. Cuando dejamos el sitio teníamos almacenadas para la eventual travesía, bolsas llenas de hongos secos. Eso nos ayudó mucho con alimentación en los días cuando continuamos nuestra marcha, al igual que los granos que habíamos cosechado”.

Así, apartados de todo el conflicto bélico, regresaron temporalmente a la vida cotidiana que habían dejado hace mucho tiempo, lo que comúnmente conocemos los humanos como la rutina, que en ese momento fue una bendición luego de tantos meses de tribulaciones y ajetreos.

Según conocimos por los relatos de mi familia, su permanencia en las tierras de Eslovaquia, donde les die-

ron acogida en ese hogar temporal, se prolongó por espacio de un año aproximadamente. Pudieron vivir sin peligros, ni hostilidades, cocinar normalmente, para así poder alimentarse a su hora de manera regular, con alimentos frescos, no con las sobras que tuvieron que recoger a lo largo del trecho recorrido.

Pudieron inclusive, sembrar hortalizas en un huerto que prepararon, para luego disfrutar de los frutos de la tierra, cosechados por ellos mismos. Lograron nuevamente adecuar su paladar a los sabores y texturas de lo que ingerían, como hace mucho tiempo no hacían. Luego vieron como el bosque tomó la típica coloración anaranjada del otoño, para que luego entrara el invierno con el frío, la nieve, la celebración de las fiestas navideñas donde pudieron cortar y decorar con un pino la casa, donde estaban albergados, lo decoraron con caramelos que les regalaron los dueños de la finca y además pequeñas manzanas que caramelizaron, para que se convirtiera en un exquisito adorno, muy a la usanza de esas tierras. Todo el árbol de Navidad estaba alumbrado con diminutas velas que se encendieron la noche de Navidad, mientras con cánticos y bailes celebraban este momento de paz que les brindó esta generosa familia y todos los lugareños, que los acompañaban en su permanencia. Luego, llegó la primavera y con ella pudieron contemplar cómo tras el des-

hielo, brotaban los capullos de la vida retoñando, tanto en los árboles, como en los arbustos y toda la vegetación que los rodeaba, recordándoles con sus frescos olores de floración y brotes del renacer de esta milagrosa forma de vida, que no todo era combates y travesía interminable a un destino incierto.

Ya a comienzos del verano, la ocupación soviética con sus tentáculos expansionistas y destructores llegó a alcanzarlos. Comenzó la hora de continuar la travesía, no sin antes dejar en sus corazones marcados a perpetuidad por todos esos gratos momentos vividos y especialmente a las personas que con tanta gentileza les dieron acogida.

CAPÍTULO VIII

LA LLEGADA DE LOS SOVIÉTICOS

Si bien hay algo a lo que se adapta fácilmente el ser humano, es a la comodidad del estilo de vida en paz y en tranquilidad, pareciera que un poco de confort, bastó para borrar de la memoria todo lo que habían pasado recientemente, como por arte de magia comienza a activarse un mecanismo de defensa, que te aparta de inmediato de cualquier vivencia ingrata que pudiera llegar a tus recuerdos, cuando estas disfrutando de la tranquilidad, de la rutina cotidiana, la paz que a veces disfrutamos sin valorarla debidamente y que en este caso, el destino les deparó a la familia en este refugio temporal que la providencia divina les deparó, donde pudieron reponer energías en esa apartada estancia rural, rodeada de bosques en las entrañas de la tierra eslovaca, donde se sintieron ajenos a la cruda realidad que los rodeaba. La guerra continuaba en todos los ámbitos de Europa, tan solo se habían aislado de sus tentáculos momentáneamente.

Pero en tiempos de guerra, nada que tenga que ver con algo de paz, de sosiego o de tranquilidad, puede durar

mucho tiempo; y así les ocurrió a ellos. Con relación a esa cruda realidad y cómo cambió su suerte repentinamente, nos reseña en su siguiente carta:

“No sé cuánto tiempo vivimos allá en esa bella región de Eslovaquia, pero estimo que fue cerca de un año. Recuerdos que todavía perduran en mi memoria, aquellos momentos en que plantábamos con tanta ilusión, toda clase de vegetales en el jardín; los rememoro de manera muy grata e inolvidable, especialmente los mágicos momentos cómo pasamos las Navidades y aquellas bellas nevadas que cubrieron el paisaje, especialmente los bosques de pinos. Fue a finales de la primavera o comienzos de verano, cuando lo inevitable tuvo que suceder un hecho que nos cambió la vida de la noche a la mañana. Repentinamente, por ese inexplicable acontecer de los conflictos que se extienden hasta los más remotos confines, tuvimos que abandonar esta hermosa estancia rural donde nos encontrábamos de manera súbita, dejamos atrás tan grato lugar donde nos encontrábamos a nuestras anchas, para emprender de manera imprevista y de noche, la huida, sin poder despedirnos siquiera de quienes con tanto cariño nos brindaron cobijo. Todo ocurrió de manera sorpresiva. Un día, se difundió la noticia que las fuerzas soviéticas se estaban acercando a esa localidad; conociendo el poder y la velocidad de nuestros permanentes acosadores, sabíamos que era cuestión de horas, para que esta realidad se materializara. Fue toda una odisea planear un escape de un día para otro, porque los dueños del inmueble y todos los pobladores de

esa apartada comarca, por su lejana ubicación, no estaban al tanto de los desmanes que hacían a su paso las fuerzas bolcheviques, ellos conocieron a otros rusos distintos, que habían ocupado ese país durante la guerra con Polonia, hace muchos años atrás durante la Primera Guerra Mundial. Tampoco el tiempo permitía dar muchas explicaciones y lo que si era cierto que si nos capturaban, por ser refugiados y prófugos, íbamos a parar a un campo de concentración en Siberia o los adultos serían trabajadores forzados en alguna fábrica bélica, en el mejor de los casos”

“El día de nuestra partida, mi hermana me llevó a la cocina y me susurró que permaneciera muy callada. Allí vimos algunas personas de uniforme que estaban conversando con alguno de los trabajadores de la granja, nunca habíamos visto a esos uniformados en la zona. Cuando ellos se desplazaron hacia las dependencias externas de la casa principal y a los establos que estaban en la parte posterior, ella agarró mi mano y me puso sobre mis hombros un saco pequeño, me hizo señas de que me acomodara dentro de un pequeño coche. Así sigilosamente salimos de la casa principal y apresuradamente tomamos rumbo hacia el bosque, ya estaba atardeciendo. Luego de transitar un trecho, nos encontramos con el resto de nuestra familia, ellos estaban esperándonos como previamente lo habían acordado los adultos, y nos preparamos a emprender la marcha al anochecer. Salimos de ese lugar, que nos había brindado mucha paz, llenos de mucho miedo e incertidumbre sobre nuestro destino. La luna llena estaba

muy brillante y ayudaba con la visibilidad del camino. Llegamos a la estación de donde habíamos partido, la travesía nos pareció interminable”

“Toda esa compleja operación del escape comenzó esa misma noche, y no paramos a descansar ni un momento. Caminamos primero por el sendero que deslindaba los campos sembrados y después nos adentramos en el bosque. Vi el cielo arriba lleno de estrellas. El bosque se sentía tenebroso, frío, inseguro, sin ningún sonido, lo percibíamos vacío, se escuchaba únicamente el sonido de aguas del riachuelo al lado del camino. Me sentí un poco asustada, pero seguíamos apresurando el paso, sin parar ni un instante”

“Lamentamos no poder hacer nada para evitar que los ocupantes de la finca pudieran tomar medidas, ni advertir a ninguno de los pobladores de la estancia, puesto que no nos dieron tiempo, ya que de manera repentina nos encontramos que habían llegado las tropas soviéticas. Por eso, nosotros no dijimos a nadie que pensábamos a escapar, salimos de ese inolvidable refugio durante la noche, muy callados con la misma carreta y caballos con que habíamos llegado. Viajamos hacia el mismo patio de ferrocarriles y en la estación que lo antecedía. Allí cual simples polizones, nos escabullimos en un tren en los vagones de carga, hacía la ciudad donde teníamos que hacer un transbordo (no recuerdo el nombre), para escondernos en otro con destino a Austria. Lo importante es que de aquí y en adelante nuestra movilización se torna en un medio completamente diferente. El escape

por el tren fue más eficaz, efectivo, que el anteriormente cumplido, transitando los caminos vecinales, en carreta tirada por caballos”

“Quedaba solo un recuerdo agradable que dejábamos apresuradamente. Realmente siento mucho no habernos despedido de estas personas que gratamente nos acogieron, pero ya para nuestra salida ellos habían caído como prisioneros de los soldados soviéticos, nada se podía hacer”.

Es impredecible como cambian las condiciones durante ese tipo de eventos bélicos, en los que las personas arriesgan su vida, huyendo de sus perseguidores, mientras sus ocupantes tendrían que sufrir las consecuencias de la ocupación. Por muchos meses que al final se tradujeron en años, se movilizaron como casi todos los protagonistas de esa diáspora, en carretas tiradas por caballos, y de un momento a otro, se ven en la necesidad de abandonar tanto la carreta como a esos nobles caballos, que fueron parte de su existencia familiar por muchos meses y con lo poco que podían cargar de equipaje, ahora se embarcaban en otra aventura que traducida por la necesidad del momento, se transforma en un medio mecanizado, como es el ferrocarril.

Así embarcan cual contingente de carga, ocupando cualquier vagón —generalmente de carga— en los com-

partimientos menos apropiados para pasajeros, siguiendo su rumbo hacia occidente, con la esperanza de encontrar por fin albergue, paz y la anhelada libertad.

De pronto, en pocas horas se encontraban transitando por Austria, ya transcurría el año 1945, empezaba la rendición de las fuerzas nazis y el final de la Segunda Guerra Mundial, al menos en la parte europea, ya que la guerra con Japón continuaba, hasta concluir con los desenlaces de Hiroshima y Nagasaki a finales del año 1945, que forzaron de manera definitiva la terminación de la Segunda Guerra Mundial.

Hay un episodio que no lo relata mi tía, porque no lo vivió en carne propia, pero sí su hermana, quien fue mi madre. Ella me contó, que para ella y una compañera de infortunios, también refugiada, la terminación de la guerra en Europa, durante ese año 1945, fue una fecha muy recordada, no solo por el hecho de la finalización del conflicto bélico, sino por un acontecimiento que recordó hasta sus últimos días, ya que justamente el día que se anunciaba la firma del armisticio, ellas se encontraban transitando por la campiña, regresando del bosque, luego de haber recogido unos frutos, cuando sorpresivamente se encontraron que estaban siendo ametralladas por un avión caza, que aparentemente no quiso regresar a su base, sin haber descargado todo su poder bélico.

Para nada le importó a ese piloto, que se trataba de dos jovencitas y mucho menos su condición de civiles, peor aún, de que seguramente debió haber recibido la orden de retorno a su base, con motivo de la terminación de las acciones de combate. Sin embargo, saltándose todas esas circunstancias, realizó varios pasajes rasantes sobre estas víctimas inocentes, accionando despiadadamente las ametralladoras de la aeronave, disparándoles a estas dos jóvenes civiles, quienes salvaron milagrosamente sus vidas, al refugiarse tras el montículo elevado compuesto de piedras y tierra compactada, sobre el cual, se enclavan los rieles de las vías férreas. El ataque desde el aire les permitió refugiarse del lado opuesto de ese montículo, a medida que se aparecía disparando en pleno vuelo rasante la aeronave por un lado, ellas apresuradamente corrían para refugiarse al lado contrario, cobijándose así de las balas. Definitivamente creo que hasta el último de sus días ellas recordaron ese suceso.

CAPÍTULO IX

REFUGIADOS EN ALEMANIA

Los nuevos eventos correspondientes a la terminación del conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial, coincidieron con la llegada a Alemania del grupo familiar. Luego de haber transitado toda Austria, viendo todo lo que acontecía a su alrededor, ya que una cosa era la firma de los tratados de finalización de las hostilidades en París y luego en Berlín; y otro, es la desmovilización de todas las tropas que se encontraban por toda Europa. Así, en medio de toda esta dinámica los desplazados de mi familia llegan a Alemania, un país repleto de tropas de todas las nacionalidades y también de todo tipo de refugiados, los relatos de mi tía, sobre esa experiencia son sorprendentes:

“Llegamos a Alemania, en otoño de 1945, luego de varias paradas atravesando toda Austria, toda esa travesía la hicimos en tren, hasta la estación de ferrocarriles ya en la zona de Bavaria, inmensa y muy concurrida. De allí nos transportaron a un primer campamento en camiones, donde se quedó un grupo en la ciudad de Füssen, luego de continuar el recorrido, finalmente nos dejaron en la ciudad de Kempten, pero posteriormente como también

en Kempten la zona destinada para los refugiados, se encontraba repleta, después de pasar la noche, todos apilados en el extremo de una barraca, terminaron de ubicarnos en Oberstdorf. El albergue era un edificio grande de varios pisos. Por las características de su estructura y distribución, inicialmente antes de la guerra debió ser una escuela, pero en ese momento, lo habían destinado para refugio de las personas sin patria, como nosotros que huíamos del conflicto, de la guerra y del comunismo. Había personas de varias nacionalidades en el campamento, pero la población predominante era de origen eslavo, mayoritariamente rusos, polacos y ucranianos, en total, contamos varios centenares de personas. La organización UNRRA (Oficina de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación de Refugiados), nos facilitó alojamiento, alimentación y alguna ropa. Como mi madre era una viuda y se encontraba sola con cuatro niños, nosotros recibimos un trato preferencial, distinto a otras familias o personas que no tenían hijos. Los tíos y mi hermano mayor se habían extraviado en el camino”.

Finalizaba la guerra, la condición de desplazados, como prófugos de la persecución del régimen bolchevique, fueron atendidos por una dependencia de la ONU, denominada UNRRA (*United Nations Relief and Rehabilitation Administration*), la cual fue creada en 1943, con la finalidad de atender a las personas desplazadas de la Segunda Guerra Mundial, pero la principal función de esa entidad internacional, al momento de su creación, era

la asistencia para la repatriación de los desplazados. Y he aquí el dilema: si la organización de asistencia, cumplía su cometido y eran repatriados los habitantes de origen eslavo al bloque soviético, sin importar a que país de origen pertenecieran, indefectiblemente serían seriamente sancionados por ser prófugos del bloque comunista, su pena sería cumplida bien en los campos de trabajo forzado de Siberia o en algún otro campo de concentración soviético, toda vez que para los efectos del régimen comunista, eran simplemente prófugos, eso bastaba para ser sancionados, sin que mediara ningún tipo de proceso justo o atenuante que se pudiera alegar.

Conscientes de esa circunstancia, dieron comienzo a esta nueva etapa de vida ya como refugiados, sin conflicto bélico del cual huir, confinados en ese refugio, comenzando así, estos refugiados, a lo que simplemente podemos denominar “una rutina de vida”, pero con mucho temor a la repatriación. Utilizaron su tiempo para organizar su existencia, tratando de acostumbrarse a un horario, un orden en su existencia como en años no habían podido hacer. De ese modo pudieron comenzar a desarrollar sus aptitudes de manera de ir capacitándose para ofrecerse como potencial fuerza de trabajo y de reconstrucción de toda aquella destrucción que la guerra dejó a su paso, bien sea en el lugar donde se encontraban, o bien en el caso de

que algún país aliado les ofreciera albergue, sin olvidar que debían a toda costa luchar, para que no se materializara su repatriación, ya que todo el esfuerzo y sacrificio de esos últimos años, habría sido en vano.

Nos relata mi tía, en sus cartas, lo siguiente:

“Poco a poco la vida estaba mejorando. Organizaron grupos de enseñanza, tratando de adecuar los conocimientos de los niños, que al igual que yo, no habíamos podido ir a una escuela. Nos dieron conocimientos sobre historia, lenguas y artes. También organizaron la parte religiosa de acuerdo a las creencias religiosas que profesábamos y nos daba la oportunidad de rezar, asistir a los oficios religiosos en cada comunidad. Anticipando la venida de Navidades, preparamos bajo la dirección de los adultos y algunos voluntarios que colaboraron desinteresadamente en ese proyecto, la elaboración de los adornos, juguetes y las decoraciones para el arbolito de Navidad”

“Pudimos celebrar en familia la cena navideña, cantando villancicos y otras canciones típicas de la fecha, fue muy emotivo como el espíritu de la Navidad se escuchó en cánticos de distintas nacionalidades, comimos como nunca, cuantas cosas habíamos anhelado desde hace años, tales como: dulces, chocolates, galletas y caramelos; también recibimos obsequios y pequeños regalitos. Yo disfrutaba todo eso y empezaba a sentir la felicidad, con cierto aire de esperanza que no había sentido hace

tiempo. También tuvimos como regalo navideño, el reencuentro con nuestro hermano mayor, quien luego de un buen tiempo que se había extraviado por otra ruta, finalmente logró alcanzarnos en ese sitio. Después del final de la guerra, él nunca renunció a la ilusión del reencuentro y para ello, se dedicó a viajar de un campamento a otro buscándonos. Al fin, él nos encontró en este campamento de refugiados”

“Después del invierno, el campamento fue reubicado a la región de Bavaria, al sur de Alemania en Schleissheim, esa comunidad quedaba cerca de la ciudad München. Nos acomodaron en ese campamento que antes estaba ocupado por fuerzas militares. Las viviendas consistían en barracas, hechas de latón en forma tubular, semejando la forma de un tubo cortado en el medio a todo lo largo. Tenían cuartos separados en el medio y baños, uno por cada lado de la barraca. Los alimentos se preparaban en una edificación, que además de cocina principal, también era un inmenso comedor y nosotros teníamos la alternativa de recibir los alimentos para ingerirlos allá mismo o traerlos para la casa. Nos servían el desayuno, el almuerzo y la cena. Además, nos daban algunos alimentos para ser ingeridos entre comidas, como: crema de nueces, chocolates y algunas galletas para tener en la casa”

“Con el tiempo organizaron todo lo relativo a las escuelas, las iglesias de acuerdo a las creencias, deportes y hasta una estación de radio. Mi hermana mayor, que se casó en Oberstdorf, al conocer a Pedro, mi cuñado, quien era

parte del voluntariado que nos había atendido, Él también era letón, casualmente de la misma provincia del bloque soviético que había nacido mi hermana. Luego del matrimonio, ella formó su hogar con su esposo (mis padres), y se mudaron en otra barraca cercana a la que nos asignaron, allí posteriormente tuvimos la grata noticia que había comenzado su embarazo. Ella y el esposo se conocieron en Füssen y se casaron en Oberstdorf. Yo recuerdo el matrimonio, pero muy vagamente. De todas maneras, nosotros con mamá y mi hermana con el esposo estábamos cerca y nos vimos diariamente”

“A mi hermano menorcito lo mandaron a un sanatorio cerca de Múnich para la recuperación de la tuberculosis que venía padeciendo desde hace tiempo. Médicos le diagnosticaron que tenía infección en los bronquios y necesitaba el buen tratamiento.”

Una vez terminado el conflicto bélico vino la reconstrucción de toda Europa, la cual quedó totalmente devastada, tanto en la zona urbana como en la rural, destruida por los bombardeos y desolada por la guerra entre las fuerzas de tierra. A través del plan Marshall, los Estados Unidos de Norteamérica, junto con sus aliados, acometieron un ambicioso proyecto para recuperar tanto las ciudades con sus industrias, como también toda la infraestructura rural; para evitar la continuación de la hambruna que se estaba extendiendo y agravando una vez terminado el conflicto bélico.

El plan fue tan exitoso que su creador (Gral. George Marshall), aún siendo militar, recibió el Premio Nobel para la Paz en el año 1953. Entonces se planteaba en el mundo occidental, la gran incógnita: ¿Qué hacer con los refugiados? Obviamente en el caso de los expatriados del bloque soviético, no se podía cumplir con el propósito para el cual fue creada la UNRAA, puesto que su finalidad inicial era cumplir con la repatriación de los refugiados. Aun cuando la intención era muy encomiable, se encontró con una cruda realidad, los repatriados serían objeto de torturas y vejámenes, fue por ello que éstos desplazados y candidatos a ser repatriados, hicieron toda clase de oposición a esa idea. Finalmente, luego de trágicos sucesos donde los seleccionados para esas medidas, aplicadas a veces de manera coercitiva, prefirieron acabar con su existencia a ser esclavos de un campo de concentración soviético. Estos hechos hicieron recapacitar a los organismos encargados de esta medida, y determinaron que solo podía aplicarse a quien voluntariamente así lo solicitara. Inicialmente cuando a finales de la Segunda Guerra Mundial, se planteó esta posibilidad y comenzaron el proceso de censo e identificación de nacionalidades, se presentaron situaciones impredecibles con los refugiados los cuales fueron clasificados como pertenecientes al bloque soviético, ya que comenzó una ola de fugas, deserciones y suicidios, ante la expectativa de ser deportados a la Unión

Soviética. Sorprendentemente hubo deportados que se lanzaron de trenes en marcha y hasta se reportaron casos de fugas colectivas ante la amenaza de ser trasladados a tierras comunistas.

La cruda realidad superó en demasía, lo que era un temor generalizado de parte del bloque aliado, puesto que era evidente que los repatriados a Europa Oriental — dominada por los comunistas— no les esperaba un futuro esperanzador, fue así que todos estos acontecimientos llevaron a una reestructuración del proceso de repatriación y reconstrucción de las devastaciones de la guerra.

Al percatarse los países aliados de cuál sería el destino de los refugiados que procedían del bloque soviético, reorientaron su propósito inicial de repatriación a la tierra de origen, a otro destino distinto, que sería un país que les brindara a esos millares de desplazados, una oportunidad de vida y de progreso.

Esta loable iniciativa, fue apoyada por países como: Argentina, México, Canadá, Australia, Estados Unidos de Norteamérica, Venezuela, Colombia y otros, que necesitaban de mano de obra, y que obviamente ofrecían unas condiciones de vida, a estos desplazados, distintas a la represión y el castigo que les prometía el bloque comunista.

CAPÍTULO X

LLEGADA A VENEZUELA

Continuando con el largo periplo familiar hacia la libertad, habiéndose iniciado en los años cuarenta, luego de ocho largos años, terminó la familia en otro continente, a una considerable distancia de su tierra de origen, como víctimas desplazadas de la guerra y la continua persecución por sus ideales de justicia y libertad en busca de una vida pacífica para ellos y sus hijos. De este modo lo relata la tía:

“Mientras tanto, en nuestra estancia en el campamento de refugiados, recibimos con gran beneplácito, la noticia que de varios países del mundo empezaron a aceptar a los refugiados, como inmigrantes residentes con aptitudes para el trabajo. Se presentó la oportunidad de elegir entre varios países. A nosotros, inicialmente nos tocaba ir a Estados Unidos, al igual que los restantes compañeros de la escuela en que recibíamos las clases en el campamento, pero el esposo de mi hermana (mi padre) quería ir a Argentina. Cuando nació su primer hijo (mi hermano), ambos Argentina y Estados Unidos manifestaron a través de sus representantes en la zona, que teníamos que esperar hasta que el niño cumpliera al menos seis meses de edad. Mientras tanto la República

de Venezuela, nos dio permiso para entrar al país de manera inmediata, y como mi mamá no quería separarse de su hija mayor y de su nieto primigenio, todos decidimos irnos a Venezuela. Transcurría el año 1948, no recuerdo bien el mes, pero tomamos las pocas pertenencias y con la documentación provisional que nos expidieron en el campo de refugiados, emprendimos la travesía aérea que nos llevó a Venezuela. Un viaje largo que parecía interminable. Llegamos de noche por el Aeropuerto de Maiquetía, próximo a la capital: Caracas. El traslado a la capital fue mediante autobuses que siguieron su rumbo luego de llegar a Caracas y nos transportaron a un poblado cercano a la ciudad de Valencia. Llegamos una noche de lluvia, a un sitio cercano a la ciudad llamado Trompillo, era un campamento de refugiados, acondicionado para recibirnos.”

Con la llegada a Venezuela, floreció la esperanza en el alma de esos seres afectados emocionalmente por tanta incertidumbre, conmoción y miedo, quienes en su transcurrir por una buena parte de Europa, tan solo recibieron persecución, violencia y mucha escasez de todo, al menos en los primeros años de su larga travesía.

La hostilidad y el miedo de ser alcanzados por quienes le seguían los pasos y el temor y la desconfianza de quienes los recibían en territorio extranjero, fueron los sentimientos que privaron inicialmente en sus corazones,

luego se encontraron con un mundo diferente donde las personas los ayudaron y los recibieron con beneplácito, dejaron atrás sus temores y su vida se llenó de esperanza, según lo relataban ellos a cada instante.

Desgastados por el prolongado suplicio de su huida, cansados de la persecución y agotados por los constantes traslados, ocurridos día a día, buscando un destino seguro, sin poder desfallecer ni detenerse a descansar, llegaron estos refugiados a una tierra desconocida, cálida, con un idioma diferente, pero que los recibe con el idioma universal de la hospitalidad y con los brazos abiertos.

Definitivamente, sintieron que una grata sensación de alivio y felicidad los invadía hasta sus entrañas, finalmente habían visto la luz en medio de tantas tinieblas que rodearon su salida de la tierra natal.

Comenzaba una épica aventura en tierras de libertad, donde su destino consistió en establecer prioridades, en primer lugar buscar un sustento que consolidara sus planes de levantar a los jóvenes de la familia, quienes habían recibido el embate de una guerra que nunca comprendieron, pero igual los alcanzó con toda crueldad, ellos, cual adultos, durante toda su niñez sufrieron los

rigores de una Guerra Mundial, impidiéndoles un crecimiento normal, una educación formal y la seguridad de una vivienda.

Así comenzó esa nueva etapa de sus vidas, fueron recibidos temporalmente en ese campamento para refugiados, donde se sintieron como en su casa, pese a que venían de tierras lejanas. El alojamiento que les asignaron, era similar a las barracas que los habían albergado en Alemania, en la cual se hospedaron a varios kilómetros de distancia de la ciudad, en un campamento con sus respectivas áreas comunes y dormitorios para cada familia. Su sentimiento de gratitud, era indescriptible para esas primeras experiencias, cuando se les ayudó en todas las necesidades básicas, desde la asistencia de traductores, alimentación, orientación para optar a labores de acuerdo a sus conocimientos mediante una oficina de orientación y colocación que funcionaba en ese mismo campamento, y traslado continuo a la ciudad de Valencia, a fin de que los adultos, encontraran un empleo que podía ayudarlos a subsistir y establecerse.

Diariamente eran llevados a Valencia, ciudad que pronto les brindó oportunidades de empleo de acuerdo a los escasos conocimientos que cada uno tenía. Así les tocó realizar toda clase de labores, desde las labores

manuales en un telar, como la de técnico odontológico, mientras que a otro de vendedor en una mueblería.

Cada quien se iba ubicando en la oferta laboral que pudiera adecuarse a sus destrezas o conocimientos, para bendición de ellos era bastante abundante en ese momento, siempre contaron con personas dispuestas a prestarle su apoyo y comprensión a su condición de refugiados.

El crecimiento económico, fruto del constante trabajo, aunado a un sobrio criterio de austeridad, orientado al ahorro y a la inversión, pronto brindaron sus frutos, permitiéndoles en poco tiempo mudarse a la ciudad de Valencia, estableciéndose en sus respectivas casas, cada grupo familiar. Con trabajo duro y mucho tesón fueron levantando sus hijos, tratando de que se borrarán los duros recuerdos de los padecimientos vividos.

La familia creció, entre ellos, quien les narra este relato, fui traído al mundo en ese nuevo país. Recuerdo que de joven, me contaba mi madre, que el hospital público donde tuvo lugar su parto, amén de ser el único centro de salud pública de la ciudad, contaba con todos los servicios hospitalarios y médicos de todas las gamas requeridas, era similar —según lo afirmaba ella— al hos-

pital en el que había dado a luz a mi hermano en Alemania. Recordaba en su comparación con los recuerdos de su primer alumbramiento, en el hecho de que era impecablemente pulcro el quirófano donde fue el parto, con todos los accesorios necesarios, con un personal excelente, donde toda la élite medica de la ciudad, se confundía con un personal que dejaba traslucir, lo que iba a ser el destino de esta tierra de gracia, confundiéndose tantas nacionalidades como la imaginación puede permitir, con mucha mística de prestar lo mejor de cada uno y a la postre formaron por años, un prestigioso equipo hospitalario, que marcó pauta tanto dentro, como fuera de las fronteras de este país.

CAPÍTULO XI

CRECER EN DEMOCRACIA

La propia inercia de los movimientos sociales y la actividad política, produjeron sus consecuencias, las cuales se sintieron en los cambios políticos que se fueron sucediendo en el país. El régimen militar que gobernaba para el momento de la llegada al país de mi familia, fue sustituido, tras una revuelta popular, por una Junta de Gobierno, donde se vieron representados varios sectores de la vida nacional.

Seguidamente fueron convocadas las elecciones, dando comienzo a una era democrática, la prosperidad y el crecimiento de todas las actividades se dejó sentir rápidamente. Tiempos de instaurar y organizar todas las instituciones del Estado, comenzando por la Constitución, Carta Fundamental de la convivencia de un Estado, en la cual se consagraron las garantías y derechos de los ciudadanos que por muchos años fueron el norte y derrotero de los poderes públicos. Se transpiraba en todos los estratos de la sociedad la orientación democrática de los gobernantes, quienes fueron forjadores de un país, donde se percibía el crecimiento en todos los ámbitos, tanto social,

económico y cultural, lo que elevaba el nivel del país ante el contexto continental, toda vez que tanto los dirigentes como la población, estaban hermanados con mucha mística en hacer progresar la nación. Venezuela se perfilaba logrando en poco tiempo ser una potencia regional, ocupando un lugar importante en el continente.

Igual que la floreciente democracia, la familia siguió esas mismas pautas y también se consolidó, se multiplicó y crecieron todos sus miembros; los niños, que fueron perseguidos en otrora época por toda Europa, se convirtieron en jóvenes llenos de dinamismo, animados a potenciarse en libertad, lejos del estruendo de los bombardeos y de los disparos, crecieron con esa fortaleza que solo da la esperanza, de sentirse que pueden contar con un destino cierto, con la convicción de que puedes desarrollarte con metas y propósitos realizables, donde no haya nadie que trunque o desaliente tus esperanzas y así lograron su ingreso en excelentes colegios ávidos de conocimientos que los ayudaran a formarse en profesionales dignos en un país que les ofreció las mejores enseñanzas educativas y culturales, las cuales aprovecharon al máximo.

Muchas vivencias se pueden relatar de esas preciadas experiencias, cada quien desarrolló su potencial, tanto en su trabajo como en los estudios, logrando siem-

pre demostrar con su progreso en la tarea elegida, la gratitud a esta nueva oportunidad que les brindó la vida de crecer, física, espiritual e intelectualmente, en esta tierra amada, lejos de los tormentos y persecución que sus padres habían vivido.

Las bodas y los consecuentes bautizos, se hicieron rutinarios. Las niñas y los jóvenes prófugos de la guerra, crecieron, se enamoraron y siguiendo el mandato de la naturaleza, buscaron sus parejas para formar familias.

Aún de muy pequeño, recuerdo varias de esas celebraciones; especialmente las bodas y los bautizos, siempre fueron momentos de convivencia y reunión de muchos, no solo familiares, sino incluyeron también a los amigos, muchos de ellos también refugiados, que tuvieron que sobrevivir a esos infaustos momentos y para regocijo de todos, posteriormente celebrar su existencia y posibilidad de soñar y hacer sus sueños realidad, en esta tierra de gracia. Así con gran ilusión, estos nuevos ciudadanos en un país lleno de oportunidades y en democracia, forjaron nuevas familias, las cuales se multiplicaron de manera increíble.

Los más jóvenes y los que aquí fuimos concebidos y traídos al mundo, crecimos en un entorno distinto al vivido por nuestros progenitores. Este país acogió a los

desplazados, como sus hijos más cercanos. De la calidez del clima surgió también la interacción de las distintas etnias que poblaron esta hermosa tierra y como consecuencia de esa mezcla de razas, florecieron no solo la hermosura física reflejada en innumerables reinas de belleza, sino excelentes científicos y profesionales que ocuparon y llevaron a este país a un pedestal importante en el rango de excelencia, destacándose en la ciencia, las artes, la excelencia profesional y obviamente en la calidad, tanto física como espiritual, de esa mezcla, que resultó ser el venezolano contemporáneo.

Venezuela se convirtió en un ejemplo de país, por los distintos ámbitos de su vida demostró ser un ejemplo de democracia, de prosperidad, de tolerancia y sobre todo de ese espíritu único nuestro, llevando siempre un peculiar toque de buen ánimo, que nos distinguía en el mundo, por ese don de tolerancia, cordialidad y sentimiento de pertenencia que nos diferenciaba y éramos motivo de muchos comentarios favorables en todos los confines de la tierra.

Por lo que respecta a mi familia, los hijos de aquellos inmigrantes que llegaron al país sin nada material, pero con muchas esperanzas, fueron materializando su firme propósito de convertirse en hijos adoptivos de esta patria generosa que les extendió sus brazos amorosos. Su dedica-

ción al trabajo, la constancia y el tesón, fueron dando sus frutos. Cada uno de ellos, incluyendo a mi abuela, que sin opción a permanecer sumida en el dolor de haber perdido a su esposo y haberlo enterrado en tierras lejanas, comenzaron a reconstruir sus vidas, dedicados a lo que sabían o podían hacer. Ella en su caso, trabajó en unos telares muy famosos en Valencia, haciendo uso de los conocimientos que de generación en generación se transmiten de madres a hija, en el área de la costura como parte de la enseñanza que toda niña aprendía de las ancianas de la familia. Mi madre, se dedicó al comercio, vendiendo artículos de tocador para damas, además de continuar con las labores de ama de casa, mientras mi padre al comienzo se inició como técnico en una armería que era la única en la ciudad, para luego asociarse en una mueblería que se expandió inclusive a la vecina ciudad de Puerto Cabello, a donde recuerdo que mi hermano fue inscrito en el mejor colegio de esa ciudad. Mi tío Pablo, que en Alemania trabajó como técnico dental, continuó con esa especialidad en Valencia a la sombra de uno de los más afamados odontólogos de la región, de ancestros europeos, fundador de una honorable dinastía de profesionales de la odontología que ya llevan tres generaciones de éxitos.

Por su parte, la principal responsable de este relato, mi tía Margarita, se inició en un hotel muy prestigioso

para esa época remontando y ascendiendo a cargos de importancia. Todos fueron dando lo mejor de sí y cosechando los frutos de su esfuerzo. Los tíos menores tan pronto como los ingresos de sus mayores y el idioma lo permitieron, fueron inscritos en los mejores colegios de la ciudad, sus hermanos mayores estaban decididos que ellos si pudieran recibir la formación académica que la guerra les había arrebatado a ellos. Como estudiantes pusieron todo el interés en hacerse un puesto académico importante en sus respectivas clases, devolviendo con gratitud y resultados, el esfuerzo familiar que representada mantenerlos en colegios de educación privada y cristiana.

Con el tiempo se fueron graduando profesionales de todas las ramas de la ciencia, para seguir incorporados al mercado de trabajo que ya lo habían hecho durante la formación académica superior.

No faltó mucho que las celebraciones de graduación, colmaron la agenda social de la familia, y luego como consecuencia lógica, al paso de los años siguieron los matrimonios de ellos, formando sus familias, integrándose con los pobladores de este país, sin que se hiciera ningún tipo de discriminación.

La primera generación, llegada de la guerra, bajo el auspicio de la abuela que había sufrido la forma de vio-

lencia más terrible al perder de la manera que ocurrió a su compañero de vida, le inculcó las ideas que concluyeron en la firme decisión de nuestros padres de echar raíces en esta tierra benemérita, se formaron profesionalmente los que a sus edades les correspondía, mientras que los más adultos los apoyaron económica y espiritualmente para ese propósito, se graduaron, se casaron y tuvieron su descendencia en Venezuela, sin imaginarse nunca que pasados unos años, se verían forzados a emigrar por culpa de la misma causa y el mismo sistema político que había expulsado a sus abuelos de la tierra originaria.

CAPÍTULO XII

LOS ACIERTOS Y ERRORES DE LA DEMOCRACIA

Venezuela se convirtió en una tierra envidiable en muchos aspectos, no solo por su progreso económico, sino también porque ocupó un lugar importante por el talento de su gente; logró hacer realidad muchos de los objetivos que perseguía cualquier país en el siglo XX. Aunado a su riqueza petrolera, comenzó un gran auge en el área industrial, la pujanza en el área manufacturera, se estaba mutando a un país con riquezas naturales propias, pero principalmente en el campo agrícola y petrolero, a una nación emprendedora y pujante. Comenzó, a ser sede de muchas industrias que se instalaron en zonas especialmente demarcadas como industriales, las cuales fueron creciendo bajo el auspicio de un sólido clima de democracia, donde el respeto al Estado de Derecho fomentaba un clima propicio para la inversión extranjera. Las respectivas Alcaldías que en esos tiempos se denominaban Concejos Municipales, hicieron su contribución al fomento de las zonas industriales mediante rebajas sustanciales en materia impositiva a las industrias que se instalaran en su jurisdicción.

Emergió en poco tiempo, una nación próspera y segura, con grandes designios, convirtiéndose en una potencia en la región. Ello llevó a que se buscara el crecimiento de todo su potencial productivo a través de la capacitación y el esfuerzo intelectual, evolucionando este país desde la minería y la industria petrolera, para luego perfilarse también en el área industrial en muchos rubros que van desde la industria cementera hasta la automotriz, sin desmejorar el valor humano, llegando hasta el más elogioso de los esfuerzos en el campo científico, donde insignes venezolanos como: Jacinto Convit, José María Benítez, Heberto Cuenca, Henry Pittier, Gloria Teresa Mercader, Marcel Roche, Humberto Fernández Morán, Luis Cabello Mejías y muchos otros, fueron reconocidos en todo el mundo por sus prodigiosos descubrimientos y hazañas científicas, que hasta el día de hoy, no pueden ser olvidadas y son recordadas en el mundo.

Se creó un instituto destinado especialmente para las investigaciones científicas (I.V.I.C.), en el cual se desarrollaron importantes investigaciones, y posteriormente hubo descubrimientos que ayudaron significativamente a la ciencia como el Bisturí de Diamante, reconocido y utilizado en todo el mundo. También se adelantó el programa de fortificación del trigo y del maíz, dándole a la arepa venezolana, no solo su sitio de honor en la gastronomía,

sino que contribuyó a combatir la desnutrición en niños con anemia en el país y fuera del mismo. Se descubrió y se produjo la vacuna contra la lepra, la malaria y el paludismo.

Especial mención merece entre otros un ingeniero venezolano, cuyos estudios realizó en Chile, fundador en Venezuela de la Escuela de Artes y Oficios, en la ciudad de Caracas, situada entre las esquinas de Perico a San Lázaro. Se le atribuye la creación de la harina de maíz precocida, la cual patentó con el nombre de “La Arepera”. Por esos azares del destino, le pidió a los Hermanos Álvarez, quienes eran propietarios de una arepera en la misma ciudad de Caracas, que elaboraran con su producto las populares arepas, en la misma oportunidad que el Dr. Lorenzo Mendoza, dueño de una de las más pujantes Industrias de la época, frecuentaba ese local como comensal, a quien de inmediato le llamó la atención el producto y el particular sabor que le brindaba a la arepa. De inmediato se estableció el contacto, que a la postre por esos caprichos del destino y por enfermedad de creador de esa fórmula fue adquirida por la planta refinadora de maíz, propiedad de las empresas de cuyo comensal surgió la idea de industrializarla, en la planta industrial que funcionaba en los valles que delimitan los estados Aragua y Carabobo; quienes comenzaron a producir la famosa Harina P.A.N., hoy por hoy célebre en todo los confines del mundo.

Paralelamente, este país comenzó a ser un emblema de la convivencia pacífica de pueblo respetuoso de la democracia. Mientras que en otros países de América Latina, por la vía de la fuerza, se instauraban gobiernos tiranos y dictatoriales; contrariamente, en esta tierra venezolana, la democracia se instauró como regla de convivencia ciudadana, lo que trajo como consecuencia inmediata que muchos inmigrantes de esos países se instalaran en Venezuela.

Se institucionalizó la democracia como sistema político con el consenso de las fuerzas vivas del país, siendo esta decisión la mejor prueba de convicción en los principios y valores de la misma, la alternabilidad, traducida en el cambio periódico de gobernantes, por la vía de la participación ciudadana, fue una constante durante cuarenta años. La representación de la población mediante dos Cámaras Legislativas y como corolario se instituyó un poder judicial autónomo. Todos regidos mediante mecanismos legalmente aprobados por la representación de todos los sectores en un congreso bicameral, con apego a las normas constitucionales y legales, garantizando siempre la voluntad popular, mediante participación electoral, para evitar que un solo gobernante se perpetúe en el poder. Inclusive se estableció, la no reelección como norma constitucional.

Junto a estos acontecimientos, a comienzos de los años cincuenta (1953) y hasta comienzos del año 1959, en una de las más extensas islas del Caribe, cuya forma de caimán es innegable, otro descendiente de inmigrantes, planeaba arrebatarse el poder allí dominante, bajo la excusa de salir de una dictadura, renegando a los principios que inspiraron a sus predecesores a huir de la opresión en su patria ancestral.

Bajo la semblanza de un héroe populista, que se levanta en rescate de la democracia, el líder barbudo, se apodera del gobierno de una nación por la vía de la fuerza y comienza el penoso transitar de todo gobernante, una vez que toma las riendas del poder. Se encuentra con la cruda realidad de cumplir, aunque sea en parte, con las promesas y ofertas con las cuales cautivó a sus seguidores y los llevó a la Sierra Maestra para desatar una lucha asimétrica que a la larga dio sus resultados.

A estilo del propio renegado, hace del habano, colgando a un lado del cuenco bucal, su emblema característico; se construye una imagen de irreverencia y contrariedad, sin respeto a cualquier regla de convivencia pacífica y tolerante, para así justificar lo que serían sus despiadadas acciones.

Al lograr tomar el poder por las armas, incauta todo a su paso, cuanta propiedad o riqueza encontrara, especialmente si estas estaban en plena productividad; enfrenta a sus propios coterráneos, hasta sembrar el odio y la enemistad más perversa, propio de su resentimiento acumulado por años, que observó desde su niñez, motivado a su doble condición de provenir de rica cuna y a la vez su origen bastardo. Aprovechó la situación política de su país, donde un régimen cómplice de los poderosos, vivía en una gran desigualdad social, hizo suyas y de sus adeptos, cuantas propiedades existieran, todo lo que pudiera demostrar algún síntoma de prosperidad, fue confiscado por el régimen, para luego sumirlas bajo su maléfico dominio personal y de sus secuaces. A su cruento paso, cual horda devastadora, en nada diferencia de la mejor productora de ron del Caribe, de la excelsa fábrica de habanos, de los infames casinos, que tanto mal le hicieron a esa isla. Todo fue arrasado, sometido y apoderado por ellos para su propio provecho. No obstante, a tanto anuncio de mejora, ante el inclemente escrutinio del tiempo, quedó demostrado que era preferible, dejar esas prósperas producciones en mano de quienes las detentaban legítimamente, que arrebatarlas para que sean hoy una prueba de la barbarie, reñida con las elementales normas que rigen el progreso y la convivencia ciudadana. Hoy la pobreza y la precaria

condición de vida que está sumida la población de esa isla, es aún mayor, que en la época que arrebató el poder a otro tirano, utilizando para ello una falsa promesa de igualdad.

Así comienza la trágica diatriba de “un vendedor de ilusiones”, que nunca logró con éxito ejercer su profesión inicial de abogado, al salto abismal de cumplir a toda costa con el mensaje de sus discursos. De comienzos de su extenso mandato, en el año 1959, cuando el gobierno provisional y de transición, en esa isla, de composición heterogénea, sorprendió a su población el anunció de este tirano, bajo la falsa promesa de representar a todas las fuerzas significativas del país, se propuso el mismo como “comandante”, y logró ser nombrado ministro de la defensa. No obstante, a la primera oportunidad que el mismo alienta, se abroga todo el poder y transcurre el mes de enero y febrero de ese año, extendiendo sus implacables tentáculos, tanto dentro de los confines de la isla, llegando su propagandística imagen a otros países, hasta visitar al Congreso y participar en la toma de posesión del Presidente electo de Venezuela.

Allí este incipiente dictador, observa de cerca la potencialidad de Venezuela, próspero país que visita y no puede dejar de sucumbir en la tentación de apoderarse de

sus riquezas. Comienza a germinar la nueva solución en sus ideas de expansión, emergiendo de sus discursos, su verdadero dogma de importación soviética expansionista y la fuerza de su barbarie para imponerlo. Pero ya había sentido la prosperidad de un país como Venezuela, que en su torcida mente convierte en objetivo militar.

Comienza para este autócrata, populista y vendedor de ilusiones, una dura faena, hacer realidad, aunque sea en parte, sus promesas vociferadas durante sus acciones en la Sierra Maestra. Enfiló su demagógico plan orientándolo hacia la Unión Soviética, aprovechando para ese entonces la plena vigencia de la Guerra Fría que ese país mantenía con los Estado Unidos de Norteamérica. A cambio de protección soviética, les prometió, el azúcar que en ese lejano e inmenso país, a duras penas lograban de la remolacha y del saqueo a los países que habían invadido. Fidel les iba a suministrar azúcar de caña, con el cual antes también se producía uno de los mejores rones del Caribe. A cambio, negoció el suministro de combustible y la presencia militar soviética en la isla, dada su posición estratégica en el Caribe, frente a los Estados Unidos de Norteamérica.

Para lograr alcanzar la meta de la caña prometida a la URSS, trabajaron, salvo el dictador Fidel y su hermano,

todos los demás, hasta el mismo Che Guevara, que en lugar de usar un bisturí o un vendaje, como correspondía por su profesión, le tocó cortar caña de madrugada, para luego bañarse, vestirse de uniforme e incorporarse a sus labores de verdugo.

A Fidel, no le cabía ninguna sobra de duda que los soviéticos iban a cobrar con creces el intercambio establecido, ellos supuestamente les iban a proveer de alimentación, auxilio sanitario y de todo lo necesario para subsistir al bloqueo decretado por las potencias occidentales, promesas hechas por el mismo Nikita Kruschev desde la primera vez que se encontraron en Nueva York con ocasión a la Asamblea General de la ONU. Pero este triste vástago barbudo de raíces del viejo mundo, debió persuadirse de cómo eran ese tipo de tratos, en los cuales lo que se prometía, no se cumplía, siguiendo sus propios antecedentes, no siempre se honraban.

Así, con mucha cautela aleja a su verdugo ejecutor, un enfermero que se autodenominaba médico nacido en Argentina, cuando se le estaba convirtiendo en molesto; luego de haber cumplido su siniestra misión, lo envía para que conquiste los minerales que son estratégicos en Bolivia y él mismo se proyectó a conquistar y tomar posesión de las riquezas de Venezuela.

En los años 60 comienza a gestarse un movimiento armado con el propósito de derrocar al entonces Presidente Constitucional de la República de Venezuela. Al comienzo se crea el PRV, el Partido de la Revolución Venezolana, como organización política irregular, el cual nunca se inscribió ante los organismos electorales. Su propósito fue el servir de fachada al movimiento insurreccional autodenominado, Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, (FALN), su nacimiento ocurre por una ruptura del Partido Comunista de Venezuela, emergiendo este movimiento como el ala armada del comunismo en Venezuela, cuyo propósito sería conspirar hasta lograr el derrocamiento del régimen democrático.

Con frentes creados en los estados Lara y Falcón comienzan sus acciones armadas con el financiamiento del régimen cubano. Hubo también la infiltración en las fuerzas armadas, con alzamientos como el Carupánazo, el Porteñazo, y otros más, como el ataque a cuarteles, especialmente el San Carlos y una invasión desde el estado Táchira por Castro León. Todo tenía un propósito, hacer tambalear el poder central y lograr con la ayuda exterior, infiltrar mediante la guerrilla urbana, en los barrios una labor de acrecentamiento del descontento que se comenzó a gestar por la incontrolada afluencia de pobladores rurales a las capitales de los

estados prósperos y en la misma ciudad de Caracas, lo que generó una falta de planificación de la expansión urbana, lo cual comenzó a sentirse en la década de los sesenta y se fue acrecentando hasta los años ochenta.

Venezuela, sufrió toda clase de amenazas a su democracia a partir de los años 60, no solo con la guerrilla rural y luego la urbana, aprovechando el descontento que se comenzaba a formar en los barrios, con la construcción e implementación desordenada de viviendas y servicios públicos que desbordaron las proyecciones de los planificadores urbanos. A ello, también se sumaron otros incidentes como el desembarco de Machurucuto, ocurrido en mayo de 1967, en una zona que comunica la Capital con el oriente del país, donde un escaso contingente formado por cubanos y venezolanos, desembarcaron en las costas de esa zona selvática del estado Miranda, próxima a la serranía del Bachiller, emulando lo que el líder barbudo, había hecho en su sometida Cuba, y blandiendo en sus muñecas sendos relojes de una marca muy costosa como “Regalo del comandante” siendo frustrada, y abatidos este contingente de insurrectos, en el mismo lugar del desembarco y nunca se dio la reunión con el frente guerrillero “Ezequiel Zamora” que los esperaba montaña adentro, para recibir las armas y pertrechos

que les mandaba el barbudo aspirante a conquistador, cuya osadía le costó su expulsión de la O.E.A.

No obstante, al crecimiento del país en lo que respecta a su riqueza petrolera de Venezuela, continuó el descontrolado crecimiento de la población marginal, creando un cinturón de miseria en las principales urbes del país, lo cual sirvió cada día más, de caldo de cultivo que rindió sus frutos a la postre con el conocido movimiento como “El Caracazo”.

Repentinamente la clase política comienza a despertar de su letargo, al analizar la retrospectiva de los hechos que motivaron este movimiento, observan que no pudo ser un aumento de pasaje o unos céntimos de incremento en el precio de la gasolina, lo que generó ese sacudón tan nefasto, que cobró vidas y desencadenó eventos sumamente violentos, los cuales comparativamente no guardaban proporción con las causas que inicialmente se le atribuyeron durante los días 27 y 28 de febrero de 1989, a la revuelta popular iniciada en los confines de las zonas populares de la Capital.

La implementación de un “paquete económico” como respuesta a “un préstamo de ayuda gubernamental” solicitado a los organismos crediticios internacionales (FONDO MONETARIO INTERNACIONAL),

derivado de una secuela de errores y mala administración de los gobiernos anteriores al que se encontraba en el mandato para esa oportunidad, aunado a la baja del precio del petróleo y el clientelismo político, estaban siendo monitoreados por el autócrata de Cuba, quien conocía a través de sus operadores y agentes en Venezuela, lo que acontecía a cada momento sobre todo en los barrios que era la zona de más alta densidad de población, siendo la más vulnerable a factor propagandístico en contra del gobierno.

Los informantes de este comandante, le comunicaban, de manera metódica, cómo se incrementaba el nivel de pobreza ante la escalada inflacionaria que se acrecentaba paralelamente a la devaluación de la moneda y su repercusión en los estratos más débiles económicamente de la población venezolana.

Simultáneamente, las fuerzas armadas fueron infiltradas de manera sigilosa, en la oficialidad media, imperceptible a los oficiales superiores, por aspirantes a cadetes, con semillas de marxismo en sus mentes, especialmente uno cuyo hermano era conocido en tierras llaneras por su radicalismo izquierdista y su padre era dirigente magisterial y maestro perteneciente a uno de los partidos fundadores de la democracia en Venezuela. Así, fueron reclutados y adoctrinados con pensamientos

marxistas, disfrazados de un pseudo-nacionalismo, bajo un conveniente ropaje forjado en el pensamiento “bolivariano”, para no dejar traslucir su verdadera intención. Inicialmente se autodenominaban nacionalistas, y paradójicamente a lo que los años posteriores a su toma de poder demostraron, en sus discursos iniciales pregonaron a todas voces, un férreo rechazo a la corrupción, para así seducir a la población, especialmente a los que estaban hastiados de tantos manejos y escándalos que surgieron en la administración pública.

La semilla sembrada en un cadete que fue ascendiendo dentro del estamento militar, con el paso de los años se convirtió en un movimiento liderado, por el ya en ese momento teniente coronel, quien bajo, engaño hizo realidad su sueño nacionalista reclutó y en una noche junto con un buen número de tropas, aduciendo que tenían que marchar a rescatar al presidente supuestamente capturado y sometido en la Capital, a su regreso de Davos (Suiza).

De ese modo, al amparo de la oscuridad de la noche, hizo realidad las ansias de tomar el poder, por la vía insurreccional, pregonando un sentimiento patriótico y nacionalista, bajo el disfraz de una acción institucional de rescate a los poderes instituidos, con ideas que ellos

mismos calificaron de “bolivarianas”, y contando con el apoyo de oficiales que por su rango estaban al mando de contingentes de tropa, logra desplazar un batallón a más de 100 kilómetros de distancia de la Capital de la República, para arremeter contra la sede gubernamental allí situada, donde se encontraba el Palacio Presidencial y la sede de los poderes públicos nacionales.

Luego de unas horas de combate el movimiento y sus líderes se rinden, negociando su vida que nunca estuvo en riesgo, puesto que siempre estuvieron en la retaguardia, mientras los restantes que sí estaban al frente, los tenientes coroneles que lo acompañaron, junto con 14 mayores, 54 capitanes, 67 tenientes y subtenientes, 65 suboficiales, de una centena de sargentos y algo más de 2.000 hombres de tropa, que sí dieron la cara, tanto en la Capital como en los estados Zulia, Carabobo y Aragua, fueron hechos prisioneros.

Pese a la flácida diplomacia con que estos temas comenzaron a ser tratados por los organismos multinacionales, la misma secuencia de los acontecimientos y la contumaz escalada de las acciones en todos los órdenes, realizadas por los mismos integrantes del régimen asumido, fueron delatadas internacionalmente ante sus actos en los años sucesivos, ha mutado el criterio que antes se

sostuvo en los organismos multinacionales de que se trataba de un gobierno electo popularmente, al desconocimiento que actualmente ostenta con un considerable número de países que superan los ochenta más importantes del mundo que sin importar su creencia, ideología o sistema político, no tienen otra salida que condenar este bochornoso desempeño, en que se han convertido todas las acciones de esta forma de régimen.

Todo ello, se desarrolla al mismo tiempo que ocurre un desmedido incremento del precio del petróleo, y la manera descarada de esos ingresos petroleros fueron utilizados en para distintos programas muy alejados de lo es la planificación y desarrollo sustentable que se debió realizar, terminó siendo la ruina del país con las mayores reservas petroleras del mundo, convirtiéndolo en un territorio en ruinas donde se ha iniciado una diáspora incontenible que a la fecha supera los seis millones de habitantes, que han abandonado su tierra por todas las fronteras, huyendo de esta situación que de manera inclemente ha atacado a todos los estratos sociales, generando un nivel de pobreza que nunca se había visto, en esta parte del mundo.

La reacción internacional se ha hecho sentir recientemente cuando ya ni la propaganda gubernamental, ni los distintos medios apropiados por el régimen, no han

logrado distraer la atención de la comunidad internacional, sobre la cruda realidad que se evidencia a diario.

La sociedad civil venezolana, luego de múltiples intentos de volver a institucionalidad democrática en el país, tanto electorales, como por la vía de la desobediencia y protesta ciudadana, se vio resignada a repetir nuevamente los capítulos que corresponden a la parte final de la trágica historia de todas las situaciones similares a lo largo de la historia. La diáspora fue la necesaria reacción de la población que se negó a vivir con la inseguridad que la falta de sometimiento a la legalidad y la carencia de un Estado de Derecho y de respeto a la institucionalidad han generado.

CAPÍTULO XIII

LA DIÁSPORA VENEZOLANA

La historia nunca se equivoca, al menos en el caso de los regímenes que se alejan de la legalidad, siempre generan como reacción a sus actos, un masivo desplazamiento de la población por el miedo que despiertan en ellos la amenaza constante sobre su seguridad personal, sus familias y los bienes que poseen. La acción de este tipo de mandato, como la mejor expresión del poder que le da la espalda al Estado de Derecho, ha sido constante través de la historia. Al inicio siempre se ha conseguido la toma del poder bajo el encantamiento de un discurso plagado de esperanzas; endulzando a quienes padecen de necesidades en la sociedad por pertenecer al estrato con menos recursos, seduciéndolos con promesas que nunca van a cumplir, alentando a las clases desasistidas de la sociedad de que los convencen de apoderarse lo que los demás obtuvieron con su labor cotidiana. Así, mientras confrontan a la población más necesitada que generalmente son la mayoría, con las clases con mejores recursos, lo hacen de manera sistemática, mediante la polarización hacia ambos extremos de la sociedad, y bajo la premisa que van a favorecer a los oprimidos, bajo la

oferta engañosa de que le fueron arrebatados los derechos y garantías constitucionales, ofreciéndoles el aliento de un sistema de inclusión de toda la población; es como en definitiva, según su discurso populista terminan siendo todos los miembros de la población unificados en un solo estrato, pero no caracterizados el bienestar prometido, ni en la opulencia gratuita ofrecida, sino inmersos en una situación de escasez y necesidad que nadie ha deseado. Hoy por hoy, las ofertas populistas se extienden a temas como el medio ambiente, a la igualdad de tolerancia sobre el género y cuantas otras esperanzas de un mundo mejor espera escuchar el pueblo.

La reacción a esta situación creada de manera premeditada y fríamente calculada por los regímenes totalitarios, deviene inicialmente en la protesta, bajo la falsa premisa de que todavía se escucha el reclamo constitucional de los derechos violados de la población vulnerable que siempre reclama el derecho a una mejor vida. Pero cuando todos los estratos de la población se percatan de sus garantías constitucionales en mayor o menor grado está siendo vulneradas, reaccionan con vehemencia para que les sean restablecidas. Allí viene la respuesta inmediata del régimen con una represión cada vez más intensa, que ante tanta crueldad y barbarie, deviene en la frustración, rechazo y desilusión para toda la población

disidente, terminando un grueso número de los afectados cambiando su estatus de ciudadano oprimido a desplazado, como ocurre en tantos países de nuestro continente y en otros de distintos continentes.

La respuesta de la jerarquía de estos regímenes nunca se ubica en el sendero institucional, muy por el contrario, los mismos gobernantes, llegado el momento, se encargan de aclararle a la población, con hechos muy contundentes como son la represión, la cárcel y la tortura, que sus esperanzas ya no existen. El Estado de Derecho, no existe en los regímenes totalitarios, le es arrebatado a la población, de manera sistemática, pero efectiva.

A las clases necesitadas, se les ofrece suplir sus carencias, bajo la afirmación de que el Estado será su benefactor y que la solución es despojar a los prósperos de sus pertenencias, para dárselas al pueblo oprimido, que en muchos casos por ignorancia o insensatez, se suma inicialmente a esa propuesta. Pero paradójicamente, tanto las garantías constitucionales como los bienes que han adquirido tanto las clases más acomodadas de la sociedad, como también a la clase media compuesta principalmente por profesionales y técnicos, le son arrebatados junto a sus derechos, garantías ciudadanas, lo cual afecta notablemente su forma de vida. A la postre, termina toda

la acción de régimen en un solo resultando, materializándose en un despojo tanto directo, como indirecto, de todo lo adquirido por la población productiva, mediante la escasez y la inflación junto con la carencia absoluta de todo lo que a la población le corresponde, arrebatándole metódicamente de todo tipo de bienes, derechos y cuantos elementos de vida ha adquirido o que posea lícitamente —especialmente la población productiva— quedando reducida junto a la mayoría de los ciudadanos del país, en una situación de carencia y escasez, que permite fácilmente la manipulación a través de la dosificación del hambre y otras necesidades básicas como salud, transporte y servicios públicos, que empujan a toda esta población activa a un letargo colectivo en su gran mayoría, por tener que dedicar la mayor parte de su tiempo útil, en vez de laborar dignamente, en suplir estas necesidades haciendo largas filas para obtener productos regulados y medicinales que normalmente deberían estar al alcance de todos, sin ninguna restricción.

En ese momento, emerge una clase poderosa, dominante, totalmente irreverente a cualquier normativa legal, cuya promesa se alienta en la igualdad de todos los demás, pero que en realidad deviene en la pobreza más atroz, mientras ellos crecen como clase de “adeptos o privilegiados”, no por sus conocimientos o aptitudes, sino

por los beneficios directos que les brinda el Estado, creador de controles de todo tipo, especialmente en el régimen de cambio de la moneda, que termina favoreciendo a un grupo muy selecto afín al régimen, como se ha visto a la larga cuando son capturados los principales testaferros de esos sistemas, cuando revelan los más íntimos secretos que los han sostenido en el poder por tantos años, revelados a los organismos de justicia al negociar su rebaja de pena a cambio de información.

Esos hechos dan lugar a la sensación de inestabilidad institucional, y casi inmediatamente comienzan a generar la migración masiva, sobre todo de la población perteneciente de la clase media, ante estas situaciones de incertidumbre como la que estaban viviendo los coterráneos.

Esta situación se fue agravando en el paso del tiempo, creando un sentimiento que corresponde a este tipo de regímenes, donde la población productiva y preparada, debe ser diseminada en distintos destinos, porque de manera conjunta, puede hacerle daño a quienes detentan el poder y la opresión.

La fórmula macabra se había consolidado, el estrato más pujante de la economía nacional, respondió a los escenarios planificados desde hacía décadas en los laborato-

rios sucios inicialmente orquestados en la Europa Oriental durante la época soviética, luego en Irán, Corea del Norte, China y Cuba, cada día más, se iban perfeccionando en la fórmula infalible, donde al ente pensante y productivo, se le obliga al desarraigo y el potencialmente voluble por sus grandes intereses comprometidos, se somete, optando por abandonar su patria para los primeros y todo por lo que trabajó desde el comienzo de su actividad productiva, tiene que cambiarlo por un futuro incierto en un país desconocido donde sería un inmigrante, salvo que decida quedarse y quedar sometido a una justicia manipulada desde el poder.

Ante esta expectativa, los venezolanos comenzaron a buscar nuevos horizontes, lo que se convirtió en una diáspora, cual enjambre humano se incrementó en cifras que actualmente superan los seis millones de personas. La escasa preparación ante este contingente ataque comunicacional y publicitario, y la falta de solidez en lo relativo a los principios morales y familiares, que nunca tomaron como previsión ante este terrible acoso cuyas consecuencias eran imprevisibles, sumado a la irrestricta sumisión al régimen castrista por la publicidad mediática, llegó a realizar un milagro digno de todos los deplorables elogios. Venezuela se convirtió en un sitio inhóspito para sus habitantes.

Así comenzaron a migrar, tanto los despedidos públicamente de las principales empresas petroleras, que tenían posibilidades de ofrecer sus conocimientos en materia de refinación y procesamiento de hidrocarburos en otros países, ayudando al fortalecimiento de la industria de hidrocarburos, en países como los del Lejano Oriente, Canadá, Estados Unidos, México y casi todos los países de Sur América. Del mismo modo, se sumaron a la diáspora los profesionales de ramas tales como la medicina, enfermería, ingeniería, bionálisis, y todas las demás ramas técnicas que de manera impecable se habían formado en las universidades venezolanas y muchos de ellos con postgrados en distintas partes del mundo gracias a los beneficios del programa Gran mariscal de Ayacucho, que les proporcionó por igual a muchos venezolanos durante la democracia.

Todos ellos lamentablemente se vieron en la imperiosa necesidad de emigrar, siendo significativo este número pujante de población productiva, para buscar otras opciones de trabajo, toda vez que no les dieron oportunidad de subsistir, siendo muchos de ellos excelentes conocedores de la materia petrolera, que con mucha gratitud fueron aceptados y compensados en otras latitudes.

Luego, en los meses subsiguientes, motivados por la presión gubernamental, los siguieron parte de la juven-

tud, en calidad de estudiantes de universidades y también ya los recién graduados, fue una juventud duramente perseguida y reprimida, especialmente a partir del año 2014 y hasta esta fecha.

A esta primera ola humana, cuya vía inicial de traslado fueron los aeropuertos, amparados por la posibilidad de costear un pasaje aéreo; les siguió otro contingente humano, de estratos económicos más reducido, que optaron la vía terrestre a través de las fronteras, para migrar hacia los países del sur del continente americano, llegando a formar marchas a pie que da dolor ver en los noticieros.

El mundo se pobló de desplazados, por doquier se encuentran, prestando su diario esfuerzo, con trabajo, tesón y mucha nostalgia de su tierra, sin poderse explicar todavía cómo un régimen dirigido y orquestado desde el exterior, por una dictadura septuagenaria, pudo lograr esta diáspora de la fuerza de trabajo en su edad más productiva, que no tuvo más remedio que abandonar su patria y sus familias para migrar ante una realidad que todavía vive el país, donde pensar diferente a lo que establece el régimen, representa cárcel segura, como lo testimonian inclusive diputados jóvenes, que sin importar la garantía constitucional que los enviste de inmuni-

dad, permanecen en la cárcel, sin que medie siquiera el procedimiento previo de allanamiento de su inmunidad parlamentaria, como se establece en la Constitución, para el caso de que se pretenda una acusación por algún hecho que se presuma delictivo.

Así, también le tocó en nuestro caso familiar, a la tercera, cuarta y quinta generación del árbol genealógico, tener que emigrar nuevamente, antes de ser alcanzados por la demagogia y la falta de seguridad jurídica, similar al que había motivado a sus ancestros, al ver como se desmorona de todas formas posibles, el Estado de Derecho que forjó la democracia en el país, por cuarenta años. Todos nacidos en este país, arraigados hasta sus entrañas, porque no solo vivieron en el país desde su nacimiento, sino también lo disfrutaron a sus anchas, recorriendo todos los bellos rincones de esta tierra de gracia, desde su bellas playas, al igual que su territorio insular, los llanos, la cordillera andina, sus selvas amazónicas, médanos, la selva amazónica y la Gran Sabana, todos los lugares que este maravilloso territorio ofrece para el turismo y la recreación, fueron visitados con frecuencia por nosotros. Es por tanto, comprensible el dolor que sintieron al huir nuevamente ante la amenaza que se cernía sobre sus personas, solo por pensar diferente.

Solo la historia con el devenir del tiempo, nos hará saber si todo este esfuerzo valió la pena. Es inexplicable que por pensar distinto, te consideren enemigo y te persigan hasta la cárcel, cuando no te cobran hasta con la vida, por manifestar públicamente reclamando los derechos que la Constitución consagra. La represión brutal que sufrió la población mayoritariamente joven en los últimos años, no se compara siquiera con la que se vivió en las épocas más oscuras de las dictaduras que precedieron a los años de democracia.

El ensañamiento fue tal que inclusive en plena vía pública todavía hoy se observa cómo se detienen vehículos conducidos por personas jóvenes, siendo objeto de requisita y de trato tal cual delincuentes comunes, como si estuvieran en condición de flagrancia cometiendo un hecho punible. Toda esta estrategia para hacer cada día más difícil la existencia pacífica en el territorio nacional.

CAPÍTULO XIV

CONDENADOS AL DESTIERRO

Sin rumbo seguro, con la convicción de que en algún momento, la vida volverá a su normalidad, los venezolanos emprendieron el doloroso transitar de la separación de la familia, de su tierra de sus amistades y de su país. Hoy son casi siete millones los que tuvieron que dejar su patria. En algunos casos, solo el jefe de familia inicio el periplo en busca de un trabajo, alejándose de su tierra, mientras a su familia, en compañía de los más ancianos, permanecían en su querida patria, hasta consolidar una posición al menos estable en el nuevo país de residencia. En otros fueron casos, grupos familiares enteros que se lanzaron a un vacío como es la migración a tierras desconocidas, sometidos a costumbres distintas, a climas diferentes, sin conocer siquiera en muchos casos el idioma.

El lado más cruento fue el vivido por la población joven venezolana, víctimas de la peor barbarie, traducida en una persecución inclemente por el régimen, tanto a través de sus fuerzas, tanto policiales como militares y grupos armados comúnmente denominados “colectivos”.

A los disidentes, a pesar de ser población civil se les sometió a juicios bajo la circunscripción militar, obligándolos a huir despavoridos y a pedir asilo en todos los confines del mundo a toda esa población pujante de jóvenes, que representaban para ese momento más de la mitad del total de los venezolanos. Así partieron con escasos recursos y gran dolor dejando atrás todo lo que habían disfrutado de su patria.

A sabiendas que serían extraños a donde llegaran, por más que el resto del mundo comprendiera su situación, no por ello dejarían de sentir el vacío que ocasiona la partida con rumbo incierto en la mayoría de los casos y con el alma hecha añicos por el desarraigo forzado.

Dado el origen genético de la población venezolana, donde a través del tiempo han convergido en esta tierra, todo tipo de razas de procedencia tanto europea, como asiática y también americana, les brindó la oportunidad a estos desplazados, a recurrir a la nacionalidad de sus padres, abuelos y hasta bisabuelos, para tramitar un vínculo a su nacionalidad consanguínea que les permitiera cierto amparo legal, aunado a la respectiva documentación, especialmente el pasaporte y permiso de residencia, regresando al destino del cual habían emigrado sus ancestros, repitiéndose así la historia pero en sentido inverso como si se retrocediera la película.

Reuniendo los escasos recursos económicos, que generalmente se originaron de la colecta familiar, con pocos enseres y mucho dolor, dejando un vacío atrás, fueron los acompañantes de esta población desterrada por fuerza de la represión, a distintos rumbos y confines, con la profunda convicción que en algún momento, la perversidad se desplomará por su propia torpeza, al atropellar inmisericordemente a sus coterráneos, haciéndolos huir, solo porque son de convicción democrática e institucional. Así, se produjo a diáspora más numerosa que se conociera en este continente convirtiendo a Venezuela en un ejemplo de lo que el camino equivocado puede ocasionar.

Quienes pudieron y tenían recursos económicos que alcanzaron para el pago de un pasaje aéreo, aunque en muchos casos lo hicieron, vendiendo prendas, aparatos electrónicos, vehículos y cuantos bienes poseían y pudieran tener valor fueron canjeados por una esperanza de vida.

Lo vi en los rostros de los míos, una mezcla de tristeza, dolor, inseguridad y a la vez con mucha expectativa sobre su futuro; al menos, tenían la ilusión de que su trabajo, pudiera brindarles como contraprestación, un hogar para sus hijos, con seguridad de que podían acceder a los alimentos requeridos, a un techo, quizás no tan cómodo

como en el que crecieron, pero en un país donde se respetaran las leyes, donde pudieras caminar por las calles y parques sin ser víctima del delito y donde las instituciones, los servicios públicos y la sociedad misma funcionan y las personas se respetan.

Así comenzó la diáspora que hasta esta fecha se acerca a los siete millones de venezolanos, utilizando las rutas más insólitas, aire, tierra y hasta por mar emulando a los balseros cubanos, que tanto llamó la atención del mundo durante muchos años. El régimen se deshace así de sus potenciales oponentes, a quienes los considera enemigos, sin detenerse a pensar, ni por un instante de que son tan venezolanos, como ellos que circunstancialmente y por razones pocas claras detentan el poder por mucho tiempo, cuando no llegan ni a una sexta parte del reconocimiento del resto de la población.

Los desafíos que han tenido que enfrentar los venezolanos en el exilio son indescriptibles en casi todos los casos. Desde las caravanas de peatones, que en grupos se desplazan por las carreteras de los países vecinos de Latinoamérica, como las travesías por mar a las islas vecinas en el Caribe, donde en muchas ocasiones terminaron en prisión para ser deportados de manera humillante, sin dejar de mencionar los cuestionamientos más inverosími-

les por parte de las autoridades de inmigración, cuando su ingreso se ha realizado por puntos de acceso fronterizo.

Quedó de ese modo, la pujante y próspera Venezuela, sin un gran potencial que significó desprenderse de esa fuerza de trabajo activa y tenaz, llena de ímpetu, fundamental para la economía del país, y definitivamente poco valorada por un régimen, que se ha sostenido solo en una ficción mediática, respaldada por una riqueza que no es suya y que no ha sabido administrar pulcramente, aunado a las bayonetas de unas fuerzas represivas, que algún día deberán responderle a la justicia por “haber vuelto sus armas contra el pueblo”, tal como lo sentenció el Libertador hace ya un tiempo, demostrando su profunda capacidad de estadista.

Quienes provienen de grupos y etnias de refugiados, como es el caso de los míos, quienes en otrora transitaron por sus medios y con sus propias fuerzas, por más de seis países de Europa Oriental, para llegar desde Rusia hasta Alemania, recorriendo de esa manera, caminos intrincados y solitarios, para no ser atrapados por las fuerzas opresoras que les pisaban los talones, sumidos bajo el silbido de las balas y el estruendo de los cañones, apenas si pudieron disfrutar de la libertad, el sano cobijo que les brindó la democracia y el calor de esta tierra que ama-

ron e hicieron suya, para luego tener que verse obligados a abandonarla forzados a emigrar nuevamente como sus antepasados.

Las generaciones que nacieron en Venezuela, tuvieron que nuevamente verse obligados a salir del país, forzados por las mismas ideas tiránicas que persiguieron a sus ancestros. Difícil de creer, pero la cruda realidad de los hechos lo testimonia en su caso.

Podemos en algún momento imaginar, lo que sería recibir la condena del destierro, sin que mediara, ni falta, ni proceso alguno, sin fórmula de juicio, de manera abrupta aparecer en una lista abierta a capricho del régimen, donde tu condena de culpable, es asumida sin la mínima garantía ciudadana de que se presume que eres inocente, sin que un tribunal en un proceso debido te declare culpable. Solo por creer que los derechos consagrados en tu Constitución se establecen para ser cumplidos y te amparan como garantía ciudadana de convivencia.

Pese a ello, esa juventud fue declarada, por los jerarcas de régimen, como culpables, en violación a todas las garantías constitucionales, de unos supuestos delitos de insurrección, concierto para delinquir y otros supuestos como manufactura de objetos explosivos, y se les tiene de

facto, como convictos y confesos de estos “hechos punibles”, sin que haya habido en la mayoría de los casos, ni siquiera la primera audiencia de un proceso en donde se les impute los supuestos hechos delictivos. Condena que no soporta el menor rigor jurídico por su espuria procedencia.

La fuerza de los acontecimientos obligó al venezolano, al destierro voluntario, primero los estudiantes y los profesionales, especialmente de la principal industria petrolera nacional, luego la situación económica creada por la terca determinación del régimen gobernante de mantener una política económica dogmatizada, sustentada en la escasez, para lograr a través de las necesidades su prolongada prevalencia en el poder, obligan a los restantes estratos de la población a buscar otros destinos, sumando inmensas hordas de personas que han tomado rumbos que le ofrezcan una oportunidad de llevar el sustento a su hogar. Atrás quedaron como huellas de la atrocidad sufrida, el luto de la partida, de sus hogares y de su familia.

Aun cuando en un principio pudieran afirmar otra cosa, hay un sentimiento generalizado que algún día las aguas volverán a su curso, el país retornará al rumbo perdido, volviendo a la institucionalidad, al Estado de Derecho, a la democracia y podrán volver a sentir, el

calor humano de su gente, la especial gastronomía que cada hogar y región tiene en particular, su música y tierra amada que no se pueden olvidar, ya sea sus llanos, sus ciudades, los Andes, la Gran Sabana y las bellas playas, que conforman esta riqueza que con tanto dolor se ven obligados a dejar.

Junto con la mayoría de los venezolanos productivos, también le tocó a mi familia sufrir en carne propia este destierro. Como paradoja de la vida, fueron forzados a emigrar, por las mismas amenazas totalitarias que persiguieron a sus ascendientes, quienes luego de haberse asentado en esta tierra de gracia, la cual recibió a los abuelos que pudieron sobrevivir de las inclemencias de la guerra y del despotismo, formaron parte de este bello país procreando a sus familias, los levantaron profesionalmente, para que fueran útiles a esta patria que los acogió, celebraron su graduaciones, matrimonios y bautizaron a sus nietos y bisnietos, para que al final, las mismas ideas populistas y formadas en el totalitarismo, amenazaran su existencia y los obligara a buscar un país distinto que les garantizara sus derechos a la vida, al trabajo y a la tranquilidad. Así pues, también el dolor de la partida nos alcanzó nuevamente, sin entender el motivo que un sistema de gobierno tantas veces fracasado a lo largo de la historia, quiera nuevamente imponerse usando la fuerza

y la violencia. Solo la impunidad creada por secuestro de las instituciones y el abuso de los ingresos petroleros, junto con el pago de mercenarios que los han apoyado, es como se sostiene esta tiranía. Lo único bueno de esto, es que la comunidad internacional, en casi su totalidad, incluyendo los que lo dicen en voz baja, están absolutamente convencidos de que esta tiranía en nada ayuda a este país, luego de haberlo convertido en una de las economías más pobres de la humanidad, con la tasa de inflación más grande que se ha conocido en tiempo alguno. Mucho más que Europa luego de las dos guerras mundiales.

A veces el tiempo se hace prolongado para emitir su fallo, pero inexorablemente tarde o temprano, serán juzgados estos perversos usurpadores del poder por la misma historia, por sus acciones llenas de odio a la mayoría de la población contra quienes ejecutaron estas atrocidades, solo por hacer público su rechazo a la manera como eran violados los derechos esenciales del pueblo; al igual que lo serán quienes por su inmoral voracidad, lo permitieron como cómplices y encubridores, solo con el ánimo de lucrarse más.

Ya en estos días están apareciendo en los diarios y redes sociales parte de las inmensas fortunas que se adquirieron a la sombra de hechos muy discutibles, explicán-

dose así cómo es posible que el país con la mayor riqueza petrolera del mundo, tenga problemas de desnutrición que han llevado a la muerte a un número significativo de sus pobladores. Eso es solamente referido a los beneficiarios de la renta petrolera, que mediante la corrupción se habla de cifras mil millonarias en dólares, sin considerar las inmensas fortunas que se crearon bajo el amparo del tráfico de estupefacientes y la extracción de oro, uranio, coltán, diamantes y otros minerales.

CAPÍTULO XV

LA SITUACIÓN DE LOS VENEZOLANOS DESPLAZADOS POR EL MUNDO

Mientras en Venezuela no se puede salir del asombro por las cosas que a diario ocurren, tales como una economía de bodegones que solo puede acceder un escaso número de privilegiados, escasez de la gasolina siendo la reserva petrolífera más grande del mundo y como otras que a diario aparecen en todos los noticieros del mundo; una parte de la población de venezolanos para esta misma fecha se encuentran deambulando por el globo terráqueo, todo ello, consecuencia directa de las acciones emprendidas por los que deben ocuparse de la tranquilidad y prosperidad de la población. Estos desplazados se ven obligados a buscar otros rumbos con la esperanza de tener una mejor calidad de vida. Así, nos encontramos que un buen grupo de venezolanos se encuentran esparcidos a todo lo largo y ancho del planeta, quienes han recurrido —por derecho de sucesión— en muchos países, a su doble nacionalidad que les corresponde, esto se traduce en que además de su nacionalidad originaria por su nacimiento en Venezuela,

también conservan la nacionalidad de sus padres, quienes producto de la oleada migratoria ocurrida principalmente en Europa, se vieron en la necesidad de buscar nuevos destinos, a partir de los años cuarenta del siglo pasado. De los cuales un buen contingente de inmigrantes llegó al país y se establecieron a veces solos, otras veces, con la familia más cercana. Con el tiempo, mucho esfuerzo y sacrificio, esos padres inmigrantes lograron en esta tierra de gracia, la prosperidad que posiblemente nunca hubieran conseguido en sus tierras. No solo se arraigaron, sino que en muchos casos los que llegaron solteros, se casaron y procrearon sus familias. Por ese derecho de sucesión, a sus hijos se les permite acceder también a la nacionalidad de sus ancestros. Esta particular circunstancia, fue muy favorable a los que descienden de padres o abuelos que nacieron en alguno de los países principalmente de Europa, quienes fueron privilegiados con el pasaporte de la Unión y acogidos con muchos beneficios sociales, que los situaba en posición ventajosa para emprender otro nuevo rumbo. Igual mención se debe hacer con otros países, como los suramericanos que recordando que siempre Venezuela fue un país de acogida, cuando las dictaduras y las economías los obligaron a buscar ese destino de bonanza, a manera de reciprocidad hemisférica, especialmente Colombia, Brasil, Ecuador, Perú, Chile y Argentina, de manera generosa ofrecieron con-

diciones humanitarias que favorecieron a ese estrato de población que fue forzada a emigrar, para que pudieran emprender con buen pie, un nuevo rumbo con sueños y esperanza de crecimiento, accediendo casi de inmediato a un estatus temporal de asilados, en el caso de Colombia, permitiéndoles obtener permisos temporales de empleo y acceso al sistema de salud, amén de que sus hijos podían disfrutar del sistema educativo. Eran esa parte de la población de clase media, en edad de ser considerada como potencial fuerza laboral, no tuvieron trabas para incorporarse a la vida cotidiana de su nuevo hogar, ya que muchos de ellos habían culminado sus estudios en universidades venezolanas en profesiones del ramo de las ciencias o especialidades que son requeridas en cualquier parte, siendo calificados como profesionales para ejercer sus conocimientos, en buena parte del planeta. Bastó en muchos casos, un breve proceso de revalidación de algunas materias propias de cada país y pudieron ser incorporados al aparato productivo de su nueva patria.

Otros sin embargo, no corrieron con la misma suerte, venían arrastrando las consecuencias de un pérfido plan populista que se había instaurado en Venezuela desde hace más de veinte años y que estaba produciendo sus malvadas consecuencias, hábilmente planificadas por los respectivos ministerios para debilitar a la población en

la parte educativa, con recursos limitados, luego de aplicar el guion previsto para este tipo de doctrinas, trazado de manera astuta por las fuerzas que de manera hábil estaban ocupando la estrategia gubernamental del régimen. Básicamente consistió en deshacer toda posibilidad de crecimiento y desarrollo que se vincule al conocimiento y que pueda ser aprovechada por la iniciativa privada en el área productiva, contrariamente a la buena preparación intelectual que en una época anterior venía siendo orientada la educación en el país. La semilla sembrada intencionalmente bajo el camuflaje de un programa de alfabetización, a la larga generó un estereotipo de joven totalmente desvinculado del sistema educativo convencional, al tratar de aparentar una formación, contraria por su breve incursión en el sistema educativo convencional que normalmente tardaba once años, siendo reducido sin ningún estudio que soportara tal decisión, a escasos meses, tratando para ese ser “educado” de esa manera abrupta, equipararlo a uno que hubiese culminado su educación básica preuniversitaria de manera convencional. Al notarse la diferencia de conocimientos y el contraste en los niveles educativos, la solución gubernamental fue la creación improvisada e implementación de “universidades bolivarianas”, que de manera expedita y poco convencional, bajo un sistema basado más en el adoctrinamiento que en la capacitación científica, empezó a arrojar al mer-

cado laboral unos supuestos profesionales que no tenían el mínimo requerimiento que su carrera exigía y por tanto, solo fueron asimilados a la administración pública, toda vez que la empresa privada iba en franca disminución y sus estándares de requerimiento eran de otro nivel.

Por otra parte, el resto de la población sufría los embates de una planificación cuyos frutos se dejaron ver pasados unos veinte años, lo cual fue mermando la capacidad productiva del país, reduciéndolo a ser un simple comprador de bienes e insumos, que fueron subsidiados, gracias al auge de los precios del petróleo, para poder adecuarse a la economía creada a comienzos de la segunda década del régimen. Buena parte de la población de escasos recursos fue mantenida con esa alza en los precios del crudo, básicamente en el rango de adquisición de alimentos y servicios, totalmente alejados del precio real, con la inmediata consecuencia, que se volvieron improductivos como fuerza laboral la mano de obra emergente por su baja formación profesional y la facilidad de que se le subsidiaba con productos alimenticios que en otros casos debieron haber producido con su esfuerzo cotidiano asistiendo a un trabajo. Se instauró un nefasto sistema de dependencia y subordinación que fue incapacitando a todo un gran contingente de la fuerza productiva del país, convirtiéndolos en pedigüeños e integrantes de largas filas

para perder el día tratando de acceder a los productos de la dieta básica subsidiados, para luego en muchos casos convertirse en revendedores a la población de su propio estrato social, los que el común denominó “bachaqueros”.

Al producirse el desplome de los precios del petróleo, la población más vulnerable del país empezó a sentir sus consecuencias ante la merma de las famosas “misiones” o programas de subsidio. Al sentirse disminuidos los ingresos familiares, estos pobladores condicionados de manera sistemática a ser improductivos, en muchos casos emprendieron igualmente una ola de migración básicamente orientada a los países fronterizos con Venezuela. Se trasladaron por vía terrestre hacia Colombia y Brasil principalmente y de allí siguieron a otros países suramericanos. También lo hicieron por vía marítima a las islas de Trinidad, Tobago, Curazao y Aruba, lo que generó una alta tasa de población que se instaló en las principales ciudades de esos países, que su planificación urbana no estaba preparada para un contingente fluctuante, con poco arraigo ocupacional, que iban a depender más del trabajo temporal e informal, en su mayoría. Esto afectó la operatividad estructural urbana en esas ciudades y generó una serie de situaciones a veces difíciles tanto para los residentes como para los nuevos pobladores. La planificación urbana no es obra del azar, supone

muchas estrategias que se originan luego de variados estudios y que muchas veces situaciones sobrevenidas como estas, dejan mal parados a quienes son responsables de estas políticas.

Al comienzo del año 2020, la pandemia producida por el Covid-19 o Coronavirus, con su origen en China, se propaga a nivel mundial, luego de ser ocultado por varios meses en su país oriundo, los responsables de tal decisión, no se sabe a ciencia cierta de qué modo permitieron que se les escapara de sus manos y se saliera del país originario a propagarse por todos los confines del mundo. Su difusión sorprende a muchos, siendo la solución más práctica para esta pandemia, el confinamiento junto con el aislamiento de la población, produciendo como consecuencia inmediata que todas las actividades de la economía, con excepción de la alimentación, salud y servicios básicos, quedaran paralizadas por lapsos indefinidos, dependiendo de los resultados de la cuarentena y la propagación de virus en cada región en particular.

Esta situación afectó principalmente a esta población inmigrante que llegó como desplazada a distintos países fronterizos desde Venezuela, apenas comenzaban el proceso de adecuación e incorporación al mercado laboral, en muchos casos, bajo la figura del empleo temporal.

En muchos casos de parejas jóvenes, ocurrió que por la falta de trámite de la documentación necesaria, otras por miedo a la deportación, y en muchos casos por la informalidad a la que se habían habituado en las zonas marginales en donde residían en Venezuela, no fueron debidamente acreditados por las autoridades del país receptor y al carecer de la documentación aunque sea temporal, no fueron aceptados en ningún tipo de empleo, siendo consecuencia directa de ello, que la joven esposa enfrentó inicialmente el mercado laboral informal, haciendo labores de trabajadora doméstica o a veces aseadora a destajo, lo que llevó a su vez, que el esposo quedara a cargo de los hijos y de procurarse algún ingreso de manera esporádica y poco convencional, como limosnero, dando un triste espectáculo en muchas ciudades de los países circunvecinos receptores de este contingente humano.

En las principales urbes de Colombia, Brasil, Ecuador, Perú y las restantes de los países de Latino América, apareció la mendicidad en las vías más importantes. Los mendigos deambulaban por las entradas de los centros comerciales, restaurantes, cafés, semáforos, pasos peatonales, con criaturas en sus manos. Esta potencial fuerza laboral, consecuencia de escasa enseñanza que habían recibido, pagaba un costo muy elevado por seguir los pasos

didácticos indicados por la improvisación académica, que los convirtió en seres improductivos. El número de estos lastimosos herederos de la gloria de lo que fue otrora un país líder en el continente, daban un espectáculo muy triste y desesperanzador. En más de una ocasión, personalmente les ofrecí comprarles un tobo o cubeta, junto con su respectiva mopa o trapeador, o como se denomine el aditamento para lavar los pisos, y una escoba, de modo que ofrecieran sus servicios de limpieza en las entradas de los establecimientos comerciales en donde se instalaban a mendigar, sin que en ninguno de los casos, oferta que se hizo de manera sincera, fuera aceptaba. Simplemente estaban habituados y mentalmente condicionados a recibir dádivas, más en ese caso que se sentían víctimas de un sistema que los había echado y desplazado de su país, luego que fueron ellos mismos, en su mayoría, quienes a cambio de míseras dádivas, habían colocado a estos nefastos planificadores en puestos de responsabilidad.

Durante meses, generaron en muchas ciudades situaciones imprevisibles para los gobiernos locales y para los planificadores urbanos. No era solo la situación social, con su incidencia laboral en el día, lo que preocupaba a quienes tratan de organizar la vida en una ciudad. En la noche, la situación empeoraba, una mezcla de hechos lejanos de un convivir ciudadano dentro del

ámbito de la Ley, se comenzaron a sumar a las cifras de la criminalidad propias de cada ciudad, especialmente en las zonas marginales o de población ubicadas en los estratos 1 y 2 de la clasificación poblacional urbana. Las riñas, los delitos contra la propiedad y también otros delitos, comenzaron a mover las estadísticas de las autoridades, consecuentemente aumentaron las cifras de la criminalidad. A veces las condiciones climáticas totalmente diferentes a Venezuela, hicieron que la aglomeración en viviendas no acondicionadas para albergar a la cantidad de personas que las ocupaban, incrementaban los roces y las situaciones de hostilidad vecinal que terminaban en hechos sangrientos.

Si bien fue difícil para los venezolanos del estrato sensible de la población, a quienes las condiciones económicas cada vez más duras los forzaron a convertirse en desplazados, su repatriación se convirtió en una aventura desquiciada. Como inmigrante en muchos casos, ilegal su desplazamiento en muchas ocasiones, fue duro tanto al llegar como para devolverse. En muchas oportunidades la falta de recursos económicos se sumó el soporte legal de una documentación provisional que justificara su presencia en un país que si bien les brindó la acogida que su condición de refugiado ameritaba, en muchas ocasiones el simple temor a ser deportado, los encaminó por el

sendero de la ilegalidad, al no acreditarse debidamente antes las autoridades, causando el desbalance y el desconocimiento de las cifras reales para cuantificar la verdadera dimensión del problema.

El venezolano de a pie, se encuentra en un limbo, totalmente desasistido y abandonado a la buena de Dios... Pareciera más que en lugar de una migración forzada a la que se le obligó por las circunstancias vividas, fue como si alguien se había llevado a su país, del cual a su regreso, en el caso de los repatriados, solo encuentran escombros y desesperanza. Para colmo de males, gracias a una mala propaganda, a los venezolanos que retornan a su patria, tampoco son aceptados por las comunidades fronterizas a las cuales arriban, allí son tratados como indeseables; siendo objetos de todo tipo de agresiones, rechazo y maltrato, tanto verbal como físico. Así un grueso contingentes de mano de obra útil, se ve desasistida por las autoridades y en el mejor de los casos, son reclusos en centros de refugiados que semejan más a un campo de concentración, en donde los que no llegan infestados de Coronavirus, terminaron siendo contagiados por la improvisación que deambula por esos sitios de cobijo, al ser mezclados pacientes que ya han contraído el virus, con los recién ingresados para una supuesta cuarentena que nadie

sabe determinar su culminación, lo cual se convirtió en otra fuente de enriquecimiento de las autoridades.

Las consecuencias de tantos años de improvisación y desidia, mostraron al mundo sus resultados obvios. El país con la mayor reserva de petróleo en el mundo, padecía de largas filas de vehículos en espera de ser abastecidos de combustible a lo cual el régimen siempre oportuno en respuestas incoherentes, atribuyó esta situación a un “embargo petrolero”, como si antes de este feroz canibalismo a que fuera sometida la industria petrolera del país, situaba a Venezuela no solo entre los mayores productores y refinadores del mundo, sino la holgura de la industria petrolera fue tal, que exportó su excedente a muchos países del globo, asociándose inclusive a refinerías en Europa y los Estados Unidos.

El 16 de septiembre de 2020, en plena pandemia, el Consejo Permanente de la ONU, hace público el “Informe de la Misión Internacional Independiente de determinación de los hechos sobre la República Bolivariana de Venezuela”, en el cual señala como se indica en el Capítulo referente a la “Responsabilidad penal individual”, punto No. 160, que: “La Misión, tiene motivos razonables para creer que la mayoría de las violaciones y crímenes documentados en el presente informe se cometieron en

el marco de un ataque generalizado y sistemático dirigido contra una población civil, con conocimiento del ataque, de conformidad con dos políticas estatales distintas o en apoyo de las mismas...”; concluyendo y calificando los mismos en el siguiente punto distinguido con el No. 161 que: “La Misión tiene motivos razonables para creer que en Venezuela se cometieron los siguientes crímenes de lesa humanidad en el periodo que se examina: asesinato, encarcelamiento y otras privaciones graves de la libertad física, tortura, violación y otras formas de violencia sexual, desaparición forzada de personas en el caso Barlovento y otros actos inhumanos de carácter similar que causen intencionalmente grandes sufrimientos o graves daños al cuerpo o la salud mental o física...”.

En la Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en septiembre de 2020 y en la cual se conmemoran los 75 años de su fundación, además de la pandemia, los graves señalamientos de la Comisión Investigadora, fueron motivo de preocupación y obviamente el tema de Venezuela y los crímenes de lesa humanidad testimoniados en el informe fueron objeto no solo de debate sino también motivación para que se impulsara con más determinación la apremiante necesidad de ver al régimen cederle el paso a la democracia, tan carcomida por su nefasta gestión. Es curioso que los eternos aliados del régimen,

marcaron distancia y no se pronunciaron en contra del informe presentado.

Mientras esto sucedía, una buena parte de la población venezolana sigue deambulando por el mundo desplazada por este régimen que sin ninguna contemplación cada día hacía más difícil la existencia de los venezolanos tanto dentro como fuera del país.

Paradójicamente, cerca de 160.000 venezolanos, provenientes de distintos países de Sur América, trataron de retornar al país por motivo de la pandemia y sus consecuencias en su frágil economía, encontrándose con los obstáculos más atroces en la frontera que comunica con nuestros vecinos. Allí antes de salir deben hacer largas esperas y someterse a aislamiento, para luego de ingresar de nuevo a su país, ser tratados con cautela y en ocasiones sometidos a lugares de confinamiento que nada tienen que envidiar los tristemente celebres campos de concentración. La crisis que esta situación creó es de tal gravedad que la agencia de la ONU dedicada a los derechos humanos (HRW), pidió la declaratoria de intervención inmediata.

Como el verdadero propósito de este relato, en narrar las vicisitudes de cinco generaciones que siguen siendo perseguidas por el mal y no caer en temas tan pro-

fundos de la política actual en el mundo, ni comentar los planes del nuevo orden, creo prudente dejar en expectativa los acontecimientos que se aproximan y tratar de adecuar mi existencia a un lugar en donde la publicación de este texto no sea motivo para que las tenazas del régimen no se sientan identificadas y tomen represalias de quien solo se dedicó a narrar los hechos que le sucedieron a su familia, como tributo a todas esas personas perseverantes que con decisión y coraje retaron al totalitarismo y buscaron para sus descendientes un lugar más llevadero en que puedan desarrollar una vida en paz y prosperidad apegada al orden y a la justicia.

El año 2021, nos trae excelentes noticias, el presidente saliente de los Estados Unidos de Norteamérica, el día antes de su salida, otorga un estatus de no deportación a los venezolanos asilados en ese país. Posteriormente el Gobierno de Colombia, otorga a los venezolanos un estatus de protección temporal, lo que aunado al nuevo presidente entrante de los Estados Unidos de Norteamérica, también les otorga un estatus de permanencia temporal a los venezolanos.

Todo apunta que los ojos del mundo centran sus miradas hacia los venezolanos, quienes son obligados a conformar la cifra de desplazados en el mundo, junto

con países con una deplorable tasa de crecimiento que en otras épocas nunca se hubiesen acercado a este país, que en el contexto mundial ocupa el cuarto lugar de situación deplorable a donde nos condujo las equivocadas políticas y la falta de conocimiento en materia de planificación.

CAPÍTULO XVI

DESPLAZADOS NUEVAMENTE

Este relato familiar no puede estar condicionado al desenlace político de la situación que ha motivado esta oleada de refugiados, tanto en Venezuela, como en otros países del mundo. El principal objetivo del mismo siempre ha sido, el rendir un sentido tributo a todos los que han sufrido la necesidad de huir de la opresión o de la barbarie de una situación de inseguridad, como son el resquebrajamiento de la institucionalidad, violaciones a los derechos fundamentales del ser humano, las guerras y los conflictos que impiden una vida normal. Es así como grandes contingentes de desplazados, se han visto incrementados en esta época, especialmente en Europa Oriental, en donde nació este relato hace cerca de ochenta años, siendo siempre las mismas causas que en todo ese tiempo, las víctimas de los hechos generadores del desplazamiento, por una y otra razón convergen en una causa común, que motiva su partida, como son la persecución y el amedrentamiento a los garantías de seguridad, progreso, su derecho a disentir, pensar de manera distinta de quienes detentan el poder y el irrenunciable derecho a la vida y a la libertad, que todos los humanos tenemos. Por

tanto, no vamos a esperar el necesario final que toda maldad ha tenido a lo largo de la historia humana, bajo la esperanza de que el tiempo del Creador es perfecto, para presenciar lo que tarde o temprano veremos, como lo es otro fracaso de un maléfico intento de dominación a una población bajo ofertas irrealizables. Hoy por hoy, al finalizar este relato, ya son más de seis millones de venezolanos que se encuentran desplazados por todo el mundo, incluyendo a muchos hijos de otrora condición de refugiados que consiguieron establecerse en esta tierra. Actualmente en Europa, a raíz de la guerra declarada por el Kremlin a Ucrania nos hace pensar que estamos frente a una situación similar.

Toda esta población de víctimas de las situaciones denunciadas, son seres humanos desplazados, quienes deambulan por el globo terráqueo buscando refugio, pero lo cruel de esta realidad, es que pese a lo triste, la historia se repite una y otra vez, siendo la percepción general que es lento el avance de los organismos multilaterales, en su participación sobre todo para prevenir y erradicar las causas que siempre se repiten y que generan estos contingentes de seres humanos, que suman millones de desplazados que hoy en día, viven esta realidad en el mundo. Más triste aún, es que en nuestra familia se inició un nuevo periplo de migración y búsqueda de futuro mejor,

luego que durante varias generaciones habíamos echado raíces en esta tierra de gracia. Es momento de una profunda reflexión a las que debemos sumarnos todos, sobre el rol de los organismos internacionales y su papel que deben asumir ante esta realidad. Llegó la hora de tomar cartas en el asunto, no es solo implantar más rigor en la justicia internacional, también consiste en adecuar la ejecución de medidas de captura a los que están solicitados por sus perversidades, y en algunos casos con mejores recompensas, para incentivar que el peso de la Ley los alcance realmente, a los efectos de que pueda implementar el trámite de la extradición entre el país cuyo poder judicial ordenó la captura de un presunto delincuente y la orden de extradición que cumpla el país donde se ejecutó la captura.

También hay que mencionar que en el momento de darle un término a este relato, se desarrolla una cruenta guerra que pretende la invasión de Ucrania, tierra gloriosa, de donde proceden algunos de mis ancestros y donde deben haber quedado muchos familiares, a quienes rindo tributo por su coraje y valor. Igualmente hay que reconocer el giro humanitario que han dado los países vecinos de Ucrania frente a la situación tan especial que se presentó a comienzos de este año y esta cohesión con que han actuado estos países, ha motivado

mucho a la Unión Europea, la ONU y con sus reservas para no iniciar un conflicto nuclear global, también a la OTAN.

Mis sinceros votos que esta enseñanza reciente, sirva para algo en cuanto de manera pedagógica en el futuro, nos haga más previsivos sobre la amenaza que cualquier régimen se puede tornar autócrata si denota síntomas anteriores, por lo que no hay que esperar para tomar acciones contundentes en su contra. Deben bastar los simples indicios de desvío del curso normal y el cumplimiento de las normas que rigen a la autodeterminación de los pueblos y la democracia, para que en cualquier intento de desviación, tomar acciones contundentes y significativas.

Mientras eso acontece, existe una oscura estrategia que ha sembrado, protestas y ofertas engañosas en toda Latinoamérica, contra cualquier causa o gestión de los gobiernos legalmente electos por el pueblo, con el solo fin sembrar el odio y la xenofobia en contra de los desplazados, entre los cuales hay una parte muy sustantiva de nuestra población que realmente huyen del hambre, la insalubridad, el desespero y sobre todo la falta de certeza en el Estado de Derecho, rector de toda la necesidad de convivencia pacífica en una población.

Con mucha preocupación se observa que se repite el mismo libreto por el cual el régimen cubano en el caso de los desplazados de la Playa Mariel, se enviaron infiltrados, desposeídos y hasta presidiarios, junto con la población disidente, con el propósito de que sembraran con su conducta antisocial y violatoria de las normas legales del país de acogida, creando de manera deliberada, la xenofobia en el país receptor, en contra de todos los desplazados, incluyendo a los venezolanos o a los que provienen de un país en crisis. Ello ha motivado que nuestros propios hermanos y vecinos latinoamericanos, odien a quienes son víctimas de un conjuro maléfico, planificado desde hace muchos años por el populismo para generar un sentimiento de rechazo a quienes huyen de la adversidad. Así ocurren a diario, protestas en los distintos países, especialmente de habla latina, donde buscaron refugio los venezolanos, que son rechazados nuevamente, siendo desplazados y excluidos, a veces con razón y en la mayoría de los casos, sin que exista una justificación que no sea la de generalizar y estigmatizar los conceptos.

Entre tanto, tenemos que la Corte Penal Internacional, cuyos entes reguladores, están sustituyendo a algunos de sus pasivos actores, pareciera que va a cumplir su rol.

No puedo cerrar este escrito, sin rendir un sentido tributo a todos los que han sido protagonistas de la dura contienda que desde hace más veinte años libran los venezolanos y aún hoy persisten en la lucha por sus derechos. Realmente son dignos de todo nuestro mayor respeto, y en su nombre reclamo con firmeza y propósito, que su esfuerzo y voluntad sean realmente percibidos por los organismos internacionales, los cuales fueron creados para tal fin, aunque actualmente la percepción mundial, es que no cumplen con vehemencia su propósito.

Mientras los descendientes de aquellos refugiados procedentes de tierras remotas, protagonistas de este relato, cuando creían que habían echado sus raíces en esta tierra próspera y cimentada por la democracia, después de cinco generaciones arraigadas en esta Venezuela tan querida, tuvieron que nuevamente emprender rumbos hacia tierras desconocidas. Incluyendo los países del Cono Sur, hasta los extremos más septentrionales del continente americano, al igual que en una buena parte de Europa. Ellos se vieron forzados a emprender nuevamente los retos del resto de los desplazados en el mundo, que ya superan a más de ochenta millones de seres humanos, buscando un futuro mejor para ellos y sus descendientes. El mundo, tiene que tomar conciencia, que ellos no han propiciado su condición de desplazados, y todos

los pobladores de este planeta necesitamos ayudarlos, por razones tanto humanitarias como el debido respeto que se merecen por ser seres vulnerables, en condiciones de mucha dificultad que ninguno de nosotros deseamos pasar.

La raza humana debe buscar un mecanismo efectivo donde la insania autócrata, aunque se disfrace de alguna tendencia filosófica, realmente sea develada y sancionada por los crímenes de lesa humanidad que de manera continua se están cometiendo bajo la vista de estos organismos.

Quedo en deuda con los lectores de la obvia reseña que debía en algún momento ocurrir, cuando la fuerza de las acciones erradas de la ilegítima dirigencia, durante años viene socavando la existencia de varios países, se consume en sus propias equivocaciones y determine su inevitable desenlace. Narrativa que con todo gusto se incluirá en la nueva edición adecuada a esa realidad, la cual con mucha firmeza anhelamos todos los venezolanos y creo que una buena parte de los habitantes de este mundo...

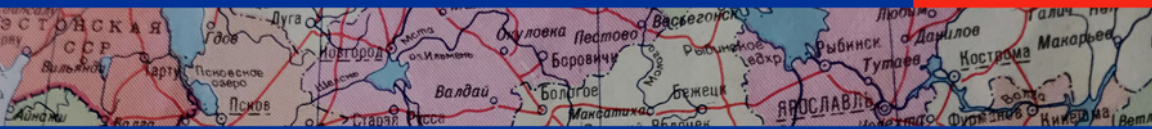
60 AÑOS DE LA SAGA COMO DESPLAZADOS

DONETSK



Versión digital (PDF)

Ejemplar impreso disponible en [Amazon](#)



DONETSK

60 AÑOS DE LA SAGA COMO DESPLAZADOS

Donetsk es la historia de una familia que se vio en la obligación de abandonar su hogar en el momento que recién comenzaba la Segunda Guerra Mundial, para huir de una tiranía que los asechaba. Pagando el caro precio de las vidas cobradas, emprendieron peregrinaje por el mundo, viajando durante años en las peores condiciones a bordo de una vieja carreta, desde las remotas tierras de Volnovaja hasta el continente europeo para, finalmente, llegar a la próspera Venezuela de 1948, nación que les permitió vivir de forma tranquila, hasta que se produjo un cambio de rumbo en la política, ocasionando la diáspora más grande que ha visto América Latina en la actualidad.

¿Cómo se vivía en esa región? ¿Quiénes eran sus habitantes? ¿Qué desafíos enfrentó la familia? ¿Por qué se vieron obligados a dejar su país? ¿Cuál fue su ruta? ¿Cómo sobrevivieron en medio de heladas y conflictos bélicos? ¿Por qué las nuevas generaciones se vieron obligadas a emigrar de Venezuela?

Estas y muchas interrogantes, son respondidas en un relato que transporta al lector en el tiempo de forma cronológica, invitándolo a reflexionar, pensar, entender y experimentar de cerca, lo que vivió un grupo familiar en condiciones difíciles de imaginar, por el simple hecho de pensar distinto, y desear una vida en un lugar donde pudieran desarrollarse, progresar y se respetaran los derechos humanos. Cinco generaciones de esta familia han recorrido el mundo como desplazados, esta es su historia.



ISBN: 978-980-18-2670-5

